TUS LIBROS



Arthur Conan Doyle

LA ZONA ENVENENADA

Quienes admiraron al sólido cuarteto que recorrió los caminos de *El mundo perdido*, tendrán ocasión de contemplarlo de nuevo celebrando el aniversario de su asombrosa aventura en la tierra de Maple White. Si Holmes tuvo su Watson, el profesor Challenger tiene su Malone: el periodista, con el valor y la ingenuidad de la juventud, cuenta las nuevas aventuras en que se ven envueltos, adobadas con la fantasía, las ocurrencias y las mordaces reflexiones de Challenger y Summerlee. Dos cuentos más completan el volumen: *Cuando la tierra lanzó alaridos* y *La máquina desintegradora*, donde brilla una vez más el ingenio y la gracia del colérico profesor.

Arthur Conan Doyle

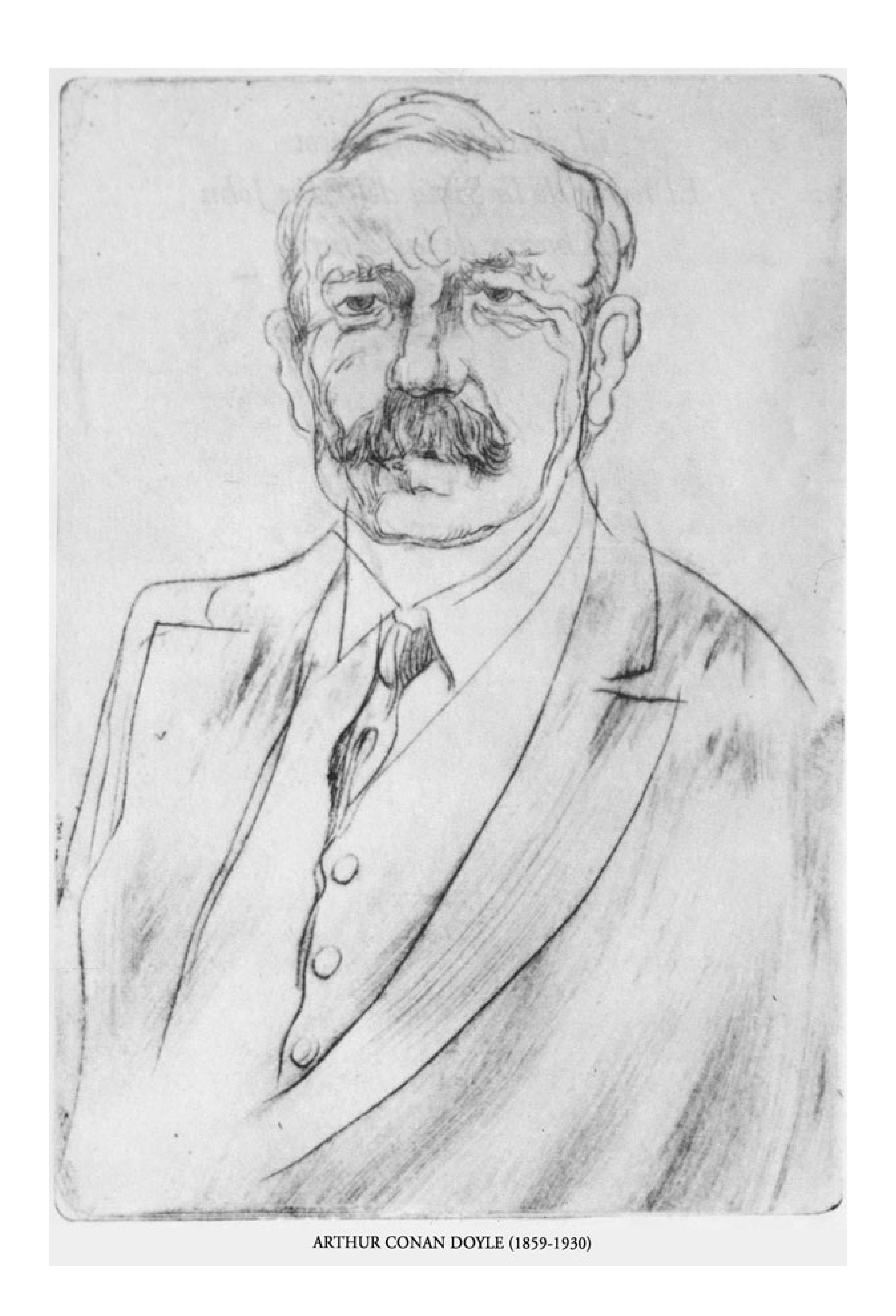
La zona envenenada

Tus Libros - 129

ePub r1.0
Titivillus 19.04.2020

Título original: *The poison belt* (1913), *When the world screamed* (1929), *The desintegration machine*, (1929)
Arthur Conan Doyle, 1913, 1929
Traducción y apéndice: Nuria Hernández de Lorenzo
Ilustraciones: Blanca Ortega
Retrato del autor: Justo Barboza

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



ARTHUR CONAN DOYLE (1859-1930)

La presente obra es traducción directa e íntegra de los originales ingleses The poison belt*, publicado por Hodder & Stoughton, Nueva York, 1913;* When the world screamed*, prepublicada en* Liberty Magazine *en febrero y marzo de 1928; y* The desintegration machine*, en* The Strand Magazine *en enero de 1929. Estas dos últimas obras fueron publicadas en forma de libro por Bernhard Tauchnitz, Leipzig, 1929. Las ilustraciones, originales, de Blanca Ortega, han sido realizadas expresamente para esta edición.*

La zona envenenada
Cuando la Tierra lanzó alaridos
La maquina desintegradora

La zona envenenada

I
El desdibujamiento de las líneas

Es imprescindible que transcriba de inmediato estos asombrosos acontecimientos, ahora que todavía permanecen vivos en mi memoria, con la exactitud de detalles que el tiempo podría borrar. Pero, incluso mientras escribo, me abruma el hecho milagroso de que haya sido precisamente a nuestro reducido grupo de *El mundo perdido*[1] —el profesor Challenger, el profesor Summerlee, lord John Roxton y yo mismo— el haber tenido que experimentar esta pasmosa experiencia.

Cuando hace algunos años describí en la *Daily Gazette* nuestro viaje a Sudamérica —una aventura que hizo época—, poco podía yo imaginar que también me tocaría relatar una experiencia personal aún más extraña; una experiencia única en todos los anales de la humanidad y que sobresaldrá en los registros de la historia como una imponente cumbre entre las humildes estribaciones circundantes. Aunque el acontecimiento en sí mismo siempre se considerará maravilloso, las circunstancias que nos reunieron a los cuatro en el momento en que se produjo este extraordinario episodio no pudieron ser más naturales y en todo punto inevitables. Explicaré los acontecimientos que lo provocaron con la mayor brevedad y claridad posibles, aunque soy perfectamente consciente de que cuanta mayor sea la riqueza de detalles tanto más será el beneplácito del lector, puesto que la curiosidad pública ha sido y sigue siendo insaciable.

Fue un viernes 27 de agosto, fecha por siempre memorable en la historia del mundo, cuando me acerqué a las oficinas de mi periódico para pedirle tres días de permiso al señor McArdle, que seguía dirigiendo nuestra sección de actualidad. El buen escocés sacudió la cabeza, se rascó el menguado flequillo de pelusa rojiza, y finalmente expresó su negativa con palabras:

—Estaba pensando, señor Malone, que sus servicios nos serían especialmente provechosos en estos días. Estaba pensando en que hay una crónica que solamente usted podría hacer como es debido.

—Lo siento —dije yo, haciendo un esfuerzo por ocultar mi desilusión—. Naturalmente, si se me necesita, no se hable más del asunto. Pero se trata de un compromiso importante y muy personal. Si me pudieran excusar…

—Bueno, no creo que podamos.

Resultaba penoso, pero no tuve más remedio que afrontarlo con la mejor cara posible. Al fin y al cabo, la culpa era mía, pues a esas alturas ya debía saber de sobra que un periodista no tiene derecho a hacer planes por su cuenta.

—En ese caso, me olvidaré de ello —declaré con toda la alegría que fui capaz de improvisar—. ¿Qué quiere que haga?

—Bueno, se trata de ir a Rotherfield[2] a entrevistar a ese diablo de hombre.

—¿No se referirá al profesor Challenger?

—Pues sí, a él me refiero. La semana pasada agarró al joven Alec Simpson, del *Courier*, por el cuello del abrigo y los fondillos de los pantalones y lo llevó en volandas a lo largo de una milla por la carretera. Probablemente podrá leerlo en el informe policial. Nuestros muchachos preferirían entrevistar antes a un caimán suelto en el zoo. Pero estoy pensando que usted podría hacerlo, siendo como es buen amigo suyo.

—Claro —exclamé yo con gran alivio—, esto lo arregla todo. Casualmente, si le pedía permiso era para visitar al profesor Challenger en Rotherfield, porque se cumple el tercer aniversario de nuestra gran aventura en la meseta, y ha invitado a todo el grupo a acudir a su casa para celebrar el acontecimiento.

—¡Magnífico! —exclamó McArdle frotándose las manos y dirigiéndome una mirada radiante a través de sus gafas—. Entonces podrá averiguar su opinión. ¡Si se tratara de cualquier otro hombre, yo diría que son pamplinas, pero ese tipo ya demostró en una ocasión que tenía razón y puede estar otra vez en lo cierto!

—¿Qué quiere que averigüe? —pregunté—. ¿Qué ha hecho últimamente?

—¿No ha visto su carta sobre «Posibilidades científicas» en el *Times* de hoy?

—No.

McArdle se agachó y cogió un ejemplar del suelo.

—Léala en voz alta —me dijo, señalando una columna—. Me gustaría volverlo a oír, porque no estoy seguro de tener claro lo que ese hombre ha querido decir.

Esta es la carta que leí al director de la sección de actualidad de la *Gazette:*

POSIBILIDADES CIENTÍFICAS

> Muy señor mío:
>
> He leído con regocijo, no del todo exento de otro sentimiento algo menos lisonjero, la carta de James Wilson MacPhail, ejemplo de suficiencia y de completa necedad, recientemente aparecida en su diario, a propósito del desdibujamiento de las rayas de Frauenhofer en los espectros[3], tanto de los planetas como de las estrellas fijas. Él despacha definitivamente el asunto afirmado que carece de significado. Una inteligencia más amplia posiblemente lo consideraría mucho más importante, tan importante que de ello podría depender el bienestar último de todos y cada uno de los hombres, mujeres y niños de este planeta. Teniendo en cuenta la estrechez de miras de las personas que recurren a los periódicos para acumular ideas, no creo que lograra transmitir siquiera las más elementales nociones de lo que quiero decir si utilizara términos científicos. Por tanto, procuraré ser condescendiente con sus limitaciones y mostrar la situación mediante una analogía doméstica que se ajuste a los límites de la inteligencia de sus lectores…

—Chico, es una maravilla…, ¡fantástico! —declaró McArdle sacudiendo la cabeza con aire reflexivo—. Sería capaz de enfurecer a un pichón y de provocar un tumulto en una reunión de cuáqueros[4]. No me extraña que Londres sea demasiado peligroso para él. ¡Es una pena, señor Malone, porque se trata de un gran cerebro! Bueno, vamos a ver esa analogía.

—«Supongamos —leí yo— que lanzáramos a una corriente lenta un montón de corchos unidos entre sí en un viaje a través del Atlántico. Los corchos avanzan flotando lentamente día tras día, sin que las condiciones circundantes varíen. Si los corchos fueran sensibles, es de imaginar que considerarían que esas condiciones son permanentes y están aseguradas. Pero nosotros, con nuestro conocimiento superior, sabemos que pueden ocurrir muchas cosas sorprendentes a los corchos. Cabe la posibilidad de que choquen con un barco, o con una ballena dormida, o de que se enganchen en una red. En cualquier caso, su viaje terminaría cuando el mar los arrojase a las rocosas costas de Labrador[5]. Pero ¿qué podían saber ellos de todo eso mientras se dejaban llevar suavemente por la corriente, día tras día, en lo que para ellos era un océano ilimitado y homogéneo?

»Posiblemente, sus lectores comprenderán que el Atlántico, en esta parábola, representa al inmenso océano de éter por el que navegamos a la deriva, y que el manojo de corchos no es otra cosa sino este diminuto y oscuro sistema planetario al que pertenecemos. Nosotros, un sol de tercera con su cohorte harapienta que constituye un rabito de satélites insignificantes, flotamos en las mismas condiciones diarias hacia un mismo fin desconocido, que puede ser alguna sórdida catástrofe que nos aplastará en los más remotos

confines del espacio, cuando seamos arrastrados por un Niágara[6] de éter o arrojados en algún Labrador inconcebible. Considero que el optimismo frívolo e ignorante de su corresponsal, el señor James Wilson MacPhail, está fuera de lugar aquí, y veo por el contrario muchas razones que aconsejan observar estrechamente y con suma atención cualquier indicio de cambio en el cosmos, del que en última instancia puede depender nuestro destino final…».

—Chico, como predicador habría sido grandioso —dijo McArdle—. Retumba como un órgano. Vamos a ver qué le preocupa exactamente.

—«El desdibujamiento y desplazamiento generalizado de las rayas del espectro de Frauenhofer indican, en mi opinión, un cambio cósmico general de carácter sutil y singular. La luz de un planeta es la luz reflejada del sol. La luz de una estrella es una luz que ella misma produce. Pero en este caso, tanto los espectros de los planetas como los de las estrellas han sufrido el mismo cambio. ¿Se trata, pues, de un cambio en esos planetas y estrellas? Semejante idea me parece inconcebible. ¿Qué cambio común podría sobrevenir simultáneamente a todos ellos? ¿Se trata de un cambio en nuestra atmósfera? Sería posible, pero sumamente improbable, puesto que no vemos signos de ello a nuestro alrededor, y el análisis químico no lo indica. ¿Cuál sería, entonces, la tercera posibilidad? Que puede tratarse de un cambio en el medio conductor, en ese éter infinitamente sutil que se extiende de estrella a estrella y que impregna el universo entero[7]. Adentrados en ese océano, flotamos sobre una corriente lenta. ¿No podría esa corriente arrastrarnos hasta zonas nuevas del éter cuyas propiedades jamás hemos concebido? Se está produciendo un cambio en alguna parte. La perturbación cósmica del espectro es prueba de ello. Puede que sea un cambio para bien. Puede ser para mal. O puede ser neutral. No lo sabemos. Los observadores superficiales pueden tratar el asunto con indiferencia, pero un observador como yo, que se halle en posesión de una inteligencia más profunda, propia del verdadero filósofo, comprenderá que las posibilidades del universo son incalculables, y que el hombre más sabio es aquel que está preparado para afrontar lo inesperado. Por tomar un ejemplo obvio: ¿quién podría asegurar que la misteriosa y general epidemia que se ha desencadenado entre los pueblos indígenas de Sumatra[8], noticia aparecida en su diario esta misma mañana, no guarda alguna relación con un cambio cósmico al que ellos reaccionan con mayor rapidez que los pueblos más complejos de Europa? Dejo caer la idea por si le interesa a alguien. Afirmarlo sería, en el presente estado de cosas, tan poco provechoso como negarlo, pero hay que ser un majadero sin pizca de

imaginación y tener una mollera muy dura para no percibir que cabe perfectamente dentro de los límites de la posibilidad científica. Atentamente, George Edwar Challenger. The Briars, Rotherfield».

—Es una carta imponente, estimulante —dijo McArdle con expresión pensativa mientras encajaba un cigarrillo en el largo tubo de cristal que utilizaba como boquilla—. ¿Qué opinión le merece a usted, señor Malone?

Tuve que confesar mi completa y humillante ignorancia acerca del asunto en cuestión. Por ejemplo, ¿qué eran las líneas de Frauenhofer? McArdle acababa de estudiar la materia con la ayuda de nuestro aburrido científico de la oficina, y cogió de su escritorio dos de esas bandas espectrales de colorines que se parecen, por lo general, a las cintas de sombrero de algunos clubes de críquet nuevos y ambiciosos. Me indicó que había ciertas rayas negras que dividían la serie de colores brillantes que iba desde el rojo de uno de los extremos, a través de gradaciones de naranja, amarillo, verde, azul y añil, hasta el violeta del otro extremo.

—Esas bandas oscuras son las rayas de Frauenhofer —me dijo—. Los colores no son más que luz. Toda luz que se descomponga en un prisma[9] da los mismos colores. Por eso no nos dicen nada. Lo que cuentan son las rayas, porque varían según lo que quiera que sea que produce la luz. Son estas líneas las que se han visto borrosas en lugar de nítidas durante la última semana, mientras los astrónomos no logran ponerse de acuerdo acerca del motivo. Aquí está la fotografía de las rayas desdibujadas que aparecerá en nuestro número de mañana. Hasta ahora el publico no se había interesado por el asunto, pero estoy pensando que esta carta de Challenger en el *Times* los despertará a todos.

—¿Y lo de Sumatra?

—Bueno, poco tienen que ver una línea borrosa en un espectro y un nativo enfermo en Sumatra. Pero de todas formas ese hombre ya nos ha demostrado en una ocasión que sabe lo que dice. Hay una misteriosa enfermedad allí abajo, de eso no cabe duda, y hoy acaba de llegarnos un telegrama de Singapur[10] diciendo que los faros del estrecho de la Sonda se han apagado, produciendo el encallamiento de dos barcos. En todo caso, de momento, usted entreviste a Challenger sobre la cuestión. Si consigue algo concreto, podremos tener un artículo para el lunes.


TIMES
¡LA TIERRA MUERE!
TIM

Salía del despacho del director de la sección de actualidad, dándole vueltas en la cabeza a mi nueva misión, cuando oí que alguien gritaba mi nombre en la sala de espera del piso de abajo. Se trataba de un cartero con un telegrama que me mandaban de mi pensión en Streatham. El mensaje era precisamente del hombre de quien habíamos estado hablando, y su contenido era el siguiente:

Malone, 17 Hill Street, Streatham. Traiga oxígeno. Challenger.

—¡Traiga oxígeno!

El profesor, tal y como yo le recordaba, tenía un sentido del humor mastodóntico capaz de las jugarretas más toscas y pesadas. ¿Sería aquello una de esas bromas que solían deshacerle en carcajadas escandalosas, mientras sus ojos desaparecían y todo él quedaba reducido a boca abierta y sacudidas de barba, supremamente indiferente a la seriedad de quienes le rodeaban? Di cien vueltas a las palabras, pero no pude ver en ellas nada que pareciera remotamente jocoso. En ese caso, se trataba con seguridad de una orden concisa, aunque muy extraña. Él era el último hombre del mundo cuya orden expresa no podría dejar de obedecer. Quizás se estaba tramando algún experimento químico; quizás… En cualquier caso, no me correspondía a mí lucubrar por qué lo quería. Tenía que conseguirlo. Todavía me quedaba una hora antes de coger el tren en Victoria[11]. Tomé un taxi, y después de buscar la dirección en una guía telefónica, me dirigí a la Compañía de Suministro de Botellas de Oxígeno de Oxford Street.

En el momento en que descendía del coche en mi destino, salían por la puerta del establecimiento dos jóvenes portando una botella de hierro, que colocaron con cierta dificultad en un automóvil que esperaba. Los seguía un anciano que los reprendía y les daba instrucciones con una voz cascada y sarcástica. Se volvió hacia mí. Aquellas facciones austeras y la barba de chivo eran inconfundibles. Se trataba de mi compañero, el cascarrabias profesor Summerlee.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿No me diga que *usted* también ha recibido ese absurdo telegrama del oxígeno?

Se lo mostré.

—¡Bien, bien! Yo también lo he recibido, y, como puede ver, haciendo una gran concesión, he obrado en consecuencia. Nuestro buen amigo sigue tan inaguantable como siempre. Es imposible que su necesidad de oxígeno sea tan imperiosa que le impida recurrir a los medios de suministro habituales

en lugar de hacer perder el tiempo a quienes verdaderamente tienen cosas más importantes que hacer. ¿Por qué no lo habrá encargado directamente?

Lo único que se me ocurrió sugerir fue que probablemente lo necesitaba de inmediato.

—O pensará que lo necesita, que es una cosa muy distinta. Pero no hace falta que usted compre, puesto que yo tengo ya esta considerable provisión.

—No obstante, por algún motivo, parece que desea que yo también lleve oxígeno. Para mayor seguridad, haré exactamente lo que me dice.

Así pues, a pesar de las muchas quejas y reconvenciones de Summerlee, pedí una botella, que fue colocada con la otra en el automóvil, pues el profesor se había ofrecido a llevarme a Victoria.

Me dirigí a pagar mi taxi, cuyo conductor se mostró muy malhumorado y abusivo respecto al precio. Cuando volví con el profesor Summerlee, este estaba sosteniendo un furioso altercado con los hombres que habían transportado el oxígeno, y su barbita blanca de chivo se agitaba de indignación. Recuerdo que uno de los tipos le llamó «estúpida y vieja cacatúa desteñida», apelativo que tanto indignó a su chófer que saltó de su asiento para defender a su ultrajado señor, y de no ser por nuestra intervención, se habría organizado un tumulto en plena calle.

Es posible que el relato de estos detalles parezca una trivialidad, y en su momento los consideramos meros incidentes. Pero ahora, cuando miro hacia atrás, comprendo su relación con toda la historia que tengo que exponer.

Entonces me dio la impresión de que el chófer era un novato, o bien que se había puesto nervioso por culpa del alboroto, pues condujo horriblemente durante el trayecto hasta la estación. Dos veces estuvimos a punto de colisionar con otros vehículos igualmente erráticos, y recuerdo que Summerlee comentó que el nivel de habilidad en la conducción en Londres había empeorado considerablemente. En una ocasión llegamos a rozar el extremo mismo de una gran multitud que estaba presenciando una pelea en la esquina del Mall. La gente, excitadísima, profirió gritos de furia contra la torpeza del conductor, y un individuo saltó de la acera y blandió un bastón sobre nuestras cabezas. Yo le empujé, pero de todos modos respiramos aliviados cuando nos alejamos de ellos y estuvimos a salvo, fuera del parque. Estos pequeños episodios, uno detrás de otro, alteraron un tanto mis nervios, y de los modales malhumorados de mi acompañante deduje que su paciencia también había decaído bastante.

Pero nuestro buen humor se restableció cuando divisamos a lord John Roxton, alto y delgado, vestido con un traje de caza amarillo de lana,

esperándonos en el andén. Su rostro vivaz, con aquella mirada inolvidable, tan penetrante y a la vez tan divertida, se ruborizó de alegría al vernos. Sus cabellos rojizos estaban salpicados de gris, y el cincel del tiempo había acentuado un poco más las arrugas de su frente, pero por lo demás era el mismo lord John que había sido nuestro buen compañero.

—¡Hola, *herr* profesor! ¡Hola, joven amigo! —exclamó mientras se acercaba a nosotros.

Cuando vio las botellas de oxígeno en el carrito del mozo que nos seguía se echó a reír.

—¡Así que ustedes también las traen! —exclamó—. La mía está en el furgón de equipajes. ¿Qué estará tramando nuestro buen amigo?

—¿Ha visto su carta del *Times*? —le pregunté.

—¿De qué trata?

—¡Tonterías! —gritó Summerlee ásperamente.

—Si no me equivoco, debe estar detrás de todo este asunto del oxígeno —dije.

Nos habíamos instalado en un vagón de primera clase para fumadores, y el profesor ya había encendido su vieja pipa, corta y ennegrecida, que parecía chamuscar la punta de su larga y agresiva nariz.

—Nuestro amigo Challenger es un hombre inteligente —dijo con gran vehemencia—. Eso nadie lo puede negar. Y quien lo niegue es estúpido. Basta con mirar su sombrero. Debajo de él hay un cerebro de sesenta onzas, una máquina grande que funciona con agilidad y produce obras de calidad. Por su contenedor se conoce el tamaño de la máquina. Pero es un charlatán de nacimiento; ustedes me han oído decírselo a la cara; un charlatán de nacimiento con una especie de manía espectacular por ser el centro de la atención. Reina la tranquilidad y el amigo Challenger busca la manera de que el público hable de él. ¿No imaginarán que él cree en serio ese atajo de tonterías sobre un cambio en el éter y el peligro para la especie humana? En mi vida había tenido que oír un camelo semejante.

Las características carcajadas que le sacudían parecían los graznidos de un viejo cuervo blanco.

Mientras escuchaba a Summerlee me sentí invadido por una oleada de ira. Resultaba vergonzoso que hablara de esa manera del líder que había sido la fuente de toda nuestra fama y que nos había proporcionado una experiencia única, jamás disfrutada por ningún otro hombre. Ya me disponía a responderle acaloradamente, cuando lord John se me adelantó.

—Usted ya tuvo una diferencia de criterios con el viejo Challenger —dijo severamente—, y se quedó sin argumentos en menos de diez segundos. A mi modo de ver, profesor Summerlee, está por encima de usted, y lo mejor que puede hacer es guardar las distancias y dejarle en paz.

—Además —agregué yo—, ha sido un buen amigo para todos nosotros. Sean cuales fueren sus defectos, es recto como el que más, y no creo que nunca hable mal de sus compañeros a sus espaldas.

—Bien dicho, muchacho, mi joven amigo —dijo lord John Roxton. Entonces, con una amable sonrisa, le dio unas palmaditas en el hombro al profesor Summerlee—: Venga, *herr* profesor, no vamos a ponernos a discutir a esta hora del día. Hemos visto demasiadas cosas juntos. Pero ándese con cuidado en lo tocante a Challenger, porque este jovencito y yo tenemos una cierta debilidad por el viejo.

Pero Summerlee no estaba de humor para llegar a ningún acuerdo. Su rostro estaba contraído en una mueca de rígida desaprobación, y de su pipa surgían gruesos anillos de humo iracundo.

—En cuanto a usted, lord Roxton —dijo con su voz cascada—, su opinión sobre una cuestión científica tiene el mismo valor a mis ojos que tendría a los suyos mi visión sobre un nuevo tipo de pistola. Yo poseo un criterio propio, caballero, y lo utilizo a mi manera. ¿Es que por el hecho de que en una ocasión me indujera a error voy a tener que aceptar sin críticas todo lo que a ese hombre se le antoje proponer, por inverosímil que sea? ¿Es que vamos a tener un pontífice de la ciencia dedicado a dictar decretos *ex cathedra*[12] que el pobre y humilde público debe aceptar sin ponerlos en duda? Quiero que sepa, señor mío, que yo tengo mi propio cerebro, y que me consideraría un esnob y un esclavo si no lo utilizara. Si a usted le gusta creer ese galimatías acerca del éter y las rayas de Frauenhofer en el espectro, allá usted, pero no pretenda que una persona mayor y más sabia participe de su locura. ¿No es evidente que si el éter estuviera afectado en la medida que él afirma, y que si ello fuera nocivo para la salud humana, sus efectos ya habrían aparecido en nosotros? —en ese punto de su discurso se echó a reír estrepitosamente ante su triunfante argumento—. Sí, señor, ya tendríamos que encontrarnos en un estado muy diferente al nuestro normal, y en lugar de estar sentados tranquilamente en este vagón de tren, estaríamos empezando a manifestar los síntomas del veneno que en teoría nos está afectando internamente. ¿Dónde se ve alguna señal de la alteración cósmica venenosa? ¡Respóndame a esa pregunta, señor! ¡A ver, responda! ¡Vamos, vamos, no quiero evasivas! ¡Exijo una respuesta!

Yo me sentía cada vez más enfadado. La conducta de Summerlee era sumamente agresiva e irritante.

—Yo creo que si conociera mejor los hechos sería menos categórico en sus opiniones —le dije.

Summerlee se quitó la pipa de la boca y clavó en mí sus ojos con una mirada glacial.

—Caballero, le ruego que me aclare lo que ha querido decir con esa observación un tanto impertinente.

—Lo que quiero decir es que cuando salía de la oficina, el director de la sección de actualidad me comunicó que había llegado un telegrama confirmando la enfermedad generalizada de los nativos de Sumatra y que añadía, además, que no se habían encendido los faros en el estrecho de la Sonda.

—¡Verdaderamente, la locura humana no tiene límites! —gritó Summerlee con auténtica furia—. ¿Cómo es posible que no se den cuenta de que, aunque aceptáramos por un momento la absurda suposición de Challenger, el éter es una sustancia universal exactamente igual aquí que en el otro confín del mundo? ¿Acaso suponen que exista un éter inglés y un éter de Sumatra? A lo mejor se imaginan que el éter de Kent es en cierta medida superior al éter de Surrey[13], a través del cual nos está llevando este tren. En verdad, la credulidad y la ignorancia de los profanos medios no conoce límites. ¿Es que puede concebirse que el éter de Sumatra sea tan fatal como para causar la insensibilidad total en el mismo momento en que el éter de aquí no provoca efectos apreciables de ningún tipo en nosotros? Personalmente, puedo decir con toda certeza que nunca me he sentido físicamente más fuerte ni con un mejor equilibrio mental en toda mi vida.

—No se lo discuto. Yo no pretendo ser un científico experto —respondí —, aunque he oído decir en alguna parte que las verdades científicas de una generación suelen ser las falacias de la generación siguiente. Pero no hace falta tener un gran sentido común para darse cuenta de que, puesto que al parecer sabemos tan poco del éter, podría ser que le afectaran las diversas condiciones locales de las diferentes partes del mundo, y que a lo mejor allí produzca unos efectos que tarden más en manifestarse en nosotros.

—A base de «podría ser» y «a lo mejor» puede demostrarse cualquier cosa —exclamó Summerlee hecho una furia—. Podría ser que los cerdos volasen. Sí, caballeros, *podría ser* que los cerdos volasen, pero no vuelan. No merece la pena discutir con ustedes. Challenger les ha llenado la cabeza de

majaderías y ninguno de los dos está en condiciones de razonar. Sería como argumentar con estos asientos ferroviarios.

—Debo decirle, profesor Summerlee, que al parecer sus modales no han mejorado desde la última vez que tuve el placer de verle —dijo lord John ásperamente.

—Ustedes, los nobles, no están acostumbrados a escuchar la verdad —respondió Summerlee con una fría sonrisa—. Debe resultar un tanto sorprendente que otro le haga ver que a pesar de su título no deja usted de ser un hombre profundamente ignorante, ¿no es cierto?

—¡Caramba, caballero! —exclamó lord John, adoptando un aire sumamente rígido y severo—. Si fuera usted más joven no se atrevería a hablarme de un modo tan ofensivo.

Summerlee irguió la barbilla, agitando su mechoncillo de barba de chivo.

—Para su información, caballero, joven o viejo, en ningún momento de mi vida he temido decir lo que pienso a un petimetre ignorante; sí, señor, un petimetre ignorante, aunque tenga usted tantos títulos como los esclavos puedan inventar y los necios quieran adoptar.

Por un momento, lord John le miró con los ojos llameantes, pero después, con su tremendo esfuerzo, dominó su cólera y se recostó en su asiento con los brazos cruzados y una fría sonrisa en los labios. A mí aquello me parecía vergonzoso y deplorable. De pronto, me asaltó una oleada de recuerdos del pasado, del compañerismo de los días felices y llenos de aventuras, de todo lo que habíamos sufrido, de nuestras fatigas y de lo que habíamos ganado. ¡Que hubiéramos llegado a aquello…, a los insultos y a las injurias! Y de repente me eché a llorar con sonoros sollozos incontrolables; las lágrimas me atragantaban y no había manera de disimular. Mis acompañantes me miraron sorprendidos, mientras yo me cubría la cara con las manos.

—¡No pasa nada! —dije—. Pero es que… ¡me da una pena!…

—Tú estás enfermo, jovencito; eso es lo que te pasa —afirmó lord John—. Desde el principio te he notado raro.

—Sus costumbres no se han reformado en estos tres años, caballero —dijo Summerlee sacudiendo la cabeza—. A mí tampoco me ha pasado desapercibido su extraño comportamiento cuando nos hemos encontrado. No malgaste su amabilidad con él, lord John. Estas lágrimas son puramente alcohólicas. El chico ha bebido. A propósito, lord John, acabo de llamarle petimetre, apelativo que quizás sea severo en exceso. Pero esa palabra me trae a la memoria una habilidad, trivial, pero divertida, que yo poseía en mis tiempos. Usted me conoce como un austero hombre de ciencia. ¿Podría creer

que llegué a alcanzar una fama bien merecida entre muchos niños por mis dotes de imitador de ruidos de granja? Quizás pueda amenizar el viaje. ¿Le apetecería oírme cacarear como un gallo?

—No, señor —dijo lord John, todavía gravemente ofendido—, *no* me divertiría en absoluto.

—Mi imitación de la gallina clueca cuando acaba de poner un huevo también se consideraba muy por encima de la media. ¿Pruebo a hacerlo?

—No, caballero, ni hablar.

Pero a pesar de aquella prohibición formal, el profesor Summerlee dejó su pipa y durante el resto del viaje nos entretuvo o, mejor cucho, nos martirizó con una sucesión de gritos de animales y pájaros, tan absurda, que mis lágrimas dieron paso repentinamente a un estallido de risotadas que debieron convertirse en carcajadas histéricas mientras veía, o más bien oía, al grave profesor, sentado frente a mí, representar el papel de gallo escandaloso o el de perrito al que le han pisado el rabo. En un momento dado. Lord John me pasó su periódico, en cuyo margen había escrito a lápiz: «¡Pobre diablo! Está como una regadera». Sin duda su actitud era sumamente excéntrica, aunque de todos modos su actuación me pareció extraordinariamente buena y divertida.

Mientras tanto. Lord John se inclinó hacia delante y se puso a contarme una historia interminable acerca de un búfalo y de un rajá indio, que a mí me pareció que no tenía principio ni fin. Cuando el profesor Summerlee acababa de empezar a gorjear como un canario y lord John llegaba al momento cumbre de su relato, el tren nos introdujo en Jarvis Brook, que era la estación en la que debíamos apearnos para ir a Rotherfield.

Y allí estaba Challenger, que había venido a buscarnos. Su aspecto era glorioso. Ningún pavo real del mundo podría igualar la dignidad lenta y altiva con la que desfiló por su estación ferroviaria, ni la sonrisa de perdonavidas, benévola y condescendiente, que dirigía a todos los que le rodeaban. Si en algo había cambiado desde antaño, era en que sus rasgos se había acentuado. La enorme cabeza y la amplia curva de la frente, con su mechón de pelo negro aplastado, parecían todavía mayores que antes, y sus ojos, de un color gris claro, con sus párpados insolentes y sarcásticos, eran todavía más autoritarios que en otro tiempo.

A mí me recibió con el apretón de manos burlón y la sonrisa de aprobación que el maestro otorga al niño, y después de saludar a los demás y de ayudarnos a recoger las maletas y las botellas de oxígeno, nos instaló en un gran automóvil cuyo conductor era el mismo impasible Austin, el hombre de pocas palabras que yo había visto en el papel de mayordomo en mi primera y

accidentada visita al profesor. En nuestro recorrido ascendimos por una sinuosa colina rodeada por un hermosísimo paisaje. Yo iba sentado delante con el chófer y tenía la sensación de que, en la parte de atrás, mis tres compañeros hablaban todos a la vez. Lord John seguía empeñado en contar su aventura del búfalo, por lo que pude entender, mientras que una vez más, como antaño, la voz grave y sonora de Challenger y el tono insistente de Summerlee me indicaron que sus cerebros se habían enzarzado en alguna elevada y furibunda discusión científica. De repente, Austin inclinó su rostro de caoba hacia mí sin apartar la vista del volante.

—Me han despedido —me dijo.

—¡Caramba! —exclamé.

Aquel día todo parecía extraño. Todos decían cosas raras e inesperadas. Era como un sueño.

—Con esta van cuarenta y siete veces —dijo Austin con aire pensativo.

—¿Cuándo se marcha? —le pregunté, a falta de nada mejor que decir.

—No me voy —respondió Austin.

Parecía que la conversación había terminado ahí, pero al cabo de un momento volvió a ella.

—Si yo me marchara, ¿quién le cuidaría? —señaló con un gesto a su señor—. ¿A quién encontraría que quisiera trabajar para él?

—A otra persona —apunté yo sin demasiada convicción.

—No. Nadie duraría ni una semana. Si yo me marchara, la casa se pararía como un reloj sin cuerda. Se lo digo a usted porque es amigo suyo y tiene que saberlo. Si yo me tomara en serio todo lo que me dice ese hombre…; pero, de todas maneras, no tendría valor para hacerle una cosa así. Él y la señora se quedarían como dos bebés abandonados en un fardo. Yo lo soy todo. Y él va y me despide.

—¿Y por qué no se quedaría nadie? —le pregunté.

—Pues porque no harían las concesiones que hago yo. Es un hombre muy inteligente el señor; tan inteligente que a veces se vuelve chaveta. Yo le he visto perder la cabeza con mis propios ojos. Por ejemplo, fíjese lo que hizo esta mañana.

—¿Qué hizo?

Austin se inclinó hacia mí.

—Ha mordido a la criada —me dijo con un ronco susurro.

—¿Que la ha mordido?

—Sí, señor. La ha mordido en la pierna. Yo vi con mis propios ojos cómo salía disparada por la puerta del vestíbulo y emprendía un maratón.

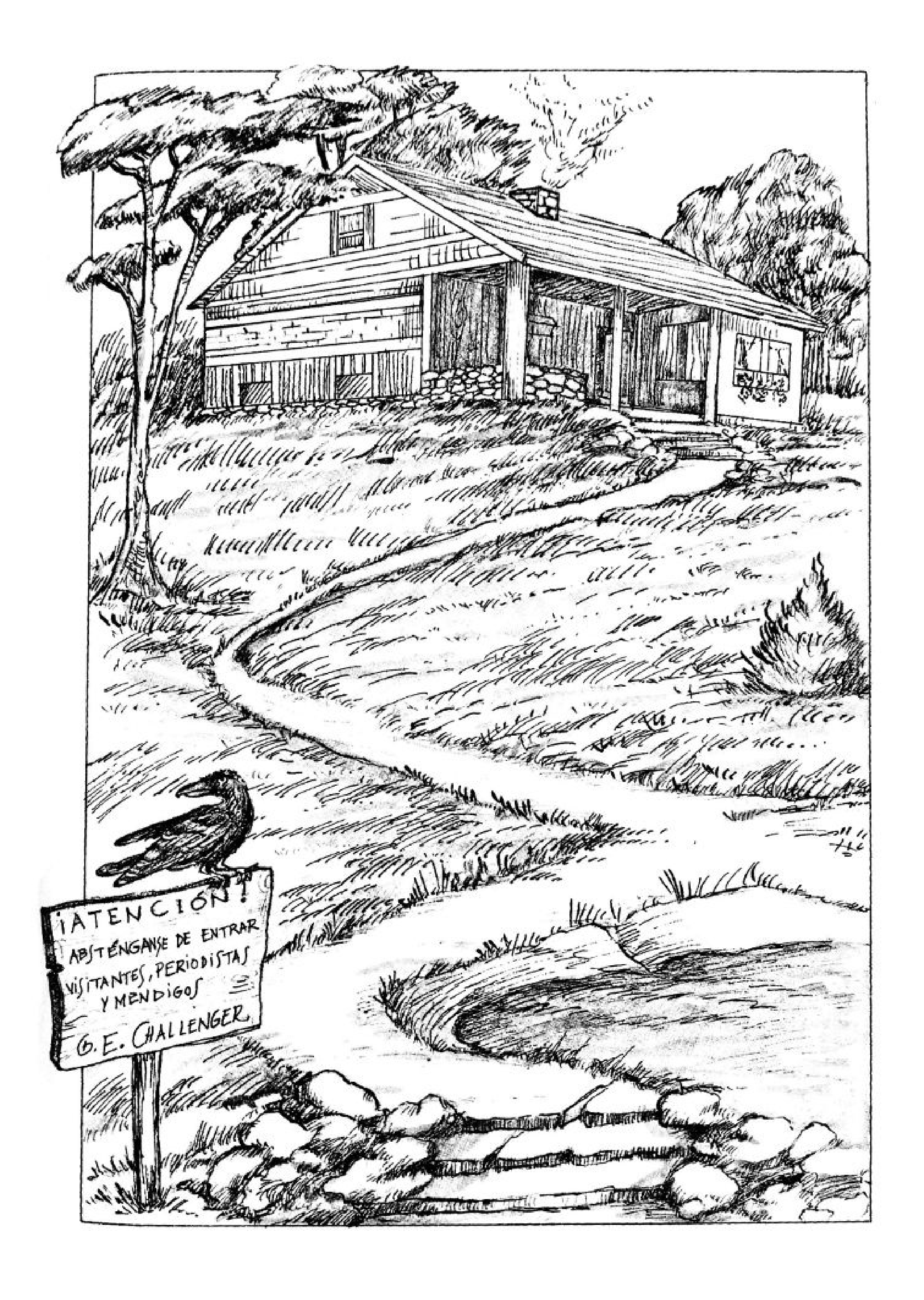
—¡Cielo santo!

—Eso mismo diría si viera algunas de las cosas que pasan. No traba amistad con los vecinos. Hay algunos que piensan que, cuando estaba por ahí con esos monstruos de los que usted escribió, el señor se encontraba como en su propia casa, y que ese es el tipo de compañía que más le va. Eso dicen. Yo llevo diez años a su servicio; le tengo afecto, y le aseguro que es un gran hombre, diga lo que diga y haga lo que haga, y que es un honor servirle. Pero a veces llega a la crueldad. Mire esto, por ejemplo, señor. No es lo que se dice un ejemplo de hospitalidad tradicional, ¿verdad? Léalo usted.

El automóvil había llegado a lo alto de una empinada cuna reduciendo al máximo la velocidad. En el recodo, sobre un seto bien recortado, se destacaba un cartel. Como había dicho Austin, no resultaba difícil leerlo, pues las palabras eran pocas y llamativas:

¡ATENCIÓN!
ABSTÉNGANSE DE ENTRAR
VISITANTES, PERIODISTAS Y MENDIGOS
G. E. CHALLENGER

—No, no es muy cordial que digamos —dijo Austin, sacudiendo la cabeza mientras contemplaba el deplorable cartel—. No quedaría muy correcto en una tarjeta de felicitación navideña. Le ruego que me perdone, señor, porque hacía muchos años que no le hablaba así a nadie, pero hoy tengo la impresión de que mis sentimientos han podido conmigo. Puede echarme todas las veces que se le antoje, hasta que se ponga morado de tanto repetirlo, pero yo no me voy, y no hay más que decir. Yo soy su criado y él es mi señor, y así seguirá siendo, espero, hasta el final.


¡ATENCIÓN!
ABSTÉNGANSE DE ENTRAR
VISITANTES, PERIODISTAS
Y MENDIGOS
G. E. CHALLENGER

Habíamos atravesado los postes blancos de una verja y después nos habíamos adentrado por un sendero sinuoso flanqueado de arbustos de rododentro. Más allá se levantaba una casa baja de ladrillo con carpintería de madera blanca, que a simple vista parecía cómoda y bonita. La señora Challenger, menuda, delicada y sonriente, nos esperaba en la puerta principal para darnos la bienvenida.

—Bueno, querida —dijo Challenger mientras salía rápidamente del coche —, aquí están nuestros visitantes. Es la primera vez que tenemos visita, ¿no? Nuestros vecinos no nos quieren demasiado, ¿verdad? Yo creo que si pudieran meter matarratas en el carro de nuestro panadero, lo harían con gusto.

—¡Es espantoso…, espantoso! —exclamó la dama, sonriendo y llorando al mismo tiempo—. George siempre se está peleando con todo el mundo. No tenemos ningún amigo en el campo.

—Eso me permite dedicar toda mi atención a mi incomparable esposa —dijo Challenger pasando su corto y ancho brazo alrededor de su cintura. Imaginen un gorila y una gacela y tendrán la imagen de esta pareja—. Vamos, vamos. Estos caballeros están fatigados del viaje y el almuerzo ya estará listo. ¿Ha regresado Sarah?

La dama negó con la cabeza tristemente, y el profesor rompió a reír con sonoras carcajadas mientras se mesaba la barba con su aire autoritario.

—Austin —gritó—: cuando haya terminado de aparcar el coche, tenga la amabilidad de ayudar a la señora a servir el almuerzo. Y ustedes, caballeros, entren en mi despacho, por favor, pues estoy ansioso por comunicarles una o dos cosas muy urgentes.

II
La marea mortal

Cuando atravesábamos el vestíbulo, sonó el teléfono, y nos convertimos en involuntario auditorio de las palabras del profesor Challenger en el diálogo que siguió a continuación: He dicho «nos», porque en un radio de cien yardas nadie pudo dejar de oír el estruendo de aquella potente voz, que resonaba por toda la casa. Sus respuestas se grabaron en mi memoria.

—Sí, sí, soy yo, naturalmente… Sí, desde luego, *el* profesor Challenger, el famoso profesor, ¿quién si no?… Naturalmente, todo lo que decía, pues de lo contrario no lo habría escrito… No me sorprendería… Todo indica que de eso se trata… En cuestión de un día, o dos a más tardar… Bueno, como usted comprenderá, yo no puedo hacer nada… Es muy desagradable, sin duda, pero me inclino a creer que afectará a personas más importantes que usted. De nada sirve quejarse… No, no me es posible… Deberá arriesgarse usted… Ya está bien, caballero. ¡Tonterías! Tengo cosas más importantes que hacer que escuchar semejantes bobadas.

Colgó estrepitosamente y nos condujo escaleras arriba hasta una estancia espaciosa y grande que constituía su despacho. Sobre el gran escritorio de caoba había siete u ocho telegramas sin abrir.

—De verdad —dijo mientras los recogía—, empiezo a pensar que ahorraría mucho dinero a mis remitentes si me decidiera a adoptar una dirección telegráfica. Probablemente, «Noé, Rotherfield» sería la más adecuada.

Como siempre que hacía una broma incomprensible, se apoyó en el escritorio y se puso a bramar en un paroxismo de carcajadas, con tal temblor en las manos, que apenas Podía abrir los sobres.

—¡Noé! ¡Noé! —gritaba entrecortadamente, morado como una remolacha, mientras lord John y yo sonreíamos comprensivamente, y Summerlee, como una cabra dispéptica, meneaba la cabeza con aire de sarcástica desaprobación. Por fin, Challenger, todavía entre murmullos y

estallidos, empezó a abrir sus telegramas. Nosotros tres permanecimos junto a la ventana salediza y nos entretuvimos contemplando la magnífica vista.

Verdaderamente, era digna de admiración. La sinuosa carretera nos había conducido a considerable altura, setecientos pies, como después supimos. La casa de Challenger se encontraba al borde mismo de la colina, y desde su fachada meridional, en la que se encontraba la ventana del despacho, se ofrecía a la vista la vasta extensión del Weald hasta donde las suaves curvas de los South Downs dibujaban un horizonte ondulado. En una hendidura abierta en las colinas, una nube de humo señalaba la situación de Lewes. Justamente a nuestros pies se extendía una ondulante llanura cubierta de brezo, con las largas extensiones intensamente verdes del campo de golf de Crowborough, todas salpicadas de jugadores. Un poco hacia el sur, a través de una brecha en los bosques, se divisaba una parte de la carretera principal de Londres a Brighton[1]. En primer término, justo debajo de nosotros, había un pequeño jardín cerrado, en el que permanecía el coche que nos había traído desde la estación.

Una exclamación de Challenger hizo que nos volviéramos. Después de leer los telegramas los había ordenado en un metódico montoncito sobre su escritorio. Su cara ancha y tosca, o su parte visible por encima de la enmarañada barba, todavía estaba muy encendida, como si se hallara bajo los efectos de alguna fuerte emoción.

—Bien, caballeros —dijo en un tono solemne, como si se estuviera dirigiendo al público de una asamblea—; esta es, sin duda, una reunión interesante, y me atrevería a añadir que tiene lugar en circunstancias extraordinarias y sin precedentes. ¿Puedo preguntarles si han observado algo en su viaje desde Londres?

—Lo único que he observado —declaró Summerlee con una ácida sonrisa— es que las costumbres de nuestro joven amigo no han mejorado en los años transcurridos. Siento tener que dejar constancia de que me he visto obligado a quejarme seriamente de su conducta en el tren, y faltaría a la verdad si no dijera que ha dejado una impresión sumamente desagradable en mi ánimo.

—Vamos, vamos, todos nos ponemos un poco pesados alguna vez —dijo lord John—. El muchacho no tenía mala intención. Al fin y al cabo, es un internacional, así que tiene más derecho que la mayoría a pasarse media hora contando un partido de fútbol.

—¿Qué me he pasado media hora contando un partido? —grité indignado—. Pero si ha sido usted el que ha estado media hora contando una prolija historia acerca de un búfalo. El profesor Summerlee es testigo.

—Me resulta difícil juzgar quién ha sido el más pesado de los dos —dijo Summerlee—. Le confieso, Challenger, que no quiero volver a oír hablar de fútbol ni de búfalos en toda mi vida.

—Yo no he dicho una palabra de fútbol en todo el día —protesté.

Lord John emitió un agudo silbido, y Summerlee sacudió la cabeza con aire triste.

—Pues sí que empiezan pronto —dijo—. Es verdaderamente deplorable. Mientras estaba sentado allí, en silencio, triste, pero pensativo…

—¡En silencio! —gritó lord John—. ¡Pero si se ha pasado todo el camino haciendo un número de cabaré de imitaciones, como si fuera un gramófono desbocado en lugar de una persona!

Summerlee se irguió en enérgica protesta.

—Le gusta hacerse el gracioso, lord John —dijo poniendo cara de vinagre.

—¡Pero caramba! ¡Esto es un claro caso de locura! —gritó lord John—. Parece que todos sabemos lo que hicieron los demás y ninguno sabe lo que él mismo estuvo haciendo. Vamos a empezar por el principio. Entramos en el vagón de fumadores de primera; eso está claro, ¿no? Entonces empezamos a discutir sobre la carta del amigo Challenger en el *Times*.

—Ah, ¿así que discutieron sobre ella? —murmuró con su voz atronadora nuestro huésped, mientras empezaba a entornar los párpados.

—Usted dijo, Summerlee, que no había nada de cierto en su contenido.

—¡Ja! —exclamó Challenger abombando el pecho y mesándose la barba —. ¡Nada de cierto! Tengo la impresión de haber oído antes esas mismas palabras. ¿Se me permite preguntar con qué argumentos el gran y famoso profesor Summerlee procedió a destruir al humilde individuo que se había atrevido a expresar una opinión de posibilidad científica? Quizás, antes de exterminar a esa desgraciada nulidad, tendrá la condescendencia de exponer algunas razones que justifiquen la opinión contraria que se ha formado.

Mientras hablaba con su elaborado y mastodóntico sarcasmo, hizo una reverencia, se encogió de hombros y tendió las manos.

—La razón era bien simple —dijo el obstinado Summerlee—. Sostenía que, si el éter que envuelve a la Tierra era tan tóxico en una de sus cuatro partes como para producir síntomas peligrosos, era muy poco probable que nosotros tres, en el vagón ferroviario, no nos viéramos afectados en absoluto.

Lo único que consiguió aquella explicación fue desatar la escandalosa hilaridad de Challenger. Rio y rio hasta hacer vibrar y estremecerse todos los objetos de la habitación.

—Nuestro loable Summerlee ha perdido un tanto, y no por primera vez, el contacto con los hechos de la situación —dijo por fin, mientras se enjugaba la acalorada frente—. Bien, caballeros, la mejor explicación que puedo darles es contarles con todo detalle lo que yo mismo he hecho esta mañana. Condonarán con mayor facilidad cualquier aberración mental suya cuando se den cuenta de que incluso yo he tenido momentos en que mi equilibrio se ha visto alterado. Durante varios años hemos tenido en esta casa una criada, una tal Sarah, con cuyo apellido nunca he tratado de sobrecargar mi memoria. Se trata de una mujer de aspecto severo y lúgubre, de actitud remilgada y recatada, de naturaleza sumamente imperturbable, que en nuestra relación con ella nunca ha dado muestras de emoción alguna. Estaba yo sentado solo ante mi desayuno, puesto que la señora Challenger tiene la costumbre de levantarse más tarde, cuando de repente se me pasó por la cabeza lo entretenido e instructivo que podría ser descubrir los límites de la imperturbabilidad de esta mujer. Ideé un experimento simple pero eficaz. Después de volcar un jarroncito de flores que había en el centro del mantel, llamé al timbre y me metí debajo de la mesa. Ella entró y, al ver la habitación vacía, se imaginó que me había retirado al despacho. Como yo había previsto, se acercó y se inclinó sobre la mesa para enderezar el jarrón. Vi entonces una media de algodón y una bota con elásticos. Saqué la cabeza y hundí los dientes en la pantorrilla de aquella pierna. El experimento tuvo un éxito increíble. Durante unos instantes se quedó quieta, paralizada, mientras miraba mi cabeza. Luego, con un grito, se soltó y salió precipitadamente de la habitación. Yo la seguí con la intención de darle alguna explicación, pero la mujer voló camino abajo, algunos minutos más tarde pude captarla con mis prismáticos mientras se dirigía con gran rapidez en dirección sudoeste. Les cuento esta anécdota por si el dato les interesa. La dejo caer en sus cerebros a la espera de que germine. ¿Resulta aclaratoria? ¿Les ha sugerido algo? ¿Qué piensa *usted* de ella, lord John Roxton?

Lord John sacudió la cabeza con aire grave.

—Si no se refrena, un día de estos va a meterse en un buen lío —dijo.

—Quizás usted tenga alguna observación al respecto, Summerlee.

—Debería dejar de trabajar inmediatamente, Challenger, y pasar tres meses en un balneario de Alemania —le dijo.

—¡Profundo razonamiento! ¡Muy profundo! —gritó Challenger—. Y ahora, mi joven amigo, ¿es posible que tenga usted el buen juicio que no han demostrado estos caballeros de más edad?

En efecto, así fue. Lo digo con toda modestia, pero así fue. Naturalmente, a ustedes, que ya saben lo que ocurrió, les parecerá perfectamente obvio, pero no estaba tan claro cuando todo esto era nuevo para nosotros. De todas formas, la idea me asaltó de pronto con la fuerza de la convicción absoluta.

—¡Veneno! —grité.

Entonces, mientras pronunciaba la palabra, repasé mentalmente todas las experiencias de la mañana: lord John con su búfalo; mis lágrimas histéricas; el comportamiento escandaloso del profesor Summerlee; los extraños sucesos de Londres; la pelea en el parque; la manera de conducir del chófer; el escándalo en el almacén de oxígeno. De repente, todas las piezas encajaron.

—¡Naturalmente! —exclamé de nuevo—. Es veneno. Estamos todos envenenados.

—Exactamente —dijo Challenger frotándose las manos—; estamos todos envenenados. Nuestro planeta se ha sumergido en la zona venenosa del éter, y en este momento se está hundiendo en ella a una velocidad de varios millones de millas por minuto. Nuestro joven amigo ha expresado la causa de todos nuestros problemas y perplejidades con una sola palabra: «veneno».

Nos miramos unos a otros en silencio, sobrecogidos. Al parecer, no había comentario posible a la situación.

—Mediante una inhibición mental es posible reconocer y controlar esos síntomas —dijo Challenger—. No puedo esperar que se desarrolle en todos ustedes en el mismo grado que ha alcanzado en mí, pues supongo que guarda proporción con la fuerza de la energía mental de cada uno. Pero sin duda es apreciable hasta en nuestro joven amigo. Después de la explosión de buen humor que tanto alarmó a mi criada, me senté y me puse a razonar. Me dije que nunca antes me había sentido tentado a morder a una persona de mi casa. En este caso, el impulso había sido anormal. En un instante fui consciente de la verdad. Me tomé el pulso, y comprobé que daba diez latidos más de lo normal; también mis reflejos habían aumentado. Recurrí a mi yo más elevado y más cuerdo, al verdadero G. E. C., que se asentaba, sereno e inexpugnable, por encima de cualquier alteración molecular. Le invoqué, digo, para que vigilara las estúpidas trampas mentales que me tendería el veneno. Descubrí que yo era el verdadero dueño de la situación. Era capaz de reconocer y controlar una mente sometida a desórdenes. Fue aquella un extraordinaria demostración de la victoria de la mente sobre la materia, pues fue una victoria sobre esa determinada forma de materia que está más íntimamente conectada con la mente. Casi me atrevería a decir que la mente actuaba defectuosamente y que la personalidad la controlaba. Por consiguiente, cuando mi esposa bajó

y me sentí impelido a esconderme detrás de la puerta para asustarla profiriendo un grito salvaje cuando entrara, fui capaz de reprimir mi impulso y de saludarla con dignidad y comedimiento. De la misma manera me enfrenté y dominé un irresistible deseo de graznar como un pato. Más tarde, cuando bajé a pedir el coche y encontré a Austin inclinado sobre él, concentrado en ciertas reparaciones, controlé mi mano abierta, aunque ya la tenía alzada, y me abstuve de proporcionarle una experiencia que posiblemente le habría hecho seguir los pasos de la criada. Por el contrario, le toqué el hombro y le ordené que tuviera el coche listo en la puerta a tiempo para ir a buscarlos al tren. En este mismo instante siento la fortísima tentación de agarrar al profesor Summerlee por su absurda barba de viejo y de sacudirle violentamente la cabeza hacia atrás y hacia delante. Y, sin embargo, como pueden ver, me contengo perfectamente. Permítanme recomendarles que sigan mi ejemplo.

—Tendré cuidado con el búfalo —dijo lord John.

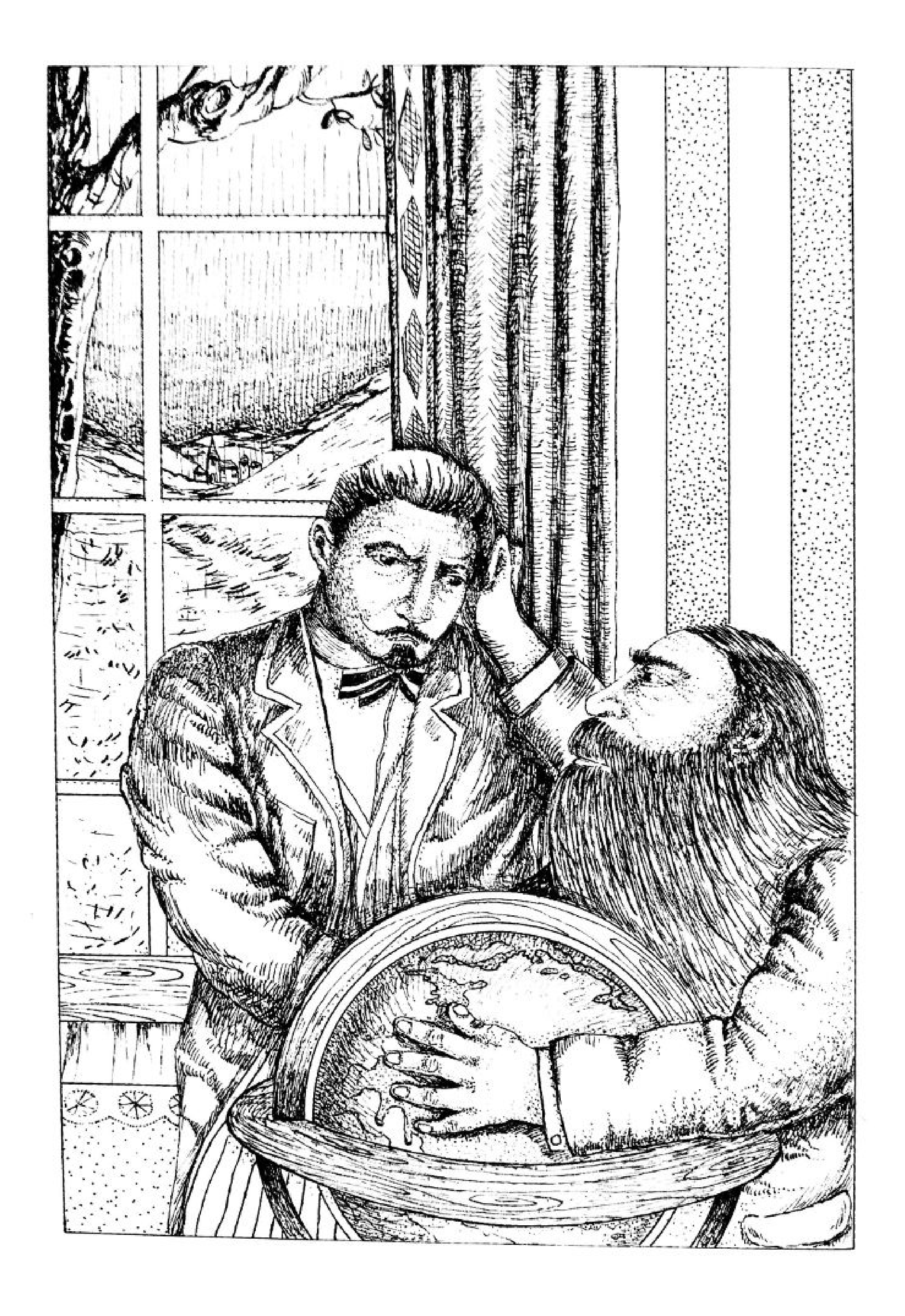
—Y yo con el partido de fútbol.

—Puede que tenga razón, Challenger —dijo Summerlee en tono sumiso —. Estoy dispuesto a reconocer que mi disposición de ánimo es más crítica que constructiva, y que no soy proclive a convertirme a ninguna teoría nueva, especialmente cuando resulta ser tan extraordinaria y fantástica como esta. No obstante, cuando repaso mentalmente los acontecimientos de esta mañana, y me paro otra vez a considerar la necia conducta de mis acompañantes, me inclino a creer que algún veneno de carácter excitante ha provocado sus síntomas.

Challenger le dio a su colega una palmadita amistosa en el hombro.

—Vamos progresando —dijo—. Decididamente, vamos progresando.

—Y bien, caballero —preguntó Summerlee humildemente—, ¿podría darnos su opinión sobre las perspectivas actuales?



—Con su permiso diré unas palabras sobre esa cuestión —respondió el profesor mientras se sentaba en el escritorio balanceando sus piernas cortas y rechonchas—. Estamos asistiendo a un espectáculo tremendo y fatal. Se trata, en mi opinión, del fin del mundo.

¡El fin del mundo! Nuestras miradas se dirigieron al gran ventanal y contemplamos la belleza veraniega del campo, las bajas laderas cubiertas de brezo, las grandes casas campestres, las acogedoras granjas, las personas que se divertían en los campos de golf. ¡El fin del mundo! Muchas veces habíamos oído pronunciar aquellas palabras, pero la idea de que pudieran tener un significado práctico inmediato, de que no se produjera en una fecha indeterminada, sino en aquel momento, aquel día, resultaba terrorífica y pasmosa. Recibimos la noticia con gravedad y esperamos en silencio que Challenger continuara. Su presencia y aspecto imponentes prestaban tal fuerza a la solemnidad de sus palabras, que por un momento se desvanecieron todas sus características toscas y absurdas, y se irguió ante nosotros como una figura majestuosa, fuera del alcance de la humanidad ordinaria. Entonces, yo por lo menos, recordé esperanzado que en dos ocasiones desde que entráramos en la habitación se había reído a carcajadas. Pensé que probablemente la objetividad mental tiene sus límites. Al fin y al cabo, la crisis no podía ser tan enorme ni tan inminente.

—Imaginen un racimo de uvas —dijo— que estén cubiertas por un bacilo infinitesimal pero nocivo. El jardinero lo pasa a través de un medio desinfectante. A lo mejor desea que las uvas estén más limpias. O puede que necesite espacio para criar un bacilo nuevo menos nocivo que el anterior. Lo sumerge, pues, en el veneno y los bacilos desaparecen. En mi opinión, nuestro jardinero está a punto de sumergir el sistema solar, y el bacilo humano, diminuto vibrión mortal que se retorcía y se movía sobre la corteza exterior de la Tierra, será esterilizado y dejará de existir en un instante.

De nuevo se hizo el silencio. Pero lo rompió la aguda vibración del timbre del teléfono.

—Aquí tenemos uno de los bacilos pidiendo ayuda a gritos —dijo el profesor con una sonrisa macabra—. Empiezan a darse cuenta de que a la hora de la verdad la continuidad de su existencia no es una de las necesidades del Universo.

Estuvo ausente de la habitación por espacio de uno o dos minutos. Recuerdo que ninguno de nosotros dijo nada en su ausencia. Parecía que la situación estaba más allá de cualquier palabra o comentario.

—Era el jefe de sanidad municipal de Brighton —nos dijo cuando regresó —. Por algún motivo, los síntomas se están acusando con mayor rapidez al nivel del mar. Nuestra altitud de setecientos pies nos concede una ventaja. Por lo que parece, la gente se ha enterado de que soy la principal autoridad en la materia. Probablemente sea consecuencia de la carta que apareció en el *Times*. La persona con la que estuve hablando cuando acabábamos de llegar era el alcalde de una capital de provincia. Quizás escucharon lo que le dije por teléfono. Daba la impresión de que ese hombre valoraba exageradamente su propia vida. Le ayudé a aclararse las ideas.

Summerlee se había levantado y estaba de pie junto a la ventana. Sus manos delgadas y huesudas temblaban de emoción.

—Challenger —dijo con la mayor seriedad—, este asunto es demasiado grave como para enzarzarnos en discusiones fútiles. No piense que pretendo irritarle con ninguna de las preguntas que pueda hacerle. Pero quiero plantearle la posibilidad de que haya alguna falacia en su información o en su razonamiento. Veo el sol, que brilla con la misma luminosidad de siempre en un cielo azul. Veo el brezo, las flores y los pájaros… Veo a la gente divirtiéndose en los campos de golf, y más allá a los labradores cortando el maíz. Usted nos dice que ellos y nosotros podemos hallarnos al borde de la destrucción, que este día soleado puede ser el día fatal que el género humano ha esperado tanto tiempo. Que nosotros sepamos, ¿en qué se basa esta terrible sentencia? En unas cuantas rayas irregulares en un espectro; en ciertos rumores procedentes de Sumatra; en un curioso estado de excitación personal que hemos advertido los unos en los otros. Este último síntoma no es tan grave como para que usted y yo no podamos, mediante un esfuerzo consciente, controlarlo. No tiene que andarse con cumplidos con nosotros, Challenger. Todos hemos tenido la muerte delante antes de ahora. Hable claro, y háganos saber con exactitud en qué situación nos encontramos, y cuáles, en su opinión, son nuestras perspectivas para el futuro.

Fue un discurso bueno y valiente dictado por el espíritu firme y fuerte que se escondía tras de las acritudes y angulosidades del viejo zoólogo. Lord John se puso en pie y le estrechó la mano.

—Mis sentimientos son idénticos a los suyos —dijo—. Bien, Challenger, le toca a usted decirnos cuál es nuestra situación. Nuestros nervios no son débiles, como bien sabe; pero cuando sucede que en una visita de fin de semana uno se topa de repente con el día del Juicio Final, se impone alguna explicación. ¿Cuál es el peligro; en qué grado nos afecta y cómo vamos a afrontarlo?

Permanecía junto a la ventana, iluminado por el sol, alto y fuerte, con su bronceada mano sobre el hombro de Summerlee. Yo me hallaba recostado en un sillón, con un cigarrillo apagado entre los labios, sumido en esa especie de estado de semiaturdimiento en el que las impresiones cobran una claridad suma. Puede que se tratara de una nueva fase del envenenamiento, pero todas las manifestaciones de delirio habían pasado, siendo sucedidas por un estado mental sumamente lánguido y al mismo tiempo agudo. Yo era un espectador. Se podría haber dicho que nada tenía que ver personalmente conmigo. Pero allí se hallaban tres hombres fuertes en medio de una crisis, y resultaba fascinante observarlos. Challenger frunció sus pobladas cejas y se mesó la barba antes de responder. Era evidente que estaba ponderando cuidadosamente sus palabras.

—¿Cuáles eran las últimas noticias cuando salieron de Londres? —preguntó.

—Estuve en la redacción de la *Gazette* alrededor de las diez —dije yo—. Acababa de llegar un telegrama de Singapur con el mensaje de que al parecer la enfermedad se había generalizado en Sumatra, y que en consecuencia no se habían encendido los faros.

—Desde entonces los acontecimientos se han sucedido con cierta rapidez —dijo Challenger, cogiendo su montón de telegramas—. Mantengo estrecho contacto con las autoridades y con la prensa, por lo que me llegan noticias de todas partes. De hecho, he recibido peticiones generalizadas y muy insistentes de que acuda a Londres; pero no veo que sirva de nada. Por lo que me cuentan, el efecto del veneno comienza con excitación mental; se dice que los disturbios ocurridos en París esta mañana han sido muy violentos, y que los mineros galeses están protestando. En la medida en que pueda confiarse en las pruebas disponibles, esta fase estimulante, que varía mucho en virtud de las razas y los individuos, va seguida de un estado de cierta exaltación y lucidez mental (me parece discernir indicios de ello en nuestro joven amigo), estado que, después de un intervalo más o menos prolongado, se transforma en coma y conduce rápidamente a la muerte. Yo supongo, por lo que sé de toxicología, que hay ciertos venenos vegetales nerviosos…

—Datura —apuntó Summerlee.

—¡Excelente! —exclamó Challenger—. Si diéramos un nombre a nuestro agente tóxico contribuiríamos a la precisión científica. Pongamos que se trata de daturina[2]. A usted le cabe el honor, mi querido Summerlee, ¡desgraciadamente póstumo!, pero no obstante único, de haberle dado un nombre al destructor universal, al gran desinfectante del jardinero. Los

síntomas producidos por la daturina, en ese caso, pueden tomarse por los que acabo de señalar. El hecho de que afecte al mundo entero y de que sea imposible que sobreviva ninguna forma de vida me parece seguro, puesto que el éter es un medio universal. Hasta ahora ha sido caprichoso en cuanto a los lugares que ha atacado, pero la diferencia es solo cuestión de unas pocas horas, y es como una marea que avanza y que cubre una lengua de arena, y luego otra, deslizándose aquí y allá en flujos irregulares, hasta que al final lo ha sumergido todo. Están funcionando ciertas leyes en relación con la acción y la distribución de la daturina que habrían sido de profundo interés si el tiempo de que disponemos nos permitiera estudiarlas. En la medida en que puedo seguirlas —en aquel punto echó una mirada a los telegramas—, las razas menos avanzadas han sido las primeras en responder a su influencia. He recibido relatos lamentables procedentes de África, y al parecer los aborígenes australianos ya han sido exterminados. Hasta ahora las razas nórdicas han mostrado su poder de resistencia mayor que las meridionales. Este, por ejemplo, está fechado en Marsella a las nueve y cuarenta y cinco de la mañana. Lo leeré palabra por palabra:

—«Excitación delirante a lo largo de la noche en toda la Provenza. Tumulto de viticultores en Nimes. Levantamiento socialista en Toulon[3]. Población atacada por enfermedad repentina con coma esta mañana. *Peste foudroyant*[4]. Innumerables muertos en las calles. Parálisis comercial y caos generalizado». Una hora más tarde llegó el siguiente, procedente de la misma fuente: «Nos amenaza el exterminio total. Catedrales e iglesias, llenas a rebosar. Los muertos superan en número a los vivos. Es inconcebible y espantoso. El fallecimiento parece indoloro, pero es fulminante e inevitable». Hay un telegrama similar procedente de París, donde el proceso todavía no es tan agudo. Parece ser que la India y Persia han sido completamente aniquiladas. La población eslava de Austria ha caído, mientras que la teutónica apenas se ha visto afectada. Por lo que parece, en general, según la limitada información que obra en mi poder, los habitantes de las planicies y las costas han sufrido los efectos con mayor rapidez que los que habitan tierra adentro o en zonas de cierta altura. Incluso una reducida elevación marca una diferencia considerable, y quizás si quedara un superviviente de la especie humana, volvería a encontrarse en la cima de algún Ararat[5]. Puede que dentro de poco nuestra pequeña colina dé muestras de ser una isla efímera en medio de un mar de desastres. Pero por el ritmo actual de avances, en cuestión de pocas horas todos estaremos sumergidos.

Lord John Roxton se enjugó la frente.

—Lo que me asombra —dijo— es que pueda quedarse ahí sentado, riéndose con ese montón de telegramas en la mano. Yo he visto la muerte tantas veces como la mayoría de la gente; pero la muerte universal… ¡es espantoso!

—Por lo que respecta a la risa —dijo Challenger—, tenga en cuenta que yo, al igual que ustedes, no me he librado de los efectos cerebrales estimulantes del veneno etéreo. Pero en cuanto al horror que al parecer le inspira la muerte universal, yo le diría que es un tanto exagerado. Si le enviaran a usted mar adentro en una barca sin rumbo conocido, probablemente le abandonaría el valor. Se sentiría agobiado por el aislamiento y la incertidumbre. Pero si emprendiera el viaje en una nave agradable en la que se encontraran todos sus parientes y amigos, tendría la sensación de que, aunque su destino siguiera siendo incierto, por lo menos les esperaba una experiencia común y simultanea que los mantendría hasta el final en la misma estrecha comunión. Puede que una muerte solitaria sea terrible, pero la muerte universal, y además tan indolora como parece ser esta, no es, a mi juicio, digna de temor. Con toda sinceridad, comprendería mejor a la persona que opinara que lo horrible sería sobrevivir cuando todo hubiera desaparecido.

—Entonces, ¿qué nos propone? —preguntó Summerlee, que en esta ocasión asintió a los razonamientos de su hermano científico.

—Que almorcemos —dijo Challenger, mientras el ruido de un gong se extendía por toda la casa—. Tenemos una cocinera cuyas tortillas solo son superadas por sus chuletas. Solo nos queda confiar en que los trastornos cósmicos no hayan embotado sus excelentes habilidades. Deberíamos también rescatar mi Scharzberger del 96, uniendo nuestro esfuerzo para evitar la deplorable pérdida de tan magnífica cosecha —alzó entonces su corpachón del escritorio en el que había permanecido sentado mientras anunciaba el fin del planeta—. Vamos —dijo—. Si nos queda poco tiempo, mayor es la necesidad de disfrutarlo justa y razonablemente.

Y aquella fue, verdaderamente, una comida muy alegre. Es verdad que no podíamos olvidarnos de nuestra terrible situación. Toda la solemnidad del suceso se cernía en el interior de nuestras mentes e influía en nuestros pensamientos. Seguramente, el alma, que nunca se ha encarado con la muerte, se espanta intensamente de ella cuando llega el final. Para cada uno de nosotros la presencia de la muerte había sido familiar durante un largo período de nuestras vidas. En cuanto a la dama, se apoyaba en el enérgico consejo de su vigoroso marido, y estaba contenta de seguir sus pasos, sin importar dónde la condujeran. El futuro era cosa del destino. El presente nos

pertenecía. Lo pasamos en franca camaradería y moderada alegría. Nuestras mentes se hallaban, como ya he dicho, especialmente lúcidas. Incluso yo tuve algunos momentos brillantes. ¡Y Challenger, por su parte, estuvo maravilloso! Nunca se me había presentado de manera tan patente la grandeza elemental de aquel hombre, el alcance y la fuerza de su saber. Summerlee le inspiraba con su estribillo de críticas semiácidas, mientras que lord John y yo nos reíamos de la contienda; y su esposa, poniendo la mano en la manga del profesor, controlaba los bramidos del filósofo. La vida, la muerte, el hado y el destino del hombre fueron las asombrosas materias de aquella hora memorable, vital por el hecho de que, a medida que la comida avanzaba, ciertas exaltaciones extrañas y repentinas en mi mente, y ciertos estremecimientos en mis miembros, vinieron a proclamar que la marea invisible de la muerte iba creciendo lenta y callada a nuestro alrededor. En una ocasión vi que lord John se llevaba de pronto la mano a los ojos, y en otro momento, Summerlee se quedó recostado un instante en su silla. Cada una de nuestras respiraciones estaba cargada de extrañas fuerzas. Y, sin embargo, nuestras mentes permanecían felices y a gusto. Al cabo de un momento, Austin dejó los cigarrillos en la mesa y se dispuso a retirarse.

—¡Austin! —dijo su señor.

—¿Sí, señor?

—Quiero darle las gracias por sus leales servicios.

La sombra de una sonrisa se asomó al nudoso rostro del criado.

—He cumplido con mi deber, señor.

—Espero que el fin del mundo se produzca, Austin.

—Sí, señor. ¿A qué hora, señor?

—No puedo precisarlo, Austin. Antes del anochecer.

—Muy bien, señor.

El taciturno Austin saludó y se retiró. Challenger encendió un cigarrillo, acercó su silla a la de su esposa, y le cogió la mano.

—Ya sabes cómo están las cosas, querida —le dijo—. También se lo he explicado a nuestros amigos. No tienes miedo, ¿verdad?

—¿No será doloroso, George?

—No más que el gas hilarante del dentista. Cada vez que te lo han puesto has muerto a efectos prácticos.

—Pero esa es una sensación agradable.

—Y también puede serlo la muerte. La máquina corporal, ya agotada, no puede registrar su impresión, pero sí tenemos la oportunidad de conocer el placer mental del sueño o del trance. Quizás la Naturaleza construye una

puerta muy hermosa revestida de cortinajes brillantes y ligeros por la que nuestras almas errantes penetran en una nueva vida. En todas mis investigaciones sobre la realidad, siempre he encontrado sabiduría y bondad en la esencia, y si en algún momento el asustado mortal necesita ternura, es con toda seguridad cuando realiza el arriesgado paso de una vida a otra. No, Summerlee, no estoy dispuesto a aceptar su materialismo, porque yo, por lo menos, soy una criatura demasiado grandiosa como para descomponerme en simples elementos físicos, en un puñado de sales y tres cubos de agua. Aquí, aquí —y al decirlo se golpeó la cabeza con su abultado y velludo puño— hay algo que se sirve de la materia, pero que no está constituido por ella; algo capaz de destruir a la muerte, pero que la muerte nunca logrará destruir.



—Hablando de muerte —dijo lord John—. Yo soy, por así decirlo, cristiano, pero me parece muy natural que a ciertos ancestros nuestros se les enterrara con sus hachas, arcos y flechas, y cosas por el estilo, como si fueran a seguir viviendo como habían vivido hasta entonces. Yo no sé —dijo mirando en torno a la mesa con cierta timidez— si me sentiría más como en casa si me colocaran con mi viejo 0,450 exprés y la escopeta para cazar pájaros, la corta con la culata de caucho, y una o dos cananas de cartuchos… Ya sé que es un capricho tonto, pero no puedo evitarlo. ¿Qué le parece a usted, *herr* profesor?

—Bueno —dijo Summerlee—, ya que me pide opinión, le diré que me parece un retroceso insostenible a la Edad de Piedra o a una época anterior. Yo, por mi parte, vivo en el siglo XX, y me gustaría morir como hombre razonablemente civilizado. Creo que no tengo más miedo a la muerte que el resto de ustedes, porque soy un hombre viejo y, pase lo que pase, no me queda mucho más de vida; pero es completamente contrario a mi naturaleza quedarme sentado esperando sin luchar, como el cordero ante el carnicero. ¿Está usted seguro, Challenger, de que no hay nada que podamos hacer?

—Para salvarnos, nada —dijo Challenger—. Pero lo que sí puede estar en mi mano es prolongar nuestras vidas durante unas cuantas horas, para así ver la evolución de esta enorme tragedia antes de sucumbir a ella realmente. He tomado ciertas medidas…

—¿El oxígeno?

—Exactamente. El oxígeno.

—¿Pero qué efecto puede tener el oxígeno contra un envenenamiento producido por el éter? La diferencia cualitativa no es mayor entre un trozo de ladrillo y un gas que entre el oxígeno y el éter. Son diferentes niveles de materia. No pueden afectarse la una a la otra. Vamos, Challenger, no es posible que sostenga semejante propuesta.

—Mi buen Summerlee, este veneno etéreo está influido con toda seguridad por agentes materiales. Lo hemos visto en los métodos y en la distribución del brote. No era de esperar *a priori*, pero es un hecho indudable. Por ello tengo la firme convicción de que un gas como el oxígeno, que aumenta la vitalidad y el poder de resistencia del cuerpo, puede con toda probabilidad retardar la acción de lo que usted ha bautizado con tanto acierto con el nombre de daturina. Puede que me equivoque, pero confío plenamente en la exactitud de mi razonamiento.

—Bueno —dijo lord John—, si tenemos que sentarnos chupando tubos de esos como si fuéramos bebés con biberón, yo me niego a tomarlo.

—No será necesario —respondió Challenger—. Gracias sobre todo a mi mujer, a quien se lo deben agradecer, hemos hecho los preparativos necesarios para cerrar herméticamente su tocador en la medida de lo posible. Con esteras y papel barnizado…

—Santo cielo, Challenger, ¿no pensará que puede impedir el paso del éter a base de papel barnizado?

—En verdad, estimado amigo mío, hay que ser un poquitín terco para no captar la idea principal. No nos hemos tomado todas esas molestias para impedir el paso del éter, sino para evitar que se escape el oxígeno. Confío en que podamos conservar nuestros sentidos si somos capaces de procurarnos una atmósfera hiperoxigenada hasta cierto punto. Yo tenía dos botellas de oxígeno, y ustedes me han traído tres más. No es mucho, pero algo es algo.

—¿Cuánto tiempo durarán?

—No tengo ni idea. No las abriremos hasta que nuestros síntomas sean insoportables. A partir de ese momento distribuiremos el gas a medida que lo vayamos necesitando con urgencia. Puede durarnos algunas horas, o incluso es posible que varios días, durante los cuales podremos contemplar un mundo destruido. Nuestro propio destino está retrasado en esa medida, y viviremos la singularísima experiencia, nosotros cinco, de ser, con toda probabilidad, la retaguardia absoluta del género humano en su marcha hacia lo desconocido. Por favor, tengan la bondad de echarme una mano con las botellas. Tengo la impresión de que la atmósfera se está volviendo algo más asfixiante.

III
Sumergidos

La estancia destinada a ser el escenario de nuestra inolvidable experiencia era un encantador gabinete femenino, de entre catorce y dieciséis pies cuadrados. En uno de sus extremos, separado por una cortina de terciopelo rojo, había un reducido apartado que constituía el vestidor del profesor. Este, a su vez, se abría a un gran dormitorio. La cortina estaba echada, pero el tocador y el vestidor podían usarse como una sola estancia para los fines de nuestro experimento. Una de las puertas y el marco de la ventana habían sido revestidos con papel barnizado, de manera que quedaban prácticamente selladas. Encima de la otra puerta, la que daba al pasillo, había una claraboya que podía abrirse tirando de un cordón cuando fuera absolutamente imprescindible un poco de ventilación. En cada uno de los rincones había sendos arbustos metidos en un cubo.

—La manera de librarnos de nuestro exceso de dióxido de carbono sin desperdiciar indebidamente nuestro oxígeno es una cuestión delicada y vital —dijo Challenger mirando a su alrededor, cuando las cinco bombonas de hierro fueron alineadas contra la pared—. De haber tenido más tiempo para los preparativos, podría haber aplicado más plenamente la energía concentrada de mi inteligencia al problema, pero tal y como están las cosas, debemos hacer lo que podamos. Los arbustos nos prestarán algún servicio. Dos de las botellas de oxígeno están listas para ser conectadas inmediatamente, de manera que no nos coja desprevenidos. Al mismo tiempo, sería conveniente no alejarnos de la habitación, puesto que la crisis puede ser repentina y perentoria.

Una ventana ancha y baja daba a una terraza. La vista que presentaba era la misma que ya habíamos admirado desde el despacho. Al asomarme, no vi indicio alguno de trastorno en ninguna parte. Había una carretera que descendía en forma de curva por la ladera de la colina, justo ante mis ojos. Un taxi procedente de la estación, uno de esos supervivientes prehistóricos que solo se encuentran en nuestros pueblos rurales, ascendía dificultosamente por

la colina. Más abajo se veía a una niñera que empujaba un cochecito y llevaba a otro niño de la mano. Las estelas de humo azulado de las casitas de campo prestaban a toda la extensión del paisaje un aire de orden establecido y calor hogareño. Ni en el cielo azul ni en la tierra iluminada por el sol se adivinaba presagio alguno de catástrofe. Los segadores habían regresado a los campos y los jugadores de golf, en grupos de dos y de cuatro, seguían desplazándose por el campo. En mi cabeza se agitaba un torbellino tan extraño, y mis nervios sobreexcitados estaban tan confusos, que la indiferencia de aquella gente me parecía asombrosa.

—No parece que esos tipos sufran ningún efecto perjudicial —dije señalando las pistas de golf.

—¿Has jugado alguna vez al golf? —me preguntó lord John.

—No.

—Entonces, joven amigo, hasta que no juegues no sabrás que, una vez que se ha empezado bien un recorrido, hace falta que se desencadene una catástrofe para conseguir que un buen jugador de golf se pare. ¡Caramba! Ya está otra vez el timbre del teléfono.

Durante y después del almuerzo, el timbre agudo e insistente había reclamado regularmente al profesor. Luego nos comunicaba las noticias, a medida que le iban llegando, con frases escuetas. Nunca se habían registrado en la historia del mundo noticias tan terroríficas. La gran sombra iba extendiéndose desde el Sur como una corriente creciente de muerte. Egipto ya había pasado el delirio y acababa de entrar en coma. España y Portugal, después de un violento frenesí durante el cual los clericales y los anarquistas habían luchado encarnizadamente, habían quedado sumidas en el silencio. De Sudamérica ya habían dejado de recibirse telegramas. En Norteamérica, los estados sureños, después de varios disturbios raciales terribles, habían sucumbido al veneno. Al norte de Maryland[1] el efecto todavía no se notaba, y en Canadá resultaba apenas perceptible. Bélgica, Holanda y Dinamarca se habían visto a su vez afectadas. Llegaban mensajes desesperados de todas las partes del mundo dirigidos a los grandes centros de investigación, a los químicos y a los médicos de fama mundial, implorando su consejo. Nada podía hacerse. Aquello era universal y escapaba a nuestro conocimiento o a nuestro control humano. Era la muerte, una muerte indolora pero inevitable; muerte para los jóvenes y los viejos, para los fuertes y los débiles, para los ricos y los pobres, sin esperanza ni posibilidad de escapar. Tales eran las noticias que el teléfono nos traía en forma de mensajes dispersos y enloquecidos. Las grandes ciudades ya conocían su suerte, y por lo que

pudimos averiguar se preparaban para recibirla con dignidad y resignación. Y, sin embargo, allí seguían nuestros jugadores de golf y nuestros agricultores, como corderos retozones bajo la sombra de la navaja. Parecía sorprendente. Y no obstante, ¿cómo iban a saberlo? Todo se nos había venido encima en una gigantesca zancada. ¿Qué había en los periódicos de la mañana que pudiera alarmarlos? Y ahora eran casi las tres de la tarde. En el mismo momento en que mirábamos nos dio la impresión de que debía haberse extendido algún rumor, pues vimos que los segadores abandonaban precipitadamente los campos. Varios jugadores de golf regresaron al edificio del club. Corrían como si quisieran refugiarse de un chaparrón. Los pequeños *caddies* iban detrás de ellos. Otros siguieron jugando. La niñera había dado media vuelta y ahora empujaba con premura su cochecito colina arriba. Advertí que se había llevado la mano a la frente. El taxi se había detenido, y el agotado caballo descansaba con la cabeza hundida entre las patas. Arriba había un perfecto cielo de verano, una enorme bóveda completamente azul, a no ser por unas pocas nubes algodonosas que se discernían sobre las lejanas colinas. Si el género humano iba a perecer aquel día, sería al menos en un magnífico lecho de muerte. Y, sin embargo, toda aquella belleza suave de la Naturaleza hacía esta terrorífica destrucción general todavía más lastimosa y horrible. ¡Ciertamente, era una residencia demasiado agradable como para que nos desahuciaran de una manera tan rápida e implacable!

Pero he dicho que el timbre del teléfono había sonado una vez más. De pronto, oí el vozarrón de Challenger procedente del vestíbulo.

—¡Malone! —gritó—. Preguntan por usted.

Bajé corriendo al aparato. Era McArdle, que llamaba desde Londres.

—¿Es usted, señor Malone? —me gritó aquella voz familiar—. Señor Malone, cosas terribles están sucediendo en Londres. Por el amor de Dios, vea si el profesor Challenger puede darnos algún consejo.

—No puede decirles nada, señor —respondí—. En su opinión, la crisis es universal e inevitable. Aquí tenemos un poco de oxígeno, pero solo servirá para retrasar nuestro destino unas pocas horas.

—¡Oxígeno! —gritó aquella voz angustiada—. Ya no hay tiempo de conseguirlo. Desde que usted se marchó esta mañana ha habido una algarabía infernal en la oficina. Ahora mismo la mitad de la plantilla está inconsciente. Yo mismo siento una pesadez que me derrota. Desde mi ventana veo a la gente tirada por toda Fleet Street. El tráfico ha quedado completamente interrumpido. A juzgar por los últimos telegramas, el mundo entero…

Su voz se había apagado, y de pronto cesó. Al cabo de un instante oí por el teléfono un ruido sordo, como si su cabeza hubiera caído sobre el escritorio.

—¡Señor McArdle! —grité—. ¡Señor McArdle!

No hubo respuesta. Supe, mientras colgaba el receptor, que nunca volvería a oír su voz.

En aquel instante, precisamente cuando daba el primer paso para alejarme del teléfono, aquello se cernió sobre nosotros. Fue como si nos estuviéramos bañando con el agua a la altura de los hombros y de pronto nos encontrábamos sumergidos en una ola. Tuve la impresión de que una mano invisible se había cerrado calladamente alrededor de mi garganta y que me quitaba la vida apretando suavemente. Fui consciente de una sensación de opresión inmensa en el pecho, una gran tensión en la cabeza, un pitido en los oídos y brillantes relámpagos ante mis ojos. Avancé tambaleándome hacia la balaustrada de la escalera. En aquel mismo momento, Challenger pasó como una exhalación a mi lado, acometiendo y bufando como un búfalo herido. Era una terrible aparición: el rostro de un rojo purpúreo, los ojos inyectados en sangre y los cabellos erizados. Acarreaba sobre un hombro a su menuda esposa, que tenía todo el aspecto de hallarse inconsciente, y subía la escalera a trompicones, formado un gran estruendo, con dificultad y a sacudidas, pero sosteniéndose a sí mismo y a ella a base de una gran fuerza de voluntad a través de aquella atmósfera mefítica hacia el paraíso de seguridad transitoria. Ante el espectáculo de su esfuerzo, yo también me apresuré escaleras arriba, a gatas, cayendo, aferrándome al pasamanos, hasta que me desplomé de cabeza, medio inconsciente, en el rellano superior. Sentí los dedos de acero de lord John en el cuello de mi chaqueta, y un momento más tarde me encontraba tendido boca arriba, incapaz de hablar ni de moverme, sobre la alfombra del tocador. La mujer yacía junto a mí, y Summerlee engurruñado en una silla cercana a la ventana, con la cabeza prácticamente pegada a las rodillas. Como en un sueño, vi a Challenger, cual monstruoso escarabajo, arrastrarse lentamente por el suelo, y un momento después oí el suave silbido del oxígeno al salir. Challenger aspiró dos o tres veces dando enormes bocanadas y, con la entrada del gas vital, sus pulmones hicieron un ruido ronco.

—¡Funciona! —gritó con júbilo—. ¡Mi razonamiento se ha visto justificado! —volvía a estar en pie, alerta y pictórico de fuerza. Con un tubo en la mano, corrió hasta su esposa y se lo acercó a la cara. Al cabo de unos segundos esta gimió, se removió y se incorporó. Se volvió entonces a mí, y sentí la marea de la vida deslizarse cálidamente por mis arterias. La razón me

decía que aquello no era más que una corta prórroga, y, sin embargo, aunque solemos hablar de su valor a la ligera, cada hora de existencia se me aparecía ahora como algo inestimable. Nunca había experimentado un estremecimiento de alegría sensorial como el que me sobrevino con aquella nueva inyección de vida. Se alivió el peso que me oprimía los pulmones, la presión de mi frente se aflojó y me invadió una dulce sensación de paz y serenidad. Permanecí echado observando cómo Summerlee revivía con el mismo remedio, hasta que finalmente le llegó el turno a lord John. Se levantó de un salto y me tendió la mano para alzarme, mientras que Challenger recogía a su esposa y la recostaba en el canapé.

—Oh George, siento mucho que me hayas hecho regresar —le dijo mientras le cogía la mano—. Como tú decías, la puerta de la muerte está ciertamente revestida de hermosas y relucientes cortinas; una vez pasada la sensación de ahogo, todo era indescriptiblemente dulce y hermoso. ¿Por qué me has arrastrado otra vez aquí?

—Porque quiero que hagamos el viaje juntos. Llevamos juntos muchísimos años. Sería triste separarnos en el momento supremo.

Por un momento, en aquella voz tierna vi un atisbo de un nuevo Challenger, muy distinto del hombre tiránico, fanfarrón y arrogante que había asombrado y ofendido alternativamente a su generación. Allí, a la sombra de la muerte, se encontraba el Challenger más íntimo, el hombre que había sabido ganarse y mantener el amor de una mujer. Bruscamente cambió de actitud, y volvió a ser nuestro enérgico capitán.

—De toda la humanidad, yo he sido el único que vi y predije esta catástrofe —dijo con un retintín de exultación y triunfo científico—. En cuanto a usted, mi buen Summerlee, espero que sus últimas dudas sobre el significado del desdibujamiento de las rayas del espectro se hayan resuelto y que deje de afirmar que mi carta del *Times* estaba basada en un error.

Por una vez, nuestro agresivo compañero fue sordo a una provocación. Lo único que podía hacer era permanecer sentado, jadeando y estirando sus miembros largos y delgados, como para cerciorarse de que verdaderamente seguía estando en el planeta. Challenger se dirigió a la botella de oxígeno, y el fuerte silbido se redujo a un rumor sibilante apenas perceptible.

—Debemos economizar nuestra provisión de gas —dijo—. La atmósfera de la habitación se halla ahora fuertemente hiperoxigenada, y por lo que veo, ninguno de nosotros siente ningún síntoma doloroso. Solamente mediante experimentos reales podremos determinar qué cantidad añadida al aire servirá para neutralizar el veneno. Veamos qué tal con eso.

Permanecimos sentados, tensos y en silencio, durante cinco minutos o más, observando nuestras sensaciones. Justo cuando a mí me parecía que volvía a sentir la constricción en torno a las sienes, la señora Challenger gritó desde el sofá que se estaba desmayando. Su marido giró la llave para que saliera más gas.

—En los tiempos precientíficos —dijo—, se solía llevar un ratón en todos los submarinos, pues su constitución más delicada acusaba los indicios de una atmósfera enrarecida antes de que la percibieran los marineros. Tú, querida mía, vas a ser nuestro ratón. Ahora he aumentado la salida y te sientes mejor.

—Sí, estoy mejor.

—Probablemente hemos dado con la mezcla correcta. Cuando sepamos con exactitud para cuánto sirve, podremos calcular el tiempo que nos queda de existencia. Desgraciadamente, mientras nos recobrábamos hemos consumido una proporción considerable de la primera botella.

—¿Es que tiene alguna importancia? —preguntó lord John, que permanecía de pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos—. Si nos tenemos que marchar, ¿de qué sirve retrasar el momento? ¿No creerá que tenemos alguna posibilidad?

Challenger sonrió y negó con la cabeza.

—Bien, en ese caso, ¿no le parece más digno dar el salto sin esperar a que nos empujen? Si debe ser así, yo prefiero que digamos nuestras oraciones, desconectemos el gas y abramos las ventanas.

—¿Por qué no? —dijo la dama, valientemente—. George, seguramente lord John tiene razón y es mejor así.

—Me opongo radicalmente —gritó Summerlee con voz quejumbrosa—. Cuando tengamos que morir, moriremos naturalmente; pero adelantar la muerte intencionadamente me parece una acción estúpida e injustificable.

—¿Qué dice nuestro joven amigo al respecto? —preguntó Challenger.

—Yo creo que debemos quedarnos hasta el final.

—Y yo comparto firmemente esa opinión —dijo él.

—En ese caso, George, si tú lo dices, yo también lo creo —gritó la dama.

—Bueno, bueno, yo solamente he hecho una propuesta —dijo lord John —. Si todos quieren seguir hasta el final, les apoyo. A fe mía que es sumamente interesante. A lo largo de mi vida he tenido mis aventuras, y tantas emociones como la mayoría de la gente, pero voy a terminar en la más importante.

—Suponiendo que la vida continúe… —dijo Challenger.

—¡Eso es mucho suponer! —le interrumpió Summerlee.

Challenger le dirigió una mirada de mudo reproche.

—Suponiendo que la vida continúe —prosiguió en su estilo más didáctico —, ninguno de nosotros está en condiciones de afirmar cuáles son las posibilidades de observación que puede uno tener desde lo que podríamos denominar el plano del espíritu hacia el plano de la materia. Sin duda, hasta el más obtuso consideraría evidente —en aquel punto le dirigió una mirada llameante a Summerlee— que cuando somos materia nos hallamos en las condiciones más idóneas para observar y formarnos un juicio sobre los fenómenos materiales. Por lo tanto, solamente manteniéndonos vivos durante estas pocas horas de más podemos esperar llevarnos con nosotros a alguna existencia futura un concepto claro del suceso más asombroso al que se haya enfrentado jamás el mundo y el mismo universo, que nosotros sepamos. A mí me parecería una acción deplorable acortar de cualquier manera, aunque solo fuera un minuto, una experiencia tan maravillosa.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —gritó Summerlee.

—Aprobado por unanimidad —dijo lord John—. Por San Jorge, ese pobre infeliz de su chófer está en el jardín y ya ha hecho su último viaje. ¿Serviría de algo salir para traerlo?

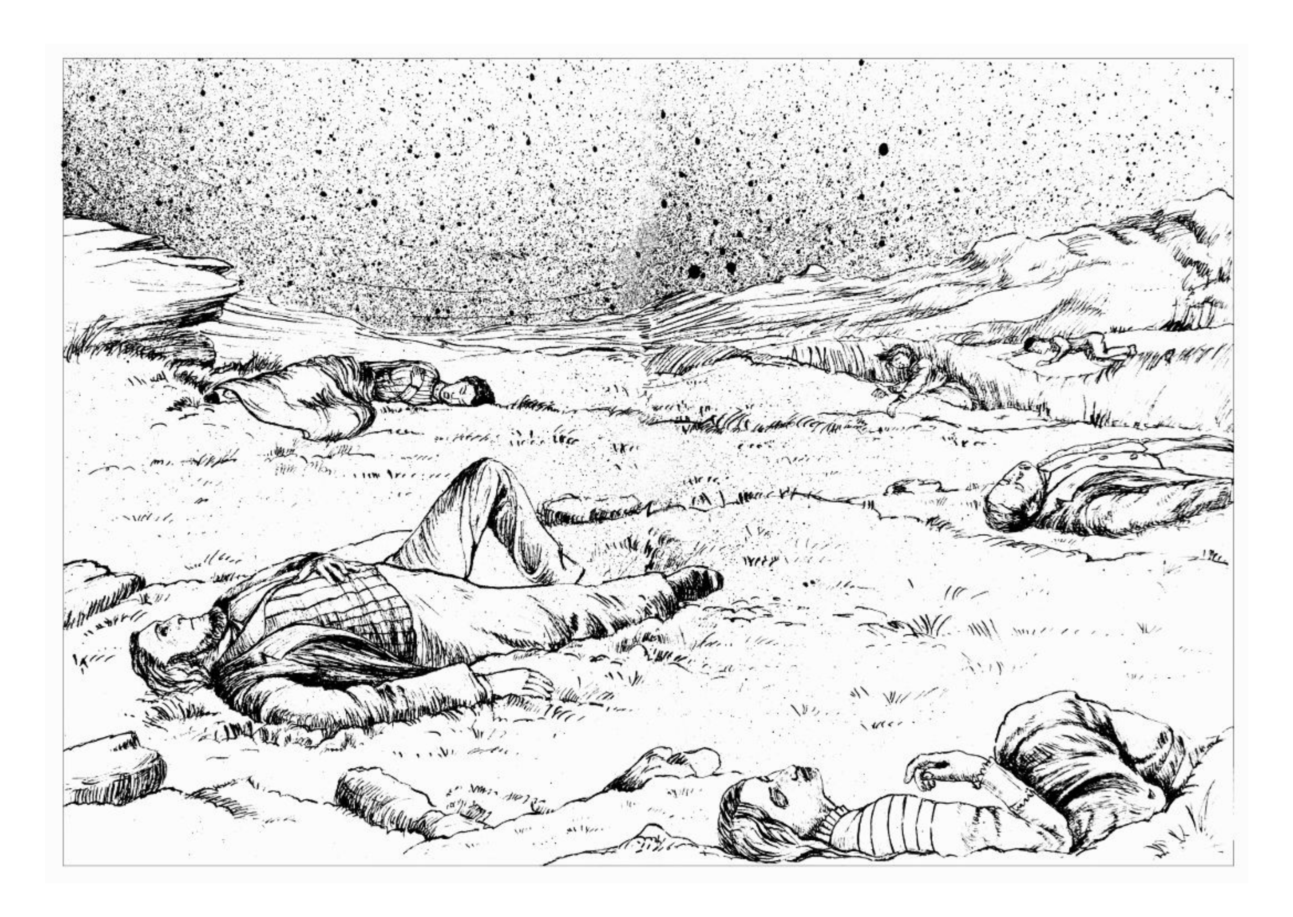
—Sería una locura absoluta —gritó Summerlee.

—Bueno, supongo que tiene razón —dijo lord John—. A él no le serviría de nada y el gas se esparciría por toda la casa, aunque consiguiéramos regresar vivos. ¡Caramba! ¡Miren esos pajarillos debajo de los árboles!

Acercamos cuatro sillas al bajo y alargado ventanal, mientras la dama permanecía en el canapé con los ojos cerrados. Recuerdo que entonces se me pasó por la mente la idea monstruosa y grotesca —puede que la ilusión se viera acentuada por la mala ventilación del aire que estábamos respirando— de que nos encontrábamos en cuatro asientos delanteros de platea en el último acto del drama del mundo.

Justamente debajo de nosotros, en primer término, se encontraba el pequeño jardín en el que estaba el coche a medio limpiar. Austin, el chófer, había recibido por fin su despido definitivo, pues se hallaba tumbado al lado de la rueda, con un gran chichón amoratado en la frente, en la que se había golpeado contra el estribo o el guardabarros al caer. Todavía tenía en la mano la manguera con la que había estado lavando el coche. En el rincón del jardín había un par de plátanos pequeños, y debajo yacían varias bolitas patéticas de plumas encrespadas, con sus diminutas patitas levantadas. La guadaña de la Muerte lo segaba todo, grande o pequeño, con su golpe.

Por encima de las tapias del jardín miramos hacia la sinuosa carretera que conducía a la estación. Un grupo de segadores que habíamos visto salir corriendo de los campos yacían en tropel, sus cuerpos amontonados los unos encima de los otros, al fondo. Más arriba, la niñera estaba tendida con la cabeza y los hombros hundidos en la hierba de la cuesta. Había sacado al niño del cochecito, y ahora era solo un bulto inmóvil entre sus brazos. Detrás de ella, muy cerca, una diminuta mancha al borde de la carretera señalaba el lugar donde yacía el otro niño. Todavía más cerca de nosotros se encontraba el caballo muerto, arrodillado entre los largueros del carruaje. El viejo conductor estaba inclinado sobre el guardabarros como un grotesco espantapájaros, con los brazos colgando ante él en una postura absurda. Desde la ventana discerníamos confusamente a un hombre joven sentado en el interior. La puerta se balanceaba, abierta, y él estaba asiendo el pomo con una mano, como si hubiera tratado de saltar en el último instante. A una distancia intermedia se extendía el campo de golf, salpicado, como por la mañana, de las manchas oscuras de los jugadores, que yacían inmóviles sobre la hierba del campo, o entre los brezos que lo bordeaban. En uno de los *greens*[2] había ocho cuerpos tendidos, en el lugar en el que un grupo de cuatro con sus respectivos *caddies* habían continuado la partida hasta el final. Ningún pájaro volaba por la azul bóveda celeste, ningún hombre ni animal se movía por el vasto campo que se extendía ante nosotros. El sol de la tarde lo iluminaba con su sereno resplandor, pero sobre él se cernía toda la inmovilidad y el silencio de la muerte universal; una muerte que pronto nos llegaría a nosotros. En aquel momento, la frágil lámina de vidrio retenía el oxígeno suplementario que contrarrestaba los efectos del veneno del éter, aislándonos y protegiéndonos del destino de toda nuestra especie. Durante unas cortas horas, la sabiduría y previsión de un hombre podría preservar nuestro pequeño oasis de vida dentro del vasto desierto de la muerte, y salvarnos de la participación en la catástrofe común. Pero después el gas empezaría a agotarse, y nosotros también yaceríamos ahogándonos sobre la alfombra color cereza del tocador, y así el destino del género humano y de toda la vida terrestre se vería cumplido. Durante largo tiempo, en un estado de ánimo demasiado solemne como para hablar, contemplamos en silencio el trágico mundo.



—Estoy viendo una casa incendiada —dijo Challenger, por fin, señalando una columna de humo que se elevaba por encima de los árboles—. Me imagino que habrá otras muchas así, y posiblemente ciudades enteras en llamas, si nos paramos a pensar cuántas personas habrán caído con luces en la mano. El hecho de la combustión basta para demostrar que la proporción de oxígeno en la atmósfera es normal, y que es el éter lo que está mal. Ah, por allí se ve otro resplandor, en lo alto de Crowborough Hill. Si no me equivoco, debe de ser el edificio del club de golf. Ahora se oye el reloj de la iglesia dando la hora. A nuestros filósofos les interesaría saber que un mecanismo hecho por el hombre ha sobrevivido a la especie que lo construyó.

—¡Por San Jorge! —gritó lord John, incorporándose agitado de su asiento—. ¿Qué es esa columna de humo? Es un tren.

Oímos su estruendo, y al cabo de un momento apareció ante nuestros ojos como una exhalación, avanzando a una velocidad que a mí me pareció prodigiosa. No podíamos saber de donde procedía ni a dónde llegaría. Solo por algún milagro de la fortuna podía haber recorrido alguna distancia. Pero en aquel momento estábamos destinados a ver el terrible final de su carrera. Sobre la vía permanecía parado un tren de vagones de carbón. Contuvimos la respiración mientras el expreso seguía avanzando por la misma vía. El impacto fue horrible. La locomotora y los vagones se amontonaron formando

una montaña de madera astillada y hierros retorcidos. Entre los restos empezaron a brillar lenguas rojas de fuego y pronto todo comenzó a arder. Durante media hora permanecimos sentados, sin pronunciar palabra, aturdidos por aquel asombroso espectáculo.

—¡Pobre, pobre gente! —gritó la señora Challenger, por fin, aferrándose al brazo de su marido con un sollozo.

—Querida mía, los pasajeros de ese tren estaban tan inanimados como el carbón con el que han chocado y en el que ahora se han convertido —dijo Challenger mientras le acariciaba la cabeza suavemente—. Cuando salió de Victoria era un tren de vivos, pero iba conducido y cargado de muertos mucho antes de que alcanzara su destino.

—Deben de estar pasando las mismas cosas en todo el mundo —dije yo, mientras surgía en mi imaginación la visión de extraños sucesos—. Piensen en los barcos que estarán en el mar; el vapor los seguirá empujando hasta que las calderas se apaguen, o hasta que se estrellen a toda velocidad en alguna playa. Y los barcos de vela también: volcarán con sus cargamentos de marineros muertos, mientras sus cuadernas se pudren y sus junturas dejan pasar el agua, hasta que uno a uno se hundan bajo la superficie. Quizás dentro de un siglo el Atlántico todavía esté salpicado de viejos derrelictos a la deriva.

—Y los trabajadores de las minas de carbón —dijo Summerlee con una risita lúgubre—. Si por casualidad vuelve a haber geólogos sobre la faz de la tierra, formularán extravagantes teorías sobre la existencia de hombres en estratos carboníferos.

—Yo no pretendo saber de tales cosas —comentó lord John—, pero me parece que después de esto, la Tierra se quedará con el cartel de «Se alquila vacía». Si la especie humana ha sido eliminada de un plumazo, es imposible que vuelva a surgir de la nada.

—No es la primera vez que el mundo está vacío —respondió Challenger en tono grave—. En virtud de leyes cuyos principios nos sobrepasan y están por encima de nosotros, se pobló. ¿Por qué no va a repetirse el mismo proceso?

—Mi querido Challenger, ¿no lo dirá en serio?

—No tengo la costumbre, profesor Summerlee, de decir las cosas a la ligera. Esa observación es trivial —respondió irguiendo la barba y entornando los párpados.

—Por lo que veo, usted ha vivido como un dogmático obstinado, y pretende morir igual —dijo Summerlee ásperamente.

—Y usted, caballero, ha vivido como un obstruccionista sin pizca de imaginación, y ya no tiene esperanzas de salir de ese estado.

—Desde luego, sus críticos más duros nunca podrán acusarle de falta de imaginación —replicó Summerlee.

—¡Caramba! —exclamó lord John—. Es muy propio de ustedes consumir nuestra última bocanada de oxígeno lanzándose improperios. ¿Qué importancia tiene que vuelva a haber gente o no? En cualquier caso, no lo viviremos.

—Con ese comentario, caballero, delata usted sus notables limitaciones —dijo Challenger en tono severo—. La verdadera mente científica no está atada a sus condiciones de tiempo y espacio. Se constituye como un observatorio erigido por encima de la frontera del presente, que separa el pasado infinito del futuro infinito. Desde esta posición segura, realiza sus incursiones hasta el mismo principio y el mismo fin de todas las cosas. Y en cuanto a la muerte, la mente científica muere en su puesto, trabajando de la misma manera normal y metódica hasta el final. Desprecia algo tan insignificante como su propia disolución física tan radicalmente como desprecia todas las demás limitaciones que actúan sobre el plano de la materia. ¿Estoy en lo cierto, profesor Summerlee?

Summerlee asintió de mala gana, refunfuñando.

—Estoy de acuerdo, aunque con ciertas reservas —dijo.

—La mente científica ideal —prosiguió Challenger—, y lo digo en tercera persona para no parecer demasiado complaciente con mi propia persona, la mente científica ideal, como decía, debe ser capaz de resolver un problema de conocimiento abstracto en el intervalo comprendido entre la caída del sujeto desde un globo y su llegada a la tierra. Hombres de ese temple hacen falta para conquistar la Naturaleza y salvaguardar la verdad.

—A mí me parece que la Naturaleza ha llegado a la consumación de su tiempo —dijo lord John mirando por la ventana—. He leído algunos artículos de fondo en los que se decía que ustedes, caballeros, la controlaban a ella, pero ahora ella se está tomando la revancha.

—Se trata solamente de un contratiempo pasajero —dijo Challenger con convicción—. Unos cuantos millones de años ¿qué son en el gran ciclo del tiempo? Como pueden ver, el mundo vegetal ha sobrevivido. Miren las hojas de ese plátano. Los pájaros están muertos, pero la planta florece. De esta vida vegetal surgirán con el tiempo, en las charcas y en los pantanos, las diminutas babosas reptantes y microscópicas que son las pioneras del gran ejército de la vida, a la que por el momento nosotros cinco tenemos el extraordinario deber

de servir como retaguardia. Una vez que la forma más ínfima de vida se haya establecido, el advenimiento definitivo del hombre es cosa tan segura como el crecimiento del roble a partir de la bellota. El viejo círculo girará una vez más.

—Pero ¿y el veneno? —pregunté yo—. ¿No cortará la vida de raíz?

—El veneno puede ser un simple estrato o capa del éter, una mefítica Corriente del Golfo que cruza el inmenso océano por el que flotamos. O también cabe la posibilidad de que se establezca la tolerancia y la vida se adapte a las nuevas condiciones. El simple hecho de que con una hiperoxigenación relativamente reducida de nuestra sangre podamos resistirlo constituye, con toda seguridad, una prueba en sí misma de que no será necesario un gran cambio para que la vida animal pueda soportarlo.

La casa que humeaba más allá de los árboles estalló en llamas. Podíamos ver las altas lenguas de fuego elevándose en el aire.

—Es francamente terrible —murmuró lord John, impresionado como nunca le había visto.

—Bueno, al fin y al cabo, ¿qué importancia tiene? —observé yo. El mundo está muerto. Probablemente la cremación sea el mejor entierro.

—Pero acabaría con nosotros si esta casa se incendiara.

—Yo preví el peligro —dijo Challenger—, y le pedí a mi esposa que lo evitara.

—Todo está controlado, querido. Pero otra vez empiezo a sentir palpitaciones en la cabeza. ¡Qué ambiente tan espantoso!

—Tenemos que cambiarlo —dijo Challenger, y se inclinó sobre la botella de oxígeno.

—Está casi vacía —dijo—. Nos ha durado unas tres horas y media. Ya son casi las ocho. Hay que pasar la noche cómodamente. Creo que el fin llegará mañana por la mañana, alrededor de las nueve. Veremos un amanecer que será solo para nosotros.

Conectó la segunda botella y abrió durante medio minuto la claraboya de la puerta. Luego, cuando el aire empezó a mejorar sensiblemente, pero nuestros síntomas empeoraban, volvió a cerrarla.

—A propósito —dijo—, no solo de oxígeno vive el hombre. Ya es bien pasada la hora de la cena. Les aseguro, caballeros, que cuando les invité a mi casa a lo que yo esperaba que fuese una interesante reunión, tenía la intención de agradarles con mi cocina. No obstante, debemos hacer lo que podamos, y estoy seguro de que estarán de acuerdo conmigo en que sería una locura consumir nuestro aire innecesariamente encendiendo un infiernillo. Cuento

con algunas provisiones de carne fría, pan y conservas, lo cual, junto con un par de botellas de clarete, puede servir a nuestros propósitos. Gracias, querida; ahora, como siempre, demuestras ser la reina de la eficiencia.

Fue realmente maravilloso cómo, con la dignidad y el sentido del decoro del ama de casa británica, la dama arregló en un momento la mesa con un mantel blanco como la nieve; colocó las servilletas y sirvió la sencilla comida con toda la elegancia de la civilización, añadiendo una lamparilla eléctrica en el centro. Maravilloso también fue comprobar que nuestro apetito era voraz.

—Se debe a todas estas emociones —dijo Challenger, con aquel aire de condescendencia con el que su mente científica se prestaba a la explicación de los hechos—. Hemos atravesado una gran crisis. Eso supone alteraciones moleculares. Y ello, a su vez, supone necesidad de reparación. Las grandes penas o las grandes alegrías producen una intensa hambre, y no inapetencia, como creen nuestros novelistas.

—Por eso la gente del campo celebra grandes banquetes en los funerales —aventuré yo.

—Exacto. Nuestro joven amigo ha elegido un excelente ejemplo. Permítame que le sirva otra rodaja de lengua.

—Lo mismo ocurre con los salvajes —dijo lord John, mientras se cortaba una ración de carne de vaca—. Yo los he visto enterrar a un jefe río Aruwimi[3] arriba, y comerse un hipopótamo que debía de pesar tanto como una tribu. En Nueva Guinea hay algunos que se comen al mismo difunto, después de haberlo lavado. Bueno, de todos los banquetes funerarios de la Tierra, supongo que el que estamos celebrando ahora es el más singular.

—Lo raro es —dijo la señora Challenger— que no me es posible sentir pena por los que han desaparecido. Pienso en mi madre y mi padre, en Bedford[4]. Sé que están muertos, y, sin embargo, en esta tremenda tragedia universal soy incapaz de sentir tristeza por nadie; ni siquiera por ellos.

—Y mi anciana madre, en su casita de campo en Irlanda —dije yo—. Puedo imaginármela, con su chal y su gorrito de encaje, recostada con los ojos cerrados en la vieja silla de respaldo alto, junto a la ventana, con las gafas y un libro a su lado. ¿Por qué voy a llorarla? Ella ha muerto y yo voy a morir, y puede que en alguna otra vida me encuentre más cerca de ella de lo que Irlanda está de Inglaterra. Sin embargo, me apena pensar que su querido cuerpo ya no existe.

—En cuanto al cuerpo —observó Challenger—, no nos lamentamos de las uñas y el pelo que nos hemos cortado, aunque en su momento formaron parte de nosotros mismos. Tampoco el hombre que pierde una pierna añora

sentimentalmente su miembro amputado. El cuerpo físico ha sido más bien fuente de dolor y de fatigas para nosotros. Es el exponente constante de nuestras limitaciones. ¿Por qué entonces preocuparnos por su separación de nuestro yo psíquico?

Eso si es cierto que puedan separarse —refunfuñó Summerlee—. En cualquier caso, la muerte universal es espantosa.

—Tal y como ya he explicado —dijo Challenger—, una muerte universal debe ser mucho menos terrible en su esencia que una muerte aislada.

—Igual que en una batalla —observó lord John—. Si ustedes vieran a un solo hombre tendido ahí, en el suelo, con el pecho destrozado y un agujero en la cara, se pondrían enfermos. Pero yo he visto diez mil cadáveres en Sudán, y no me produjo tal sensación porque, cuando estás inmerso en graves acontecimientos, la vida de un solo hombre es demasiado insignificante como para preocuparse de ella. Cuando un millar de millones desaparecen juntos, tal y como ha ocurrido hoy, uno no puede escoger entre la multitud al individuo que le interesa.

—Ojalá acabara de una vez con nosotros —dijo la dama con tristeza—. Oh, George, estoy muy asustada.

—Querida, tú serás la más valiente de todos cuando llegue el momento. Siempre he sido un marido fanfarrón, pero tú tendrás en cuenta que G. E. C. era como le hicieron y no pudo ser de otra manera. Al fin y al cabo, tú no habrías querido a otro, ¿verdad?

—A nadie en el mundo entero, querido —dijo ella, y pasó los brazos alrededor de su cuello de toro. Nosotros tres nos encaminamos hacia la ventana, y quedamos asombrados ante el espectáculo que se presentó a nuestros ojos.

Había anochecido y el mundo muerto estaba envuelto en una mortaja de tinieblas. Pero el horizonte meridional estaba atravesado por una larga línea de intenso color escarlata, que crecía y menguaba con súbitos latidos de vida, que se transformaba de repente en un cenit carmesí para después apagarse hasta quedar reducido a una difusa línea de fuego.

—¡Lewes está en llamas! —grité yo.

—No, lo que arde es Brighton —dijo Challenger acercándose a nosotros —. Se distingue el perfil de las colinas recortado a contraluz. Ese fuego está a millas de distancia de la ladera opuesta. Debe de estar ardiendo la ciudad entera.

Se veían varios focos de deslumbradora luz roja en diferentes puntos, y el montón de escombros que había sobre la vía todavía ardía lentamente con un

misterioso resplandor; por todo ello parecía simples puntitos de luz si se le comparaba con la monstruosa conflagración que palpitaba más allá de las colinas. ¡Habría sido un material valiosísimo para la *Gazette*! Jamás un periodista se había topado con una oportunidad semejante y al mismo tiempo con tan pocas probabilidades de aprovecharla: la exclusiva de las exclusivas, y nadie que pudiera apreciarlo. Fue entonces cuando, de repente, se apoderó de mí mi viejo espíritu de cronista. Si aquellos hombres de ciencia podían ser tan fieles al trabajo de sus vidas hasta el mismo fin, ¿por qué no iba yo a ser, en mi humilde terreno, igualmente fiel? Puede que el ojo humano nunca llegara a ver mi obra. Pero había que pasar de alguna manera la larga noche, y a mí por lo menos me parecía imposible dormir. Mis notas me ayudarían a pasar las horas de abatimiento y a mantener ocupados mis pensamientos. Por eso ahora tengo ante mí las páginas de mi cuaderno emborronadas de notas, escritas confusamente sobre mis rodillas a la luz débil y menguante de nuestra única lamparilla eléctrica. De haber tenido dotes literarias, habrían sido dignas de la ocasión. Así las cosas, puede que todavía sirvan para acercar a otras mentes las emociones y los horrores interminables de aquella noche estremecedora.



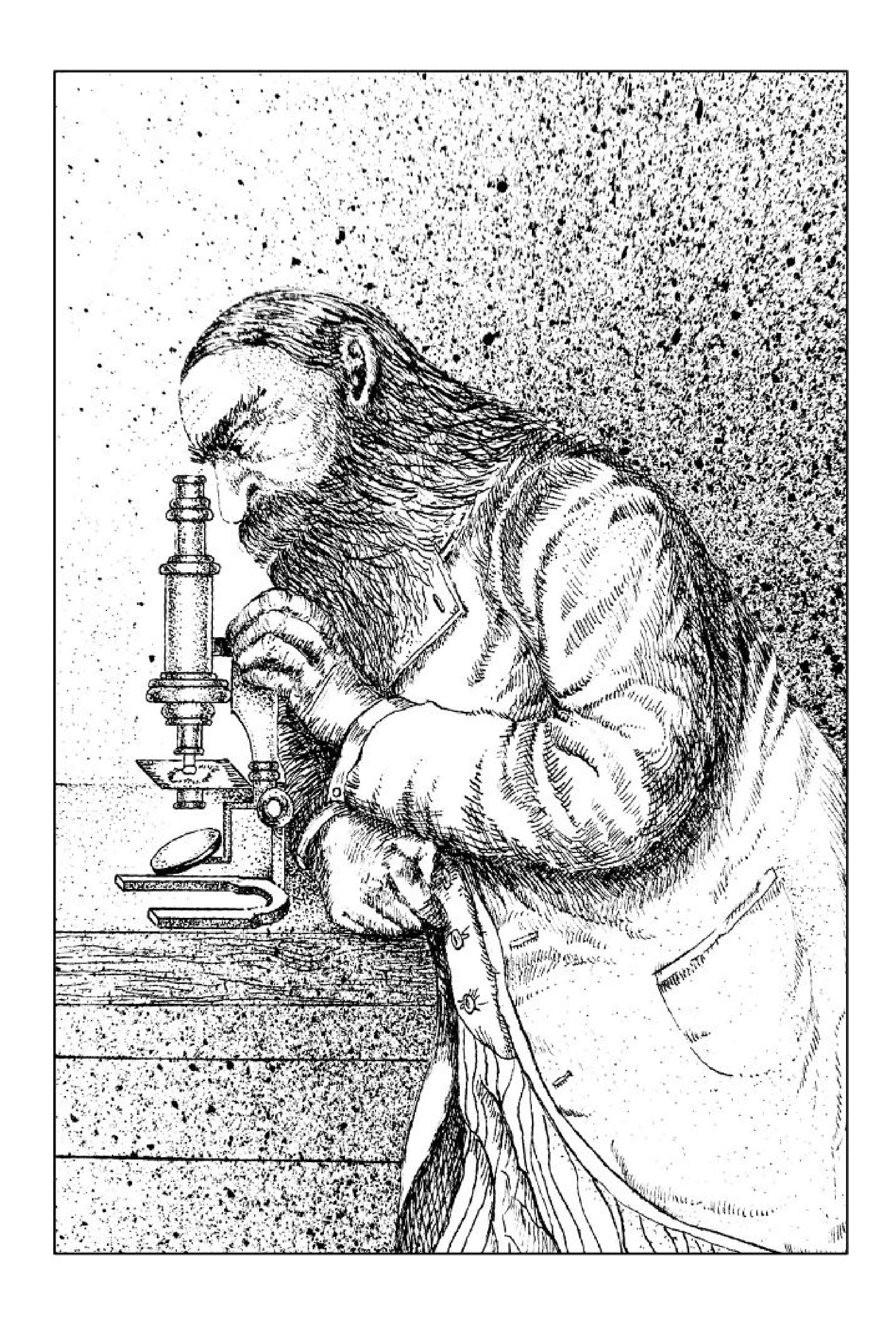
IV
Diario de los que van a morir

¡Qué extrañas se me antojan estas palabras garabateadas al principio de la plana en blanco de mi cuaderno! ¡Y cuánto más extraño resulta que sea yo, Edward Malone, quien las haya escrito; yo, que hace tan solo unas horas salía de mi pensión de Streatham sin imaginar siquiera los prodigios que traería consigo este día! Retrocedo siguiendo la cadena de incidentes: mi entrevista con McArdle; la primera nota de alarma de Challenger en el *Times*; el absurdo trayecto en tren; el agradable almuerzo; la catástrofe, y pienso que todo ha terminado así: que quedamos nosotros solos sobre un planeta vacío, y tan cierto es nuestro destino que puedo considerar estas líneas, escritas por hábito profesional mecánico y que nunca serán vistas por el ojo humano, como las palabras de un muerto, ya que tan cerca se halla de la sombría zona fronteriza más allá de la cual todos, a excepción de este pequeño grupo de amigos, ¡han desaparecido! Ahora me doy cuenta de la verdad y la sabiduría que había en las palabras de Challenger cuando decía que la verdadera tragedia sería permanecer cuando todo lo que es noble, bueno y hermoso hubiese desaparecido. Pero con toda certeza no corremos ese peligro. Nuestra segunda botella de oxígeno se está agotando ya. Podemos contar los miserables sedimentos de nuestra vida casi por minutos.

Challenger acaba de obsequiarnos con una conferencia de más de un cuarto de hora de duración, pero estaba tan exaltado que se ha puesto a vociferar y a rugir como si se estuviera dirigiendo a sus viejas filas de científicos escépticos en el Queen's Hall[1]. Verdaderamente, su arenga iba dirigida a una audiencia fuera de lo corriente: su esposa, totalmente conforme pero absolutamente ignorante del significado de sus palabras; Summerlee, sentado en la oscuridad, quejumbroso y criticón, pero interesado; lord John, apoyado distraídamente en un rincón, un tanto aburrido por toda la función, y yo mismo, junto a la ventana, como si todo fuera un sueño o algo que no me interesara en lo más mínimo. Challenger estaba sentado en la mesa del centro; la luz eléctrica iluminaba la platina colocada bajo el microscopio que había

sacado de su vestidor. El pequeño círculo resplandeciente de luz blanca procedente del espejo iluminaba la mitad de su rostro tosco y barbudo, dejando la otra mitad sumida en la más profunda oscuridad. Al parecer, había estado trabajando últimamente sobre las formas de vida inferiores, y lo que tanto le emocionaba en aquel momento era que en la platina del microscopio preparada el día anterior acababa de descubrir una ameba[2] que todavía vivía.

—Pueden verlo ustedes mismos —repetía sin cesar, presa de gran agitación—. Summerlee, ¿quiere acercarse y convencerse de ello por sí mismo? Malone, ¿sería tan amable de verificar lo que digo? Las cositas fusiformes del centro son diatomeas[3], y no hay que prestarles atención, puesto que probablemente son más vegetales que animales. Pero a la derecha verán una inconfundible ameba que se mueve lentamente por el campo. El tornillo de arriba sirve para enfocarlo mejor. Mírenlo ustedes mismos.



Summerlee miró y asintió. Yo también miré, y vi una diminuta criatura, que parecía hecha de cristal deslustrado, deslizar su superficie viscosa a través del círculo iluminado. Lord John estaba dispuesto a creerle a ciegas.

—Me trae sin cuidado que esté viva o muerta —dijo—. Ni siquiera nos conocemos de vista, así que, ¿por qué voy a tomármelo tan a pecho? No creo que a ella le preocupe *nuestro* estado de salud.

Me eché a reír de la ocurrencia, y Challenger se volvió hacia mí y me clavó su más fría y desdeñosa mirada. Fue una experiencia sumamente petrificante.

—La falta de seriedad de la persona de cultura mediocre resulta más obstructora que la estupidez del ignorante —dijo—. Si lord John Roxton quisiera dignarse…

—Mi querido George, no seas tan susceptible —dijo su mujer posando su mano en la negra cabellera inclinada sobre el microscopio—. ¿Qué importancia puede tener que la ameba esté o no viva?

—Importa muchísimo —dijo Challenger con brusquedad.

—Bueno, díganos —dijo lord John sonriendo afablemente—. Lo mismo da que hablemos de eso o de cualquier otra cosa. Si le parece que he sido demasiado descortés con la criatura, o que he podido herir sus sentimientos de alguna forma, me disculparé.

—Por mi parte —comentó Summerlee con su voz cascada y desafiante—, no comprendo por qué concede tal importancia al hecho de que la criatura esté viva. Se encuentra en la misma atmósfera que nosotros, de modo que, como es natural, el veneno no está actuando sobre ella. Si se encontrara fuera de esta habitación, habría muerto, como el resto de la vida animal.

—Sus comentarios, querido Summerlee —dijo Challenger, adoptando un abrumador aire de superioridad (¡ay, si yo pudiera pintar ese rostro altivo y arrogante iluminado por el intenso círculo de reflexión del espejo del microscopio!)—, sus comentarios demuestran que sus apreciaciones de la situación son imperfectas. Este espécimen lo monté ayer y se halla sellado herméticamente. Nuestro oxígeno no puede llegar a él. Pero el éter sí que ha penetrado, por supuesto, de la misma manera que penetra en todos los demás puntos del universo. Por consiguiente, ha sobrevivido al veneno. Partiendo de esto, podemos afirmar que todas las amebas que existen fuera de esta habitación, en lugar de hallarse muertas, como usted acaba de afirmar erróneamente, han sobrevivido ciertamente a la catástrofe.

—Bueno, pues aun así no me siento con ánimos de lanzar vítores por ello —dijo lord John—. ¿Qué importancia tiene?

—Importa, porque el mundo está vivo, y no muerto. Si usted tuviera una imaginación científica, podría proyectar su mente hacia el futuro partiendo de este hecho aislado, y vería que dentro de unos cuantos millones de años, breve momento pasajero en el enorme fluir de las eras, el mundo entero volverá a ser un hervidero de vida animal y humana que surgirá de esta diminuta raíz. Usted ha visto arder una pradera, en la que las llamas han barrido toda huella de hierba o de plantas de la superficie de la tierra y han dejado solamente un yermo ennegrecido. Pensaría que será para siempre un desierto. Y, sin embargo, quedan las raíces de la vegetación, y cuando pase por el lugar al cabo de unos años, ya no podrá saber dónde estaban las cicatrices negras. Aquí, en esta diminuta criatura están las raíces del crecimiento del mundo animal, y mediante su desarrollo y evolución inherentes y, ciertamente, con el tiempo, esta criatura borrará todas las huellas de esta incomparable crisis en la que ahora nos vemos sumidos.

—¡Tremendamente interesante! —exclamó lord John, que se había acercado lentamente y estaba mirando por el microscopio—. Un tipejo raro que figurará el primero en la galería de retratos de la familia. ¡Lleva un botón muy bonito en la camisa!

—El objeto oscuro es su núcleo —dijo Challenger, con el aire de una niñera que enseña las primeras letras a un crío.

—Bueno, entonces ya no debemos sentirnos solos —dijo lord John echándose a reír—. Hay alguien más vivo en la Tierra además de nosotros.

—Challenger, parece que da por sentado —dijo Summerlee— que el fin para el que este mundo fue creado era la producción y mantenimiento de la vida humana.

—Y bien, caballero, ¿qué otro fin propone usted? —preguntó Challenger, erizándose ante el menor signo de contradicción.

—A veces pienso que es solamente el monstruoso engreimiento de la humanidad el que le hace pensar que todo este escenario fue montado para que pudiera pasearse sobre él.

—No podemos ser dogmáticos en ese punto, pero por lo menos, prescindiendo de lo que usted se ha atrevido a llamar monstruoso engreimiento, podemos afirmar con certeza que somos la más alta forma de vida de la naturaleza.

—La más alta de lo que conocemos.

—Eso, caballero, huelga decirlo.

—Considere todos los millones y posiblemente miles de millones de años durante los cuales la Tierra giró vacía a través del espacio; o si no vacía, al

menos sin señal ni pensamiento de la especie humana. Imagínela bañada por la lluvia; abrasada por el sol y barrida por el viento durante tantos y tantos siglos. Por lo que se refiere al tiempo geológico, el hombre prácticamente apareció ayer. ¿Por qué, entonces, suponer que todos estos magníficos preparativos estaban consagrados a él?

—¿Para quién, entonces?…, ¿o para qué?

Summerlee se encogió de hombros.

—¿Cómo saberlo? Por alguna razón que escapa totalmente a nuestro entendimiento…, y el hombre puede haber sido un mero accidente, un derivado surgido en el proceso. Es como si la espuma de la superficie del océano imaginara que el océano fue creado para producirla y mantenerla, o como si un ratón de una catedral pensara que el edificio le correspondiera por decreto como residencia.

Hasta aquí he anotado las palabras exactas de su discusión; pero ahora degenera en una simple riña ruidosa cargada de jerga científica polisilábica en ambos bandos. Es, sin duda, un privilegio oír cómo dos cerebros semejantes discuten sobre las cuestiones más elevadas; pero como están en perpetuo desacuerdo, los profanos como lord John y yo poco podemos sacar en claro de la demostración. Ellos se neutralizan entre sí y nosotros nos quedamos como estábamos al principio. Ahora la barahúnda ha cesado, y Summerlee permanece acurrucado en su silla, mientras Challenger, todavía accionando los tornillos de su microscopio, sigue rezongando en voz baja, grave e inarticulada, como el mar después de una tempestad. Lord John se me acerca, y juntos contemplamos la noche.

Hay una pálida luna nueva, la última contemplada por el ojo humano, y las estrellas brillan extraordinariamente. Nunca las he visto tan brillantes, ni siquiera en el aire claro de la meseta de Sudamérica. Probablemente, este cambio etéreo produce algún efecto en la luz. La pira funeraria de Brigthon todavía resplandece, y hay una mancha muy lejana de color escarlata en la parte occidental del cielo, que puede indicar alguna catástrofe en Arundel o Chichester, o posiblemente incluso en Portsmouth[4]. Me siento, medito y tomo ocasionalmente alguna nota. El aire está impregnado de una melancolía dulce. Juventud, belleza, caballerosidad y amor… ¿Será esto el final de todo ello? La tierra, iluminada por las estrellas, parece una pacífica región de ensueño. ¿Cómo imaginarla como un terrible Gólgota sembrado con los cuerpos de la especie humana? De pronto me echo a reír sin darme cuenta.

—¡Caramba, joven amigo! —dice lord John mirándome con sorpresa—. En estos momentos tan desagradables no nos vendría mal un chiste. ¿De qué

te ríes?

—Estaba pensando en todos los grandes asuntos que han quedado sin resolver —respondo—; los asuntos por las que trabajamos y pensamos tanto. Piensen en la rivalidad anglo-germana, por ejemplo; o en el golfo Pérsico, que tanto preocupaba a mi jefe. ¿Quién iba a imaginarse, cuando tanto nos apurábamos y esforzábamos, que todo acabaría resolviéndose de esta manera?

De nuevo guardamos silencio. Supongo que todos estamos pensando en los amigos que se han ido antes que nosotros. La señora Challenger solloza calladamente mientras su marido le susurra algo. Me vienen a la mente las personas más inverosímiles, y los veo a todos yacentes, blancos y rígidos, como el pobre Austin, que sigue en el jardín. Está McArdle, por ejemplo. Sé exactamente dónde se encuentra, con el rostro apoyado en su escritorio y la mano sobre su teléfono, tal y como le oí caer. Beaumont, el director, también: supongo que estará tendido sobre la alfombra turca azul y roja que adornaba su despacho. Y los compañeros de la redacción: Macdona, Murray y Bond. Con toda certeza, habrán muerto trabajando con ahínco en sus tareas, con cuadernos de notas llenos de impresiones vivas y de extraños acontecimientos en sus manos. Puedo imaginarme perfectamente cómo enviaron a uno a cubrir la información de los médicos, a otro a Westminster, y a un tercero a San Pablo[5]. ¡Qué titulares gloriosos se habrán imaginado como última visión hermosa, condenada a no materializarse nunca en la tinta de imprenta! Imagino a Macdona entre los médicos: «Esperanza esporádica en Harley Street» (Mac siempre ha sentido debilidad por las aliteraciones). «Entrevista con el señor Soley Wilson». «“¡No hay que desesperar”!, declara un famoso especialista». «Nuestro corresponsal especial encontró al eminente científico sentado en la azotea, lugar en el que se había refugiado para eludir a la multitud de aterrados pacientes que habían irrumpido en su vivienda. Con una actitud que reflejaba claramente su valoración de la inmensa gravedad de la situación, el célebre médico se negó a reconocer que no quedara ningún atisbo de esperanza». Así empezaría Mac. Luego está Bond; él se encargaría, probablemente, de San Pablo. Se creía un talento literario. ¡Dios mío, menudo tema para él! «Desde la pequeña galería situada debajo de la cúpula, contemplo la abigarrada muchedumbre de humanidad desesperada, que se humilla en este último instante ante el Poder que tan reiteradamente ha desestimado, y a mis oídos llega, procedente de la tambaleante multitud, un quejido tan triste de súplica y terror, un grito tan estremecedor de socorro dirigido a lo Desconocido…», etcétera.

Sí, sería un gran final para un reportero, aunque él, como yo mismo, iba a morir sin poder utilizar sus tesoros. ¿Qué no daría Bond, el pobre muchacho, por ver sus iniciales al pie de una columna como esa?

¡Pero qué tonterías estoy escribiendo! No es más que un esfuerzo para pasar el tiempo interminable. La señora Challenger se ha retirado al vestidor interior, y el profesor dice que se ha quedado dormida. Él está tomando notas y consultando libros en la mesa del centro, tan calmado como si tuviera por delante años enteros de plácido trabajo. Está escribiendo con una pluma de ganso muy ruidosa, que parece chillar su desdén hacia todos aquellos que no están de acuerdo con él.

Summerlee se ha quedado dormido en su silla, y deja escapar de cuando en cuando un ronquido particularmente exasperante. Lord John está recostado con las manos en los bolsillos y los ojos cerrados. No me puedo explicar cómo hay personas capaces de dormir en esta situación.

Tres y media de la madrugada. Acabo de despertarme con un sobresalto. Cuando escribí mi última nota eran las once y cinco. Recuerdo que di cuerda al reloj y anoté la hora. De modo que he desperdiciado casi cinco horas del reducido lapso de tiempo que todavía nos queda. ¿Quién lo hubiera creído posible? Pero me siento mucho más despejado y dispuesto a afrontar mi fin; o por lo menos trato de convencerme de que lo estoy. Pero, sin embarco, cuanto más sano está un hombre, y cuanto más alta esta la marea de su vida, más debe acobardarle la muerte. ¡Qué sabia y clemente es la disposición de la Naturaleza, que establece que su ancla terrenal se desprenda normalmente mediante muchos tirones suaves e imperceptibles, hasta que su conciencia se ve apartada del insostenible puerto terrestre y arrastrada al gran mar que se abre más allá!

La señora Challenger sigue en el vestidor. Challenger se ha quedado dormido en su silla. ¡Vaya cuadro! Su enorme cuerpo está recostado, y tiene las manazas peludas entrelazadas por encima del chaleco, con la cabeza tan inclinada, que lo único que veo por encima del cuello de su chaqueta es la maraña de su exuberante barba. Le sacuden las vibraciones de sus propios ronquidos. Summerlee acompaña con sus ocasionales notas de tenor alto el tono de ajo sonoro de Challenger. Lord John también está durmiendo, con su largo cuerpo doblado hacia un lado en una silla de mimbre. Por el cuarto se desliza la primera luz fría del amanecer, y todo parece gris y lúgubre.

Contemplo la salida del sol; la fatídica salida del sol que brillará sobre un mundo despoblado. La especie humana ha desaparecido, se ha extinguido en un día, pero los planetas siguen girando; continúa el ciclo de subida y bajada

de las mareas; el viento susurra, y toda la Naturaleza sigue su proceso, por lo que parece hasta la mismísima ameba, sin dar indicio alguno de que la presencia de quien se intitulaba rey de la creación haya constituido nunca una maldición o una bendición para el universo. Abajo, en el jardín, yace Austin con los miembros tendidos; su rostro centellea a la luz del amanecer, y la boquilla de la manguera todavía sobresale de su mano muerta. Toda la especie humana se encuentra tipificada en esa figura en parte ridícula y en parte patética, inerte e impotente junto a la máquina que antes controlaba.

Aquí terminan las notas que tomé entonces. A partir de aquel momento los acontecimientos fueron demasiado precipitados y conmovedores como para que me litera posible transcribirlos, pero se grabaron de tal modo en mi memoria que no se me escapará ningún detalle.

Una sensación de ahogo en la garganta me indujo a mirar las botellas de oxígeno, y lo que vi me dejó sobrecogido. La arena de nuestra vida se iba agotando. En algún momento de la noche, Challenger había cambiado el tubo de la tercera a la cuarta botella. Y ahora estaba claro que esta también estaba prácticamente agotada. Me sentía cercado por aquella horrible sensación de constricción. Acudí corriendo, desenrosqué la boquilla y lo cambié a nuestra última provisión. En el mismo momento en que lo hacía me remordía la conciencia, pues se me pasó por la mente que de no ser por mí, todos podían haber fallecido mientras dormían. Pero aquel pensamiento se vio desterrado por la voz de la dama procedente de la habitación interior, que gritaba:

—¡George, George, me ahogo!

—No se inquiete, señora Challenger —respondí yo, mientras los demás se levantaban de un salto—. Acabo de abrir otra botella.

Incluso en un momento como aquel, no pude evitar una sonrisa al ver a Challenger, que con un peludo puño en cada uno de sus ojos parecía un gigantesco niño barbudo que acabara de despertarse. Summerlee se estremecía como si el hombre lleno de miedos humanos, al darse cuenta de su situación, se elevara por un instante por encima del estoicismo del hombre de ciencia. Lord John, por el contrario, estaba tan fresco y tan alerta como si le acabaran de despertar para marcharse de caza.

—El quinto y último —declaró mirando al tubo—. Oye, joven amigo, no me digas que has estado escribiendo tus impresiones en ese cuaderno que tienes sobre las rodillas.

—Solamente unas cuantas notas para pasar el tiempo.

—Bueno, en mi opinión, solamente un irlandés sería capaz de semejante cosa. Supongo que tendrá que esperar hasta que nuestra hermanita la ameba

se haga grande para encontrar un lector, porque lo que es ahora, no parece que tenga muy en cuenta lo que pasa a su alrededor. Bueno, *herr* profesor, ¿cuáles son los pronósticos?

Challenger contemplaba las grandes corrientes de bruma matinal que envolvían el paisaje. Aquí y allá, las boscosas colinas sobresalían como islas cónicas en un mar de algodón.

—Parece una mortaja —dijo la señora Challenger, que acababa de entrar envuelta en una bata—. ¿Te acuerdas de la canción que te gustaba, George: «Deja lo viejo, entra en lo nuevo»? Ha resultado profética. Pero están ustedes tiritando, mis queridos amigos. Yo he pasado toda la noche bien caliente al abrigo de mi colcha mientras ustedes se quedaban helados en sus sillas. Pero pronto remediaremos la situación.

La valiente mujercita desapareció rápidamente, y al cabo de un momento oímos el chisporrotear de una cafetera. Muy pronto, regresaba con cinco tazas humeantes de cacao sobre una bandeja.

—Bébanselo —dijo—. Se sentirán mucho mejor.

Y así fue. Summerlee preguntó si podía encender la pipa, y todos nos fumamos un cigarrillo. Con ello, calmamos nuestros nervios, supongo, pero fue un error, porque se creó un ambiente irrespirable en la ya cargada habitación. Challenger tuvo que abrir la claraboya.

—¿Cuánto tiempo, Challenger? —preguntó lord John.

—Probablemente, tres horas —respondió él, encogiéndose de hombros.

—Antes estaba asustada —dijo su mujer—. Pero cuanto más cerca lo veo más fácil me parece. ¿No crees que deberíamos rezar, George?

—Reza tú, querida, si lo deseas —respondió el hombretón con gran dulzura—. Cada uno tiene su manera de rezar. La mía es la conformidad completa con lo que el Destino me envíe; y una conformidad llena de alegría. En eso parece que se unen la ciencia más elevada y también la religión más elevada.

Para ser sincero, yo no puedo describir mi actitud mental como conformidad, y mucho menos conformidad alegre —refunfuñó Summerlee por encima de su pipa—. Me someto porque no tengo más remedio. Confieso que me hubiera gustado disponer de un año más de vida para finalizar mi clasificación de fósiles de Creta.

—Su trabajo incompleto es algo insignificante —dijo Challenger pomposamente— si se le compara con el hecho de que mi *opera magna, La escala de la vida*, se encuentra todavía en su primera fase. Mi cerebro, mi vida, mi experiencia…, es decir, la totalidad de mis dotes únicas, iban a verse

condensadas en ese libro destinado a hacer época. Y no obstante, tal y como digo, me conformo.

—Supongo que todos habremos dejado cosas sin terminar —dijo lord John—. ¿Cuáles son las tuyas, joven amigo?

—Yo estaba trabajando en un libro de poesía —respondí.

—Bueno, por lo menos el mundo se ha librado de eso —dijo lord John—. No hay mal que por bien no venga.

—¿Y usted? —pregunté yo.

—Bueno, casualmente lo tenía todo dispuesto y estaba preparado para emprender un viaje. Le había prometido a Merivale ir al Tíbet para cazar una pantera de las nieves[6] en primavera. Para usted sí que tiene que ser duro, señora Challenger, cuando acababan de construir este precioso hogar.

—Mi hogar está donde esté George. Pero ¡ay! ¡Qué daría yo por un último paseo juntos por esas maravillosas colinas, respirando el aire fresco de la mañana!

Aquellas palabras encontraron un eco en nuestros corazones. El sol brilló repentinamente por entre las brumas que le velaban, y el vasto Weald quedó bañado en su luz dorada. Desde nuestra atmósfera oscura y venenosa, aquellos campos magníficos, limpios y barridos por el viento, se asemejaban a un sueño de belleza. La señora Challenger tenía la mano tendida con expresión anhelante. Acercamos nuestras sillas y nos sentamos formando un semicírculo en torno a la ventana. La atmósfera ya era muy densa. Empecé a tener la sensación de que las sombras de la muerte se cernían sobre nosotros, los últimos de nuestra especie. Era como una cortina invisible que se cerrara por todos los lados.

—Esa botella no está durando demasiado —dijo lord John después de tomar una gran bocanada de aire.

—La cantidad contenida es variable —dijo Challenger—, dependiendo de la presión y el cuidado con que el gas haya sido embotellado. Me inclino a opinar con usted, Roxton, que esta bombona es defectuosa.

—Así que nos van a escamotear la última hora de nuestra vida —observó Summerlee con amargura—. Es un excelente ejemplo final de la sórdida época en la que nos ha tocado vivir. Bueno Challenger, le ha llegado su oportunidad, si es que quiere estudiar el fenómeno subjetivo de la disolución física.

—Siéntate en este taburete, junto a mis rodillas, y dame la mano —le dijo Challenger a su esposa—. A mi modo de ver, amigos míos, no es aconsejable

permanecer más tiempo en esta atmósfera insufrible. Tú no lo desearás, querida, ¿verdad?

Su mujer lanzó un débil gemido y hundió la cabeza en su rodilla.

—Yo he visto cómo la gente se bañaba en el Serpentino en invierno —dijo lord John—. Cuando los demás están dentro, siempre quedan uno o dos tiritando en la orilla, que miran con envidia a los que ya se han zambullido. Los últimos son los que lo pasan peor. Por mí, estoy dispuesto a lanzarme de cabeza y acabar de una vez.

—¿Están dispuestos a abrir la ventana y a enfrentarse al éter?

—Mejor morir envenenados que asfixiados.

Summerlee asintió de mala gana y le tendió su mano delgada a Challenger.

—Tuvimos nuestras discrepancias en su día, pero eso es ya agua pasada —le dijo—. Por debajo de las apariencias, fuimos buenos amigos y nos respetamos mutuamente. ¡Adiós!

—¡Adiós, joven compañero! —dijo lord John—. La ventana está sellada. No se puede abrir.

Challenger se incorporo y levantó consigo a su mujer, apretándola contra su pecho, mientras ella le echaba los brazos al cuello.

—Deme esos prismáticos, Malone —dijo con gravedad.

Se los entregué.

—¡Volvemos a ponernos en manos del Poder que nos engendró! —gritó con su voz de trueno, mientras arrojaba los prismáticos contra la ventana.

Antes de que se apagara el tintineo del último fragmento de vidrio, sentimos en nuestros rostros sofocados el aliento vivificante del viento, que soplaba dulcemente, con fuerza.

No sé cuánto tiempo permaneceríamos sentados, estupefactos. Luego, como en un sueño, volví a escuchar la voz de Challenger.

—Hemos vuelto a las condiciones normales —gritó—. El mundo ha salido de la zona envenenada, pero solamente nos hemos salvado nosotros de entre toda la humanidad.



V
El mundo muerto

Recuerdo que todos nos quedamos jadeando en nuestros asientos, mientras la brisa húmeda y dulce del Sudeste, recién llegada del mar, agitaba las cortinas de muselina y refrescaba nuestros sofocados rostros. ¡Me pregunto cuánto tiempo permanecimos sentados! Posteriormente, no pudimos ponernos de acuerdo sobre ese punto. Estábamos aturdidos, desconcertados, semiinconscientes. Todos habíamos fortalecido nuestro ánimo para la muerte, pero aquel pavoroso y repentino acontecimiento nuevo, el hecho de que tuviéramos que seguir existiendo como supervivientes de la especie a la que pertenecíamos, nos estremeció con la fuerza de un golpe físico, y nos dejó postrados. Entonces, poco a poco, el suspenso mecanismo empezó a moverse; las lanzaderas de la memoria se pusieron a funcionar; las ideas se entretejieron en nuestras mentes. Vimos con una claridad intensa y despiadada las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro: la vida que habíamos llevado y la vida que tendríamos que vivir en el futuro. En silencio, buscamos con nuestra mirada horrorizada la de nuestros compañeros, y encontramos en ella la misma respuesta. En lugar de la alegría que hubiera sido de esperar en unas personas que habían escapado de la muerte inminente por tan poco, nos sumergimos en una oleada de la más negra depresión. Todo lo que amábamos en la tierra había sido arrastrado hacia el océano grande, infinito y desconocido, mientras nosotros nos quedábamos encallados en aquella isla desierta en que se había convertido el mundo, sin compañeros, sin esperanza y sin aspiraciones. Al cabo de unos pocos años de permanecer escondidos entre las tumbas de la especie humana, también nos llegaría nuestro final solitario y aplazado.

—¡Es horroroso, George, horroroso! —gritó la dama entre sollozos de angustia—. ¡Si hubiéramos muerto con los demás! ¡Ay! ¿Por qué nos has salvado? Me siento como si fuéramos nosotros los muertos y todos los demás siguieran vivos.

Challenger frunció el entrecejo, concentrado en sus pensamientos, mientras que su enorme y peluda manaza se cerraba en torno a la mano tendida de su mujer. Había observado que ella siempre tendía los brazos hacia él cuando se encontraba mal, como lo haría un niño con su madre.

—Aun sin ser un fatalista hasta el punto de caer en la pasividad —dijo él —, siempre he pensado que la más alta sabiduría se encuentra en la conformidad con la realidad —hablaba lentamente, y su voz sonora tenía una vibración de sentimiento.

—Pues yo no me conformo —dijo Summerlee con firmeza.

—No veo que importe lo más mínimo el hecho de que ustedes se conformen o dejen de conformarse —comentó lord John—. Tienen que aceptarlo, bien sea luchando o permaneciendo quietos; así que, ¿qué más da si se conforman o no? Que yo recuerde, nadie nos pidió permiso antes de que la cosa empezara, y es muy poco probable que vayan a pedírnoslo ahora. De manera que, ¿qué importa lo que pensemos de ello?

—No es lo mismo la alegría que la tristeza —dijo Challenger, con el gesto abstraído, mientras seguía dándole palmaditas en la mano a su mujer—. Se puede nadar a favor de la corriente en paz física y mental, o luchar contra ella y acabar magullado y exhausto. Este asunto es superior a nosotros; por tanto, aceptémoslo tal y como es sin decir nada más.

—Pero ¿qué vamos a hacer con nuestras vidas? —pregunté yo, clamando con desesperación al cielo azul y vacío—. ¿Qué voy a hacer yo, por ejemplo? Ya no hay periódicos, así que se acabó mi vocación.

—Y no queda nada a lo que se pueda disparar, ni tampoco ejército; así que la mía también se ha terminado —dijo lord John.

—Y no hay estudiantes; así que yo tampoco tengo ya vocación —exclamó Summerlee.

—Pero yo sigo teniendo a mi marido y mi casa; así que puedo darle gracias al cielo de que la mía no ha terminado —dijo la dama.

—Ni tampoco la mía —observó Challenger—, porque la ciencia no na muerto, y esta catástrofe en sí nos ofrecerá problemas de investigación sumamente apasionantes.

Había abierto de par en par las ventanas, y contemplamos el silencioso e inmóvil paisaje.

—Vamos a ver —continuó—. Fue a eso de las tres, o un poco después, ayer por la tarde, cuando el mundo entró definitivamente en la zona envenenada hasta sumergirse por completo. Ahora son las nueve en punto. La cuestión es… ¿a qué hora salimos de la zona?

—Al amanecer el aire era bastante malo —dije yo.

—Y también más tarde —dijo la señora Challenger—. Todavía a las ocho en punto sentí claramente en la garganta el mismo ahogo del principio.

—Entonces diremos que salimos de ella justo después de las ocho. Durante diecisiete horas, el mundo ha permanecido sumergido en el éter venenoso. Durante ese lapso de tiempo, el gran Jardinero ha esterilizado el mantillo humano que se había desarrollado sobre la superficie de Su fruto. ¿Habrá posibilidades de que no lo haya conseguido del todo…, de que además de nosotros hayan sobrevivido otros?

—Eso me estaba preguntando yo —dijo lord John—. ¿Por qué íbamos a ser nosotros los únicos?

—Resulta absurdo suponer que pueda haber sobrevivido alguien más además de nosotros —dijo Summerlee con gran convicción—. Consideren que el veneno era tan virulento que hasta un hombre fuerte como un roble y con nervios de acero, como es Malone, apenas fue capaz de subir la escalera antes de caer inconsciente. ¿Es posible que alguien haya podido resistir diecisiete minutos en esa situación, y mucho menos diecisiete horas?

—A no ser que lo viera venir y realizara preparativos, igual que nuestro buen amigo Challenger.

—En mi opinión, eso es lamentablemente improbable —dijo Challenger, irguiendo la barba y hundiendo los párpados—. La combinación de capacidad de observación, deducción e imaginación anticipadora que me permitió prever el peligro es de tal naturaleza, que difícilmente puede esperarse que se dé dos veces en la misma generación.

—Entonces, ¿su conclusión es que cabe la seguridad de que todos están muertos?

—No tengo la menor duda. No debemos olvidar, no obstante, que el veneno actuaba de abajo arriba, y que probablemente habrá sido menos virulento en los estratos más altos de la atmósfera. Ciertamente, resulta extraño que sea así, pero eso nos ofrece una de las características que en el futuro nos proporcionarán un fascinante campo de estudio. Lo lógico sería imaginar, por tanto, que, si quisiéramos buscar supervivientes, tendríamos mayores esperanzas de hallarlos en alguna aldea del Tíbet o en una granja alpina, a muchos miles de pies sobre el nivel del mar.

—Bueno, teniendo en cuenta que ya no hay ferrocarriles ni buques de vapor, es como si dijéramos que hay supervivientes en la Luna —dijo lord John—. Pero lo que yo me pregunto es si esto ha terminado de verdad, o si estamos solamente en el intermedio.

Summerlee estiró el cuello para mirar hacia el horizonte.

—Parece que todo está claro y normal —dijo con cierto recelo—, pero también estaba así ayer. No tengo ninguna seguridad de que todo haya acabado.

Challenger se encogió de hombros.

—Tenemos que recurrir de nuevo a nuestro fatalismo —dijo—. Si el mundo ha sufrido con anterioridad esta experiencia, lo cual está dentro de lo posible, con toda seguridad fue hace muchísimo tiempo. Por consiguiente, lo lógico es esperar que tenga que pasar mucho tiempo hasta que vuelva a ocurrir.

—Todo eso está muy bien —dijo lord John—, pero cuando hay un terremoto, existen muchísimas posibilidades de que se produzca otro inmediatamente después. Yo creo que lo más prudente sería estirar las piernas y respirar una bocanada de aire fresco ahora que podemos. Puesto que se nos ha acabado el oxígeno, da lo mismo que nos sorprenda fuera o dentro.

Resultaba extraño el absoluto letargo que nos había invadido como reacción a nuestras tremendas emociones de las últimas veinticuatro horas. Era tanto físico como mental; una profunda sensación de que nada importaba y de que cualquier ejercicio era inútil y agotador. Hasta el mismo Challenger había sucumbido a ella, y permanecía sentado en su silla, con la enorme cabeza reclinada sobre las manos, con el pensamiento muy lejos, hasta que lord John y yo, agarrándole cada uno por un brazo, le pusimos completamente en pie, recibiendo como única recompensa por nuestro esfuerzo la mirada furibunda y el gruñido de un mastín irritado. Sin embargo, en cuanto hubimos salido de nuestro estrecho refugio a la despejada atmósfera de la vida cotidiana, recuperamos gradualmente nuestras energías normales.

Pero ¿qué podíamos empezar a hacer en aquel mundo convertido en cementerio? ¿Se habría enfrentado alguna vez el hombre a semejante dilema desde el principio de los tiempos? Es verdad que nuestras necesidades físicas, e incluso nuestras comodidades, estaban aseguradas en el futuro. Todos los almacenes de comida, las bodegas y los tesoros del arte estaban a nuestra disposición para que los cogiéramos. Pero ¿qué íbamos a *hacer*? Se nos ocurrieron de inmediato unas cuantas tareas, puesto que las teníamos delante. Bajamos a la cocina, y colocamos a las dos criadas sobre sus respectivas camas. Al parecer, la muerte les había sobrevenido sin sufrimiento: a una de ellas en una silla, junto al fuego, y a la otra en el suelo del lavadero. Después fuimos al jardín y recogimos al pobre Austin. Tenía los músculos tiesos como una tabla, en un *rigor mortis*[1] sumamente exagerado, mientras que la

contracción de los nervios había desfigurado su boca en una cruel sonrisa sarcástica. Este síntoma era común en todos aquellos que habían muerto a consecuencia del veneno. Dondequiera que fuéramos, nos encontrábamos con aquellos rostros sonrientes, que parecían burlarse de nuestra terrible situación, sonriendo callada e inexorablemente ante los desgraciados supervivientes de su especie.

—Miren —dijo lord John, que se había estado paseando muy inquieto mientras nosotros comíamos algo—, no sé qué les parecerá a ustedes, amigos, pero yo, por mi parte, *no puedo* quedarme aquí sentado sin hacer nada.

—Quizá —respondió Challenger— sea usted tan amable de indicarnos lo que piensa que deberíamos hacer.

—Ponernos en marcha para ver lo que ha ocurrido.

—Yo propongo lo mismo.

—Pero no en este pueblecito. Lo que podemos saber de este lugar se ve desde la ventana.

—Entonces, ¿adónde debemos ir?

—¡A Londres!

—Todo eso me parece muy bien —refunfuñó Summerlee—. A lo mejor ustedes tienen fuerzas para dar un paseo de cuarenta millas, pero no estoy tan seguro de que Challenger sea capaz, con esas piernas achaparradas. En cuanto a mí, tengo la absoluta certeza de que no puedo.

Challenger le miró muy contrariado.

—Caballero, si fuera tan amable de limitar sus observaciones a sus propias peculiaridades físicas, descubriría que posee un amplio campo para realizar comentarios —exclamó.

—No era mi intención ofenderle, mi querido Challenger —gritó nuestro poco diplomático amigo—. Usted no es el culpable de su físico. Si la Naturaleza le ha dado un cuerpo rechoncho y pesado, no puede hacer nada para evitar que sus piernas sean achaparradas.

Challenger estaba demasiado furioso como para replicar. Lo único que pudo hacer fue rezongar, parpadear y erizarse. Lord John se apresuró a intervenir antes de que la disputa se volviera más violenta.

—Hablan de andar. ¿Por qué tenemos que ir andando? —dijo.

—¿Está sugiriendo que cojamos el tren? —preguntó Challenger, todavía furioso.

—¿Qué pasa con el automóvil? ¿Por qué no podemos ir en él?

—Yo no soy ningún experto —dijo Challenger, mesándose la barba con aire reflexivo—. Pero al mismo tiempo, usted tiene razón al suponer que el

intelecto humano en sus más elevadas manifestaciones debería ser lo suficiente flexible como para realizar cualquier tarea. Su idea me parece excelente, lord John. Yo mismo les conduciré a Londres.

—De eso, nada —dijo Summerlee en tono decidido.

—¡De ninguna manera. George! —gritó su mujer—. Solo lo has intentado una vez, y acuérdate de que chocaste contra la puerta del garaje.

—Fue por culpa de una Falta de concentración momentánea —dijo Challenger en tono complaciente—. Pueden considerar el asunto arreglado. Yo les llevaré a todos a Londres.

Lord John vino a remediar la situación.

—¿Qué coche es? —preguntó.

—Un Humber de veinte caballos.

—¡Vaya! Durante muchos años he conducido uno como ese —dijo—. ¡Por San Jorge! —añadió—. Nunca se me había ocurrido imaginar que llevaría a toda la especie humana en un solo viaje. Que yo recuerde, tiene precisamente cinco plazas. Cojan sus cosas, les estaré esperando en la puerta a las diez en punto.

Efectivamente, a la hora fijada, llegó el coche procedente del jardín ronroneando y traqueteando, con lord John al volante. Yo tomé asiento a su lado, mientras que la dama, a modo de parachoques, fue colocada con cierta dificultad en la parte de atrás, entre los dos iracundos caballeros. Luego, lord John soltó los frenos; deslizó rápidamente la palanca de primera a tercera, y nos lanzamos al paseo más extraordinario jamás realizado por seres humanos desde su aparición sobre la Tierra.

Imaginen la belleza de la Naturaleza en aquel día de agosto; la frescura del aire matinal; el resplandor dorado del sol de verano; el cielo sin una nube; el verde lujurioso de los bosque de Sussex y el color púrpura oscuro de las colinas cubiertas de brezo. Al contemplar la belleza multicolor de la escena no se podía pensar en absoluto en una inmensa catástrofe, de no ser por un indicio siniestro: el silencio solemne que dominaba todo. Existe un suave murmullo que impregna las regiones muy habitadas, tan profundo y constante que uno deja de notarlo, del mismo modo que quien habita cerca del mar pierde la conciencia del rumor constante de las olas. El trino de los pájaros, el zumbido de los insectos, el eco lejano de voces, el mugido de las vacas, el ladrido distante de los perros, el estruendo de los trenes y el traqueteo de los carros componen una nota baja e incesante que, inadvertida, golpea al oído. Y en aquel momento la echábamos de menos. Aquel silencio mortal era espantoso. Era tan solemne, tan impresionante, que el zumbido y el traqueteo

de nuestro coche parecía una intrusión injustificada, una señal de indiferencia indecorosa hacia aquella quietud reverente que cubría como un paño mortuorio las ruinas de la humanidad. Era aquel silencio macabro, y las altas nubes de humo, que se elevaban de los edificios en llamas aquí y allá sobre los campos, lo que helaba nuestros corazones cuando contemplábamos el maravilloso panorama del Weald.

¡Y también estaban los muertos! Al principio, aquellos grupos interminables de rostros contraídos y sonrientes nos estremecían de horror. Tan viva y mordaz era la impresión, que puedo revivir perfectamente aquel lento descenso por la colina de la estación: nuestro paso junto a la niñera con los dos niños; la visión del viejo caballo arrodillado entre los largueros; el taxista retorcido en su asiento, y el joven en el interior, con la mano en la puerta abierta en el acto mismo de salir. Más abajo había seis segadores amontonados, con los miembros entrecruzados, con sus ojos apagados e inmóviles clavados en el resplandor del cielo. Todas estas cosas las veo como en una fotografía. Pero pronto, gracias a las piadosas disposiciones de la Naturaleza, los nervios sobreexcitados dejaron de reaccionar. La misma inmensidad del horror le restaba interés humano. Los individuos se fundieron en grupos, los grupos en multitudes, las multitudes en un fenómeno universal que uno llegaba a aceptar en seguida como el detalle inevitable de todas las escenas. Solamente de tanto en tanto, cuando algún incidente particularmente brutal o grotesco llamaba la atención, la mente recordaba sobresaltada el significado personal y humano de todo.

Lo más impresionante era la muerte de los niños. Recuerdo que aquello nos pareció una injusticia intolerable. Estuvimos a punto de echarnos a llorar, y de hecho, la señora Challenger lloró cuando pasamos junto a una gran escuela del condado y vimos el largo rastro de cuerpecitos diminutos diseminados por la carretera. Sus aterrados maestros los habían mandado a casa, y se dirigían corriendo al pueblo cuando el veneno los atrapó en su red. Muchísimas personas estaban en las ventanas abiertas de las casas. En Tunbridge Wells[2] apenas había ninguna que no tuviera su rostro espantado y sonriente. En el último instante, la necesidad de aire, aquella sed de oxígeno que solamente nosotros habíamos podido saciar, los había precipitado hacia las ventanas. También las aceras estaban sembradas de hombres y mujeres, sin sombrero y sin cofia, que habían salido precipitadamente de las casas. Muchos de ellos habían caído en la calzada. Fue una suerte que lord John resultara ser un conductor experto, puesto que no era cuestión fácil abrirse paso. Al atravesar los pueblos o las ciudades teníamos que ir a la misma

velocidad que si fuéramos andando, y recuerdo que en una ocasión, frente a la escuela de Tonbridge, tuvimos que detenernos algún tiempo para retirar los cuerpos que nos cerraban el camino.

En mi memoria se destacan unas cuantas imágenes bien definidas en aquel enorme panorama de muerte de las carreteras de Sussex y Kentish[3]. Una de ellas es un automóvil grande y reluciente aparcado junto a la posada del pueblo de Southborough. Me pareció que transportaba a un grupo de excursionistas a su regreso de Brighton o Eastbourne. Había tres mujeres con vestidos alegres, todas jóvenes y hermosas, una de ellas con un perro de aguas pequinés en el regazo. Con ellas iba un hombre anciano de aspecto distinguido y un joven aristócrata, con el monóculo todavía en el ojo y un cigarrillo consumido hasta el filtro entre los dedos de su mano enguantada. La muerte debía de haberles sobrevenido de forma instantánea, dejándoles tal y como estaban. De no haber sido porque el anciano se había arrancado el cuello en un intento por respirar, se habría dicho que todos dormían. A un lado del coche, junto al estribo, yacía un camarero cerca de una bandeja y unos cuantos cristales rotos. Al otro lado, dos vagabundos muy harapientos, un hombre y una mujer, yacían donde habían caído, el hombre con su brazo largo y delgado todavía tendido, como si siguiera pidiendo limosna eternamente. En el mismo instante, el aristócrata, el camarero, el vagabundo y el perro habían acabado de igual manera: en estado de protoplasma inerte en descomposición.

Recuerdo otra imagen singular, a varias millas de Sevenoaks[4], ya llegando a Londres. A la izquierda de la carretera hay un gran convento, frente al cual se eleva una larga y verde ladera. Sobre esta ladera estaban reunidos un gran número de colegiales, todos arrodillados en actitud de orar. Frente a ellos había una hilera de hermanas, y más arriba, mirando hacia ellos, una única figura que pensamos que sería la de la madre superiora. A diferencia de los excursionistas del automóvil, parecía que aquella gente habían sido advertida del peligro que corría y habían muerto hermosamente juntos, profesores y alumnos, reunidos para su última lección.

Mi mente todavía está aturdida por la terrible experiencia, y busco en vano recursos expresivos que me permitan reproducir las emociones que sentimos. Quizá sea lo mejor y lo más prudente dejar de intentarlo y limitarme a apuntar los hechos. Hasta Summerlee y Challenger se habían quedado mudos; no oíamos en absoluto a nuestros acompañantes de la parte de atrás, salvo algún gemido de la señora. En cuanto a lord John, estaba demasiado concentrado en el volante y en la difícil tarea de abrirse paso por

aquellas carreteras como para tener tiempo o ganas de conversación. Sin embargo, pronunció con cansina insistencia la misma frase, tantas veces, que quedó grabada en mi memoria, y que al final casi me hacía reír como comentario al día fatídico.

—¡Menuda faena! ¡Vaya!

Eso era lo que decía cada vez que aparecía a nuestros ojos una nueva y terrible combinación de muerte y desastre. «¡Menuda faena! ¡Vaya!», gritaba cuando descendíamos por la colina de la estación en Rotherfield, y seguía diciendo «¡Menuda faena! ¡Vaya!», cuando nos abríamos paso por el yermo de muerte de High Street en Lewishan[5] o en la carretera vieja de Kent.

Fue allí donde recibimos una repentina e inesperada sorpresa. Por la ventana de una humilde casa que hacía esquina, apareció de pronto un pañuelo que se agitaba ondeando en el extremo de un largo y delgado brazo humano. Ninguna visión de muerte inesperada había hecho que nuestros corazones se detuvieran y después volvieran a palpitar con la violencia con la que palpitaron ante aquella asombrosa señal de vida. Lord John acercó el coche a la acera, y en un instante franqueamos la puerta, que estaba abierta, y subimos a la habitación delantera del segundo piso, que era de donde procedía la señal.

Una dama muy anciana estaba sentada en una silla junto a la ventana abierta, y cerca de ella, en otra silla, había una botella de oxígeno, más pequeña pero de la misma forma que las que habían salvado nuestras vidas. La mujer volvió su rostro ojeroso, demacrado y con gafas hacia nosotros, mientras nos agolpábamos en la entrada.

—Tenía miedo de verme abandonada aquí para siempre —dijo—, porque soy inválida y no me puedo mover.

—Bueno, señora —respondió Challenger—, ha sido una suerte que pasáramos casualmente por aquí.

—Tengo que hacerles una pregunta importantísima —dijo ella—. Caballeros, les pido que sean francos conmigo. ¿Qué consecuencia tendrán estos acontecimientos en las acciones de London North-Western Railway?

De no haber sido por la trágica ansiedad con la que esperaba nuestra respuesta, nos habríamos echado a reír. La señora Burston, ese era su nombre, era una anciana viuda cuyos ingresos dependían enteramente de una reducida participación en aquel capital. Su vida se había visto regulada por las subidas o descensos del dividendo, y ella era incapaz de concebir la existencia sin tener en cuenta la cotización de sus acciones. En vano le indicamos que todo el dinero del mundo estaba a su disposición si quería cogerlo, pero que no le

serviría de nada. Su vieja mente no podía adaptarse a la nueva idea, y se puso a sollozar ruidosamente por sus desaparecidas acciones.

—Era todo lo que tenía —gemía—. Si ha desaparecido, yo también desapareceré.



Entre lamento y lamento, averiguamos cómo aquella planta vieja y frágil había sobrevivido mientras todo el gran bosque caía. Era una inveterada inválida y asmática. Le habían prescrito oxígeno para su enfermedad, y en el momento de la crisis tenía una bombona en su habitación. Instintivamente, había inhalado un poco, como tenía por costumbre cada vez que le costaba trabajo respirar. El oxígeno la había aliviado, y había conseguido sobrevivir aquella noche administrándose su reserva. Finalmente se había quedado dormida, hasta que la despertó el zumbido del automóvil. Como era imposible llevarla con nosotros, nos ocupamos de que tuviera todo lo necesario y prometimos ponernos en contacto con ella al cabo de un par de días como muy tarde. Así la dejamos, todavía llorando amargamente por sus acciones desaparecidas.

Cuando nos acercábamos al Támesis, el bloqueo de las calles se fue haciendo más tupido, y los obstáculos, más desconcertantes. Solo con muchas dificultades conseguimos abrirnos paso a través del Puente de Londres. Los accesos a él por el lado de Middlesex estaban obstruidos de punta a punta por el tráfico congelado que imposibilitaba cualquier avance en aquella dirección. Un barco ardía espectacularmente junto a uno de los muelles cercanos al puente, y el aire estaba lleno de partículas flotantes e impregnado de un penetrante y acre olor a quemado. En algún lugar próximo al Parlamento había una nube de humo denso, pero resultaba imposible determinar su procedencia desde donde nos encontrábamos.

—No sé qué pensarán ustedes —observó lord John mientras paraba el motor, pero a mí me parece que el campo es más alegre que la ciudad. El Londres muerto me está poniendo nervioso. Yo soy partidario de dar una vuelta y después volver a Rotherfield.

—Confieso que no veo qué podemos esperar aquí —dijo el profesor Summerlee.

—Al mismo tiempo —dijo Challenger, su gran voz retumbando de un modo extraño en medio del silencio—, resulta difícil concebir que de siete millones de personas solamente haya conseguido sobrevivir a la catástrofe una anciana por alguna peculiaridad de su constitución o por algún accidente.

—Si hubiera alguien más, ¿cómo vamos a encontrarlos, George? —preguntó la dama—. Y, sin embargo, estoy de acuerdo contigo en que no podemos regresar hasta que lo hayamos intentado.

Salimos del coche, lo dejamos junto al bordillo y nos dirigimos andando con cierta dificultad por la abarrotada acera de King William Street hasta una gran oficina de seguros cuyas puertas estaban abiertas. Entramos. Era una

casa que hacía esquina, y la elegimos porque tenía vistas en todas las direcciones. Subimos por la escalera, atravesamos lo que supongo que sería la sala de juntas, pues había ocho hombres de edad sentados en torno a una mesa redonda en el centro. El ventanal estaba abierto y salimos todos al balcón. Desde allí, pudimos contemplar las abarrotadas calles de la ciudad que se extendían en todas direcciones, mientras que bajo nosotros la calzada aparecía ennegrecida de punta a punta por los techos de una infinidad de taxis inmóviles. Todos o casi todos sus ocupantes tenían la cabeza hacia fuera, lo cual mostraba que los aterrados hombres de la City habían realizado en el último momento un vano esfuerzo por reunirse con sus familias en los suburbios o en el campo. Entre los taxis más humildes, destacaban aquí y allá los grandes automóviles con embellecedores de latón de los ricos magnates, inmovilizados sin remedio en la corriente estancada del tráfico. Justo debajo de nosotros había uno de gran tamaño y aspecto lujoso, cuyo propietario, un viejo gordo, estaba inclinado hacia fuera, con la mitad de su grueso cuerpo asomando por la ventana, y con la mano gordiflona, reluciente de diamantes, extendida para apremiar a su chófer para que hiciera un último esfuerzo para abrirse paso entre la multitud.

Una docena de autobuses sobresalían como islas en aquella corriente. Los pasajeros que abarrotaban los segundos pisos yacían todos apiñados los unos encima de los otros, como los juguetes en el cuarto de los niños. Sobre un ancho pedestal de farola, en el centro de la calzada, permanecía en pie un corpulento policía, con la espalda apoyada en el poste en una actitud tan natural que resultaba difícil darse cuenta de que no estaba vivo, mientras que a sus pies yacía un harapiento chico de los periódicos con su paquete de diarios. Un carro de periódicos había quedado bloqueado entre la multitud, y podía leerse en grandes caracteres negros sobre fondo amarillo: «Escándalo en la Cámara de los Lores. Interrumpido el partido del condado». Aquella debía de haber sido la primera edición, pues había otros carteles con el siguiente titular: «¿Es el fin? Advertencia de un gran científico». Y otro: «¿Está Challenger en lo cierto? Siniestros rumores».

Challenger señaló a su mujer el último cartel, que se elevaba entre la muchedumbre como una pancarta. Vi que inflaba el pecho y se mesaba la barba mientras lo miraba. Aquella complicada mente se sentía complacida y halagada al pensar que Londres había muerto con su nombre y sus palabras todavía presentes en sus pensamientos. Sus sentimientos eran tan evidentes que provocaron un comentario sarcástico de su colega.

—En el candelero hasta el último momento, Challenger —comentó.

—Así parece ser —respondió él, con complacencia—. Bien —añadió, mientras contemplaba el amplio panorama de calles que se perdían a lo lejos, todas ellas silenciosas y sofocadas por la muerte—, la verdad es que no veo de qué sirve que nos quedemos más tiempo en Londres. Propongo que regresemos inmediatamente a Rotherfield, y que decíamos el modo más provechoso de pasar los años que nos quedan por delante.

Solamente daré otra imagen de las escenas que guardaron nuestras memorias de la ciudad muerta. Es un atisbo que tuvimos del interior de la antigua iglesia de Santa María, que se encontraba en el mismo lugar en el que nos esperaba nuestro coche. Después de abrirnos paso entre los cuerpos postrados que llenaban la escalinata, empujamos la puerta y entramos. Fue una visión asombrosa. La iglesia estaba abarrotada de punta a punta con personas arrodilladas en posturas de súplica y humillación. En el último momento de terror, encarados de pronto a las realidades de la vida, esas realidades terribles que penden sobre nosotros incluso cuando seguimos las sombras, la masa aterrorizada se había precipitado hacia aquellas viejas iglesias de la ciudad que durante generaciones apenas habían tenido feligreses. Allí se habían amontonado y arrodillado, muchos de ellos, en su agitación, todavía con sombrero, mientras que por encima, en el púlpito, un hombre joven vestido de seglar parecía haber estado dirigiéndose a ellos cuando todos se habían visto vencidos por la misma suerte. Y ahora yacía, como Polichinela en el escenario, con la cabeza y los brazos inertes colgando por encima del antepecho del púlpito. Aquella iglesia gris y polvorienta era como una pesadilla, con sus hileras de figuras angustiadas, la oscuridad y el silencio. Nosotros nos movíamos entre la gente con apagados susurros, caminando de puntillas.

Y entonces, repentinamente, se me ocurrió una idea. En un rincón de la iglesia, cerca de la puerta, estaba la antigua pila bautismal, y tras ella, un profundo hueco del que pendían las cuerdas de las campanas. ¿Por qué no enviar un mensaje a Londres que sirviera para atraer la atención de cualquiera que pudiera seguir con vida? Corrí hacia allí, pero cuando tiré de la cuerda revestida de tela me sorprendió descubrir lo difícil que era mover la campana. Lord John me había seguido.

—¡Por San Jorge, joven amigo! —dijo mientras se quitaba la chaqueta—. Se te ha ocurrido una idea buenísima. Échame una mano y en seguida conseguiremos moverla.

Pero incluso así, la campana era tan pesada, que hasta que Challenger y Summerlee añadieron su peso al nuestro, no oímos sobre nuestras cabezas el

estruendo y el ruido metálico que indicaban que el gran badajo estaba repicando. Nuestro mensaje de compañerismo y esperanza para cualquier ser humano superviviente resonó en los confines del Londres muerto. Aquella llamada metálica y fuerte alegró nuestros corazones, y nos consagramos con toda nuestra energía a nuestro trabajo. Cada tirón de la cuerda nos arrastraba dos pies por encima del suelo, pero todos nos esforzábamos juntos en hacer fuerza hacia abajo, Challenger más que todos, poniendo toda su poderosa energía en ïa tarea y saltando hacia arriba y hacia abajo como un monstruoso sapo croando con cada tirón. En aquel momento, algún artista habría inmortalizado la imagen de los cuatro aventureros, compañeros de tantas peripecias extraordinarias en el pasado, a quienes el Destino designaba para una experiencia suprema. Estuvimos así durante media hora, mientras el sudor nos resbalaba por el rostro, y los brazos y la espalda nos dolían del esfuerzo. Luego salimos al pórtico de la iglesia y miramos ansiosos a lo largo de las calles silenciosas y atestadas. Ni un sonido, ni un movimiento en respuesta a nuestra llamada.

—No sirve de nada. No queda nadie —exclamé.

—No podemos hacer nada más —dijo la señora Challenger—. Por el amor de Dios, George, volvamos a Rotherfield. Si permanezco una hora más en esta espantosa ciudad muda me voy a volver loca.

Montamos en el coche sin decir una palabra más. Lord John dio la vuelta y enfilamos hacia el Sur. Nos parecía que el capítulo quedaba cerrado. Poco nos imaginábamos el sorprendente nuevo capítulo que estaba a punto de iniciarse.

VI
El gran despertar

Y así llegó el final de este extraordinario incidente de importancia suma, no solamente en nuestras insignificantes vidas individuales, sino en la historia del género humano. Como he dicho al empezar mi narración, cuando se escriba lo ocurrido, este suceso sobresaldrá con toda seguridad entre todos los demás episodios como una montaña sobre sus estribaciones. A nuestra generación se le ha reservado un destino muy especial, puesto que ha sido elegida para experimentar algo tan asombroso. Solamente el futuro puede mostrar cuánto tiempo durará su efecto; cuánto tiempo conservará la humanidad la humildad y la reverencia que esta gran conmoción le ha enseñado. Creo que es acertado decir que las cosas no volverán a ser las mismas. No nos damos cuenta de lo impotentes y lo ignorantes que somos, y de que una mano invisible nos sostiene, hasta que por un momento parece que esa mano se cierra para aplastarnos. La muerte inminente se ha cernido sobre nosotros. Sabemos que en cualquier momento puede volver. Esa presencia macabra ensombrece nuestras vidas, pero ¿quién se atreverá a negar que el sentido del deber, la sobriedad y la responsabilidad, la apreciación de la seriedad y de las dificultades de la vida, el ansia por progresar y mejorar han crecido bajo esa sombra y se nos presentan con tal realismo que han influido en nuestra sociedad de un extremo a otro? Está más allá de las sectas y de los dogmas. Se trata más bien de una alteración de la perspectiva, un cambio en nuestro sentido de la proporción; una pungente toma de conciencia de que somos criaturas insignificantes y efímeras, que existimos por tolerancia y que estamos a merced del primer viento helado que venga de lo desconocido. Pero aunque el mundo se haya vuelto más serio al saber esto, no creo que en consecuencia sea un lugar más triste. Ciertamente, estamos de acuerdo en que los placeres más sobrios y comedidos del presente son más profundos, así como más sabios que el bullicio ruidoso y alocado que con tanta frecuencia se tomaba por diversión en los días pasados, unos días tan recientes y, sin embargo, tan inconcebibles. Aquellas vidas vacías que se desperdiciaban en

visitas y en recepciones sin objeto, las preocupaciones de casas enormes e innecesarias, la preparación e ingestión de platos complicados y tediosos han encontrado ahora su descanso y su salud en la lectura, la música, la agradable compañía de la familia, producto de un reparto del tiempo más simple y sano. Con el aumento de la salud y el placer, estas vidas son más ricas que antes, aunque hayan pagado la mayor contribución al fondo común que tanto na elevado el nivel de vida en estas islas.

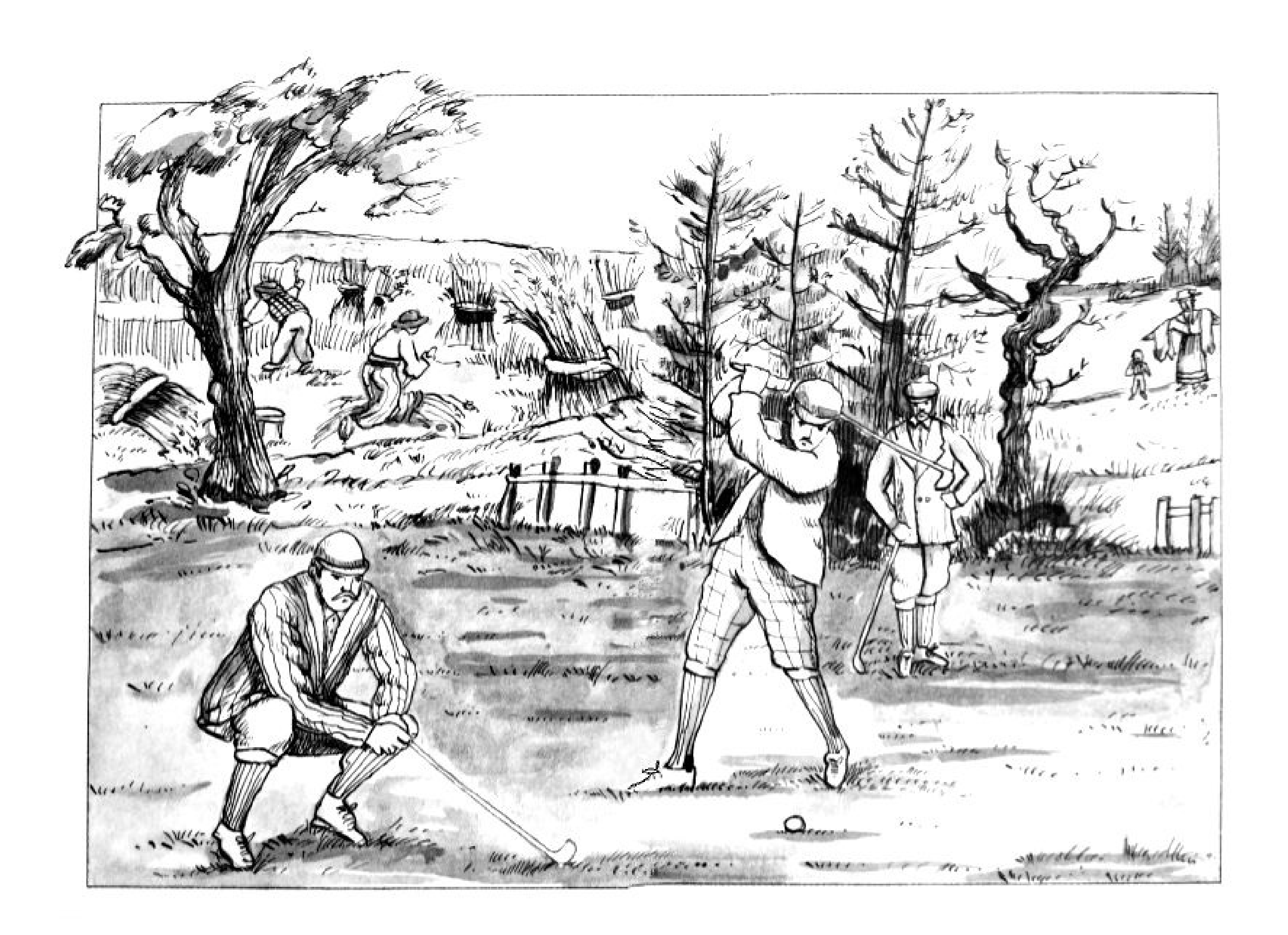
Existe una cierta divergencia de opiniones en cuanto a la hora exacta del gran despertar. Por lo general, todos están de acuerdo en que, aparte de las diferencias horarias, deben de haber existido causas regionales que influyeran en el efecto del veneno. Ciertamente, en cada zona independiente, la resurrección fue prácticamente simultánea. Existen numerosos testigos que afirman que el Big Ben[1] marcaba las seis y diez en el momento preciso. El astrónomo real ha fijado la hora de Greenwich a las seis y doce. Por otra parte, Laird Johnson, un observador de East-Anglia[2] muy competente, ha registrado las seis y veinte como la hora. En las Hébridas[3] fue más tarde, a las siete. En nuestro caso, no cabe ninguna duda, porque yo estaba sentado en el despacho de Challenger con su cuidadosamente probado cronómetro frente a mí en ese momento. Eran las seis y cuarto.

Mi ánimo estaba sumido en una profunda depresión. El efecto acumulativo de todas las visiones dignas de espanto que habíamos contemplado en nuestro viaje pesaba sobre mi alma. Con mi abundante salud animal y mi gran energía física, cualquier manifestación de estado mental nubloso me era extraño. Poseía yo la facultad irlandesa de ver siempre alguna chispa de humor en la oscuridad. Pero entonces la oscuridad era espantosa y absoluta. Los demás estaban en el piso de abajo, haciendo planes para el futuro. Yo permanecía sentado junto a la ventana abierta, con la barbilla apoyada en la mano y la mente absorta en los desesperado de nuestra situación. ¿Podíamos seguir viviendo? Aquella era la pregunta que había empezado a plantearme. ¿Era posible existir en un mundo muerto? Del mismo modo que en física el cuerpo mayor arrastra hacia sí al más pequeño, ¿no sentiríamos nosotros una atracción arrolladora hacia ese vasto cuerpo de humanidad que había entrado en lo desconocido? ¿Cómo llegaría el fin? ¿Sería con el regreso del veneno? ¿O se haría la Tierra inhabitable debido a las consecuencias mefíticas de la putrefacción universal? ¿O, en último caso, la situación nos afectaría hasta el punto de destruir nuestro equilibrio mental? ¡Un grupo de gente demente en el mundo muerto! Meditaba tristemente en esta última idea aterradora, cuando un ligero ruido me hizo mirar por la

ventana a la carretera que se extendía debajo de mí. ¡El viejo caballo del taxi estaba ascendiendo por la colina!

En aquel mismo instante fui consciente del trinar de los pájaros, de la tos de alguien en el jardín de abajo y de un trasfondo de movimiento en el paisaje. Y, sin embargo, recuerdo que fue aquel caballo de tiro, ridículo, demacrado y viejo, el que atrajo mis miradas. Lentamente, resollando, iba subiendo por la ladera. Luego mi mirada se dirigió al cochero, que permanecía sentado con el cuerpo doblado en el pescante, y por último hacia el joven que, con el cuerpo medio sacado por la ventanilla, gritaba con agitación alguna orden. ¡Todos estaban indudable y agresivamente vivos!

¡Todo el mundo volvía a estar vivo! ¿Habría sido todo una ilusión? ¿Podía concebirse que todo el incidente de la zona envenenada hubiera sido un sueño rebuscado? Durante un instante, mi sobrecogido cerebro estuvo verdaderamente dispuesto a creerlo. Bajé la mirada, y vi la abultada ampolla, en la parte de la mano que la cuerda de la campana había rozado. Entonces había sido verdad. Y, no obstante, ante mis ojos tenía el mundo resucitado, la vida que volvía al planeta en una pleamar instantánea. En aquel momento, mientras recorría con la mirada el grandioso paisaje, la veía en todas las direcciones, y lo que era asombroso: se movía en la mismísima dirección en que se había detenido. Allí estaban los jugadores de golf. ¿Era posible que continuaran con su partida? Sí, había un tipo que se alejaba de un *tee*[4], y aquel otro grupo que se veía sobre el *green* estaban tirando al hoyo. Los segadores volvían lentamente a su trabajo, en grupos. La niñera dio un manotazo a uno de los críos y después empezó a empujar el cochecito colina arriba. Todos habían reanudado lo que estaban haciendo despreocupadamente, en el punto mismo en que lo habían dejado.



Corrí escaleras abajo, pero la puerta del vestíbulo estaba abierta, y oí las voces de mis compañeros, que gritaban atónitos, felicitándose, en el jardín. ¡Cómo nos estrechamos las manos y reímos cuando estuvimos juntos, y cómo nos besó la señora Challenger, emocionada, antes de entregarse al abrazo de oso de su marido!

—¡Pero es imposible que estuvieran vivos! —gritaba lord John—. ¡Por todos los diablos, Challenger, no pretenderá que me crea que esa gente estaba dormida, con esa mirada fija, los miembros rígidos y esa espantosa sonrisa de muerto en la cara!

—Solo puede haber sido el estado que recibe el nombre de catalepsia —dijo Challenger—. Se trata de un antiguo fenómeno, muy raro, que desde siempre ha sido confundido con la muerte. Mientras dura, la temperatura desciende, la respiración desaparece, los latidos del corazón se hacen imperceptibles; en realidad, es la muerte, con la diferencia de que es pasajera. Ni siquiera la mente más cultivada —en aquel punto cerró los ojos y se sonrió afectadamente— podría concebir una epidemia universal de este género.

—Puede usted catalogarlo como catalepsia —observó Summerlee—, pero, al fin y al cabo, eso no es más que un nombre, y sabemos tan poco de

las consecuencias como del veneno que lo ha causado. Lo más que podemos decir es que el éter viciado ha producido una muerte temporal.

Austin estaba sentado en el estribo del coche presa de estupor. Lo que acababa yo de oír desde arriba era su tos. Había permanecido un rato con la cabeza apoyada en las manos, guardando silencio, pero en aquel momento empezó a murmurar para sí mientras recorría el coche con la mirada.

—¡Joven imbécil! —refunfuñó—. ¡No puede dejar las cosas en paz!

—¿Qué ocurre, Austin?

—Los lubricantes están a cero, señor. Alguien ha estado enredando con el coche. Me imagino que ha sido el chico del jardín, señor.

Lord John adoptó un aire de culpabilidad.

—Yo no sé qué me pasa —continuó Austin, mientras se ponía en pie tambaleándose—. Creo que me he mareado al agacharme a limpiarlo. Me parece recordar que me caí junto al estribo. Pero podría jurar que no dejé abiertas las llaves de los lubricantes.

Resumidamente le contamos al asombrado Austin lo que le había ocurrido a él y al resto del mundo. También le aclaramos el misterio del goteo de los lubricantes. Cuando le dijimos que un aficionado había conducido su coche nos miró con profunda desconfianza, y siguió con gran interés las pocas frases en que resumimos nuestras aventuras en la ciudad dormida. Recuerdo perfectamente el comentario que hizo cuando concluimos nuestro relato.

—¿Estuvo usted cerca del Banco de Inglaterra, señor?

—Sí, Austin.

—¿Con todos los millones que hay dentro y todo el mundo durmiendo?

—En efecto.

—¡Y que yo no pudiera estar allí! —gimió, y con gran consternación volvió a su tarea de limpiar el coche.

De repente se oyó el rechinar de unas ruedas sobre la grava. El viejo taxi acababa de detenerse frente a la puerta de Challenger. Vi cómo el joven ocupante descendía. Un momento después la doncella, despeinada y aturdida, como si acabara de despertar del más profundo de los sueños, apareció con una tarjeta sobre la bandeja. Challenger hizo una mueca de furia cuando la miró, y se hubiera dicho que su denso cabello negro se erizó de ira.

—¡Un periodista! —rugió. Y a continuación añadió con una sonrisa de desaprobación—: Al fin y al cabo, es natural que el mundo entero se apresure a enterarse de mi parecer sobre un episodio de tal envergadura.

—No creo que sea ese su propósito —dijo Summerlee—, puesto que estaba en la carretera dentro del carruaje antes de que se declarara la crisis.

Miré la tarjeta: «James Baxter, corresponsal del *New York Monitor* en Londres».

—¿Va a recibirle? —dije.

—Yo no.

—¡Vamos, George! Deberías ser más amable y considerado con el prójimo. Seguramente habrás aprendido algo de lo que hemos pasado.

El profesor hizo un gesto de horror y sacudió su cabezota obstinada.

—¡Raza de víboras! ¿Verdad, Malone? ¡La mala hierba más perniciosa de la civilización moderna; la herramienta siempre dispuesta del charlatán y el obstáculo de quien se preocupa por su dignidad personal! ¿Cuándo ha dicho alguno de ellos una palabra buena sobre mí?

—¿Y cuándo les ha dicho usted una buena palabra a ellos? —respondí yo —. Vamos, caballero, ese hombre es un extranjero que ha hecho un viaje para verle. Estoy seguro de que no será desagradable con él.

—Está bien, está bien —refunfuñó—, venga usted conmigo y encárguese de hablarle. Yo protesto por anticipado por esta indignante invasión de mi vida privada —refunfuñando y hablando entre dientes, me siguió con paso bamboleante, como un mastín enfadado y bastante mal dispuesto.

El pulcro joven americano sacó su cuaderno de notas y se lanzó inmediatamente a su asunto.

—He venido hasta aquí, caballero —dijo—, porque nuestros compatriotas americanos están muy interesados en saber algo más acerca del peligro que en su opinión amenaza al mundo.

—Que yo sepa, en este momento no existe ningún peligro que amenace al mundo —respondió Challenger con brusquedad.

El periodista le miró ligeramente sorprendido.

—Me refiero, caballero, al peligro de que el mundo entre en una zona de éter venenoso.

—En este momento no percibo semejante peligro —dijo Challenger.

El periodista pareció todavía más perplejo.

—Usted es el profesor Challenger, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, señor, ese es mi nombre.

—En ese caso, no alcanzo a comprender cómo puede usted decir que no existe tal peligro. Estoy aludiendo a su propia carta, publicada con su firma en el *Times* londinense de esta mañana.

En esta ocasión, fue Challenger el sorprendido.

—¿Esta mañana? —dijo—. Esta mañana no se ha publicado el *Times*.

—Por supuesto que sí, caballero —dijo el americano con cierto tono de reconvención—; reconocerá usted que el *Times* es una publicación diaria —sacó una copia de su bolsillo interior—. Aquí está la carta a la que me refiero.

Challenger se rio entre dientes y se frotó las manos.

—Empiezo a comprender —dijo—. ¿Ha leído usted la carta esta mañana?

—Sí, señor.

—¿Y ha venido inmediatamente a entrevistarme?

—Sí, señor.

—¿Notó usted algo fuera de lo corriente en su viaje hasta aquí?

—Bueno, a decir verdad, sus compatriotas parecían más animados y en general más humanos de como yo los había visto hasta ahora. El mozo de estación se ha puesto a contarme una historia bastante divertida, lo cual constituye para mí una experiencia nueva en este país.

—¿Nada más?

—Pues no, señor. Nada que yo recuerde.

—Bien, vamos a ver…, ¿a qué hora salió usted de Victoria?

El americano sonrió.

—He venido hasta aquí para entrevistarle, profesor; pero parece que es usted el que entrevista. Está usted haciendo todo el trabajo.

—Es que da la casualidad de que me interesa. ¿Recuerda usted la hora?

—Por supuesto. Eran las doce y media.

—¿Y llegó usted?

—A las dos y cuarto.

—¿Y cogió usted un taxi?

—En efecto.

—¿Qué distancia calcula que hay de la estación aquí?

—Bueno, calculo que alrededor de dos millas.

—Entonces, ¿cuánto le parece a usted que ha tardado?

—Bueno, quizás una media hora, con ese jamelgo asmático.

—En ese caso, ahora serían las tres en punto, ¿no?

—Pues sí, o, en todo caso, un poquitín más tarde.

—Mire su reloj.

Así lo hizo el americano, y a continuación clavó en nosotros una mirada atónita.

—¡Caramba! —gritó—. Se ha parado. Con toda seguridad, ese caballo ha batido todas las marcas. Ahora que me fijo, veo que el sol está bastante bajo. Bueno, creo que ocurre algo que no comprendo.

—¿No recuerda usted que sucediera nada extraordinario cuando ascendía por la colina?

—Si no recuerdo mal, hubo un momento en el que sentí mucho sueño. Me parece recordar que quería decirle una cosa al conductor, pero no conseguía que me prestara atención. Supongo que sería por culpa del calor, pero durante un momento todo me daba vueltas. Nada más.

—Lo mismo le ha ocurrido a todo el género humano —me dijo Challenger—. Todos se han sentido mareados durante un momento. Todavía nadie comprende lo que ha ocurrido. Todos continuarán con su interrumpida tarea, del mismo modo que Austin ha cogido su manguera o el jugador de golf ha reanudado su partido. Su director, Malone, continuará la edición de su periódico, y se sorprenderá mucho cuando se entere de que falta un número. Sí, joven amigo mío —añadió dirigiéndose al periodista americano con un repentino aire de genialidad socarrona—, puede que le interese saber que el mundo ha atravesado sin novedad la corriente venenosa que se arremolina como la Corriente del Golfo a través del océano del éter. También tendrá la amabilidad de anotar, por la cuenta que le tiene en el futuro, que hoy no es viernes veintisiete de agosto, sino sábado veintiocho de agosto, y que usted ha permanecido sentado inconsciente en su taxi durante veintiocho horas sobre Rotherfield Hill.

Y «aquí mismo», como diría mi colega americano, pondré punto y final a esta narración. Solamente se trata, como ustedes verán, de una versión más completa y detallada del relato que apareció en la edición del lunes de la *Daily Gazette*; un relato que ha sido universalmente reconocido como la exclusiva periodística más grandiosa de todos los tiempos, gracias a la que se vendieron nada menos que tres millones y medio de ejemplares del periódico. En mi despacho, enmarcado en la pared, conservo estos magníficos titulares:

COMA MUNDIAL DE VEINTIOCHO HORAS
EXPERIENCIA SIN PRECEDENTES JUSTIFICADA
POR CHALLENGER
NUESTRO CORRESPONSAL SE SALVA
EMOCIONANTE NARRACIÓN
LA HABITACIÓN OXIGENADA
MISTERIOSO PASEO EN COCHE
LONDRES MUERTO
RECONSTRUCCIÓN DE LA PÁGINA QUE FALTA
GRANDES INCENDIOS Y PÉRDIDAS DE VIDAS HUMANAS
¿SE REPETIRÁ?

Bajo esta gloriosa lista de titulares se extendían nueve columnas y media de narración, en las que aparecía el primero, el último y el único relato de la

historia del planeta, en la medida en que un observador podía trazarla, durante una larga jornada de su existencia. Challenger y Summerlee han tratado el asunto en un ensayo científico conjunto, pero solo yo me he ocupado del relato popular. Ciertamente, podría entonar el *nunc dimittis*[5] ¡Después de una cosa así, qué le queda a un periodista en su vida sino el anticlímax!

Pero no quiero terminar con titulares sensacionalistas y con un triunfo meramente personal. Prefiero citar los sonoros pasajes con los que el más grande de los diarios terminaba su admirable artículo editorial sobre la cuestión; un editorial que merece ser archivado por todos los hombres previsores para volver sobre él de cuando en cuando.

«Ha sido un tópico manido —decía el *Times*— la afirmación de que nuestra especie humana es un grupo débil frente a las fuerzas latentes que nos rodean. Desde los antiguos profetas hasta los filósofos de nuestros días, nos ha llegado el mismo mensaje y la misma advertencia. Pero, al igual que todas las verdades muy repetidas, con el tiempo ha perdido parte de su actualidad y de su fuerza. Se imponía una lección, una experiencia real, para restaurarla. Acabamos de salir de esta prueba saludable, pero terrible, con nuestras mentes todavía confusas por lo repentino del golpe, y con el espíritu escarmentado al darnos cuenta de nuestras limitaciones y de nuestra impotencia. El mundo ha pagado un precio terrible por esta enseñanza. Todavía no estamos al corriente del verdadero alcance del desastre, pero la destrucción por efecto del fuego de ciudades como Nueva York, Orleans y Brighton constituye en sí misma una de las tragedias más grandes de la historia de la humanidad. Cuando haya finalizado el cómputo de los accidentes ferroviarios y marítimos, tendremos lecturas macabras, aunque existen pruebas que demuestran que, en la inmensa mayoría de los casos, los conductores de los trenes y los maquinistas de los vapores consiguieron parar sus máquinas antes de sucumbir al veneno. Pero el daño material, por muy grande que sea, tanto en vidas humanas como en bienes, no es la consideración que hoy más nos preocupa. Puede que todo esto se olvide con el tiempo. Pero lo que no se olvidará, y lo que seguirá obsesionando nuestra imaginación, será la revelación de las posibilidades del universo; la destrucción de nuestra ignorante actitud al sentirnos tan satisfechos de nosotros mismos, y esta demostración de lo angosto del camino de nuestra existencia material y de los abismos que se abren a ambos lados del mismo. Hoy, todos nuestros sentimientos se basan en la solemnidad y en la humildad. Que ellas sean los cimientos sobre los que una especie más seria y reverente construya un templo más digno».

Cuando la Tierra lanzó alaridos

Recordaba vagamente haber oído hablar a mi amigo Edward Malone, de la *Gazette*, del profesor Challenger, con quien había participado en algunas aventuras extraordinarias. Sin embargo, me encuentro tan ocupado con mi profesión, y mi empresa se ha visto tan cargada de pedidos, que apenas sé nada de lo que ocurre en el mundo ajeno a mis intereses específicos. Por lo que yo recordaba, Challenger me había siclo descrito como un genio arisco de carácter violento e intolerante. Me sorprendió mucho recibir de él una carta de negocios escrita en los siguientes términos:

14 (bis), Enmore Gardens,
S.W., Kensington

Señor:

Me encuentro en la necesidad de contratar los servicios de un experto en perforaciones artesianas. No le ocultaré que no tengo una buena opinión de los expertos, y que he tenido la oportunidad de comprobar que un hombre que, como en mi caso, posee un cerebro bien dotado, suele tener una visión más profunda y amplia que el hombre que se especializa en una materia (que, desgraciadamente, suele convertir en su profesión), y cuya perspectiva es por ello más limitada. No obstante, estoy dispuesto a concederle una oportunidad. Al mirar la lista de las autoridades artesianas, una característica extraña, he estado a punto de escribir absurda, de su nombre atrajo mi atención. Al hacer algunas averiguaciones, descubrí que mi joven amigo el señor Edward Malone le conocía personalmente. Así pues, le escribo para decirle que me gustaría mantener una entrevista con usted, y que si usted satisface mis exigencias, y le advierto que mi nivel no es medio, quizá me decida a poner un asunto de suma importancia en sus manos. No puedo decirle nada más por el momento, puesto que el asunto es extremadamente secreto, y solamente puede hablarse de él en persona. Es por ello que le ruego que cancele de inmediato cualquier compromiso que pueda tener y que acuda a visitarme a la dirección citada más arriba, a las diez y media de la mañana del próximo viernes. Además de la estera hay un limpiabarros, y la señora Challenger es muy exigente en esto.

Le saluda,

George Edward CHALLENGER

Entregué esta carta a mi secretario para que le contestara, y este informó al profesor de que el señor Peerless[1] Jones accedía con gusto a acudir a la cita fijada. Se trataba de una carta correcta y formal, pero comenzaba con la

frase: «Hemos recibido su carta (sin fecha)». Esto provocó una segunda epístola del profesor:

«Señor —decía, con una letra semejante a una alambrada de espino—: Observo la animadversión que le produce el insignificante detalle de que mi carta no llevara fecha. Permítame hacerle notar que, a cambio de un impuesto enorme, nuestro gobierno tiene la costumbre de colocar un pequeño signo circular o matasellos en la parte exterior del sobre, en el que se notifica la fecha de envío. En el caso de que este signo no aparezca o sea ilegible, dirija sus reclamaciones a la autoridad postal que corresponda. Entre tanto, le suplico que reserve sus observaciones para las cuestiones relacionadas con el asunto sobre el cual le consulto, y que deje de hacer comentarios sobre la forma que puedan adoptar mis cartas».

Era evidente que estaba tratando con un loco. Así que me pareció oportuno, antes de seguir adelante con aquello, ir a ver a mi amigo Malone, a quien conocía desde los viejos tiempos en que ambos jugábamos al *rugby* en Richmond**[2]**. Seguía siendo el mismo irlandés jovial de siempre, y se divirtió mucho cuando le conté mi primer roce con Challenger.

—Eso no es nada, chico —dijo—. Cuando hayas estado con él por espacio de unos minutos, te sentirás como si te hubieran despellejado vivo. Ostenta el récord mundial de grosería.

—Entonces, ¿por qué le aguanta todo el mundo?

—No le aguantan. Si te dedicaras a recopilar todos los procesos por calumnias, todas las peleas y todos los alborotos en comisarías…

—¡Alborotos!

—¡No lo sabes tú bien! Para él, sería de lo más normal hacerte rodar escaleras abajo si tenéis alguna discrepancia. Es un hombre primitivo de las cavernas enfundado en una levita. Yo me lo imagino con una maza en una mano y un trozo de pedernal dentado en la otra. Hay gente que ha nacido en un siglo que no le corresponde, pero él ha nacido fuera de su milenio. Pertenece a los principios del Neolítico, más o menos.

—¡Y es profesor!

—¡Ahí está lo asombroso del asunto! Es el más grande cerebro de Europa, animado por una fuerza impulsora capaz de convertir todos sus sueños en realidad. Los demás nacen todo lo que pueden para mantenerlo a raya, pues sus colegas le odian como al veneno, pero es igual que si un montón de pesqueros trataran de sujetar al Berengaria. Él se limita a no hacerles caso y sigue adelante como un gran buque de vapor.

—Bueno —dije yo—, una cosa está clara. No quiero tener nada que ver con él. Cancelaré la cita.

—De ninguna manera. Acudirás puntualmente…, y procura *llegar* exactamente a la hora, porque si no le vas a oír.

—¿Y por qué debo ir?

—Está bien, te lo diré. En primer lugar, no tomes demasiado en serio lo que acabo de decirte acerca del viejo Challenger. Todo aquel que se acerca a él aprende a quererle. Es como un oso viejo incapaz de hacerle daño a nadie. Fíjate: recuerdo perfectamente cómo llevó a cuestas a un bebé indio enfermo de viruela durante cien millas desde el interior del país hasta el río Madeira**[3]**. Es grande en todos los sentidos. No te hará ningún daño si sabes tratarle.

—No pienso darle la oportunidad.

—Tanto peor par ti. ¿Has oído hablar del misterio de Hengist Down, la perforación de un pozo en la costa meridional?

—Según tengo entendido, se trata de una exploración secreta de minas de carbón.

Malone hizo un guiño.

—Bueno, puedes llamarlo como quieras. Verás: el viejo me ha hecho ciertas confidencias, y no puedo decir nada hasta que él corra la voz. Pero esto sí puedo decírtelo, porque ha aparecido en la prensa. Un tal Betterton, que hizo fortuna con el caucho, legó sus bienes a Challenger hace algunos años, estipulando que deberían utilizarse en interés de la ciencia. Resultó ser una suma enorme, de varios millones. Después, Challenger compró una finca en Hengist Down, en Sussex. Se trataba de un terreno de escaso valor en el extremo septentrional de una zona de creta. Él se quedó con una amplia extensión y la rodeó de alambradas. En el centro se abría una profunda torrentera, y allí empezó a realizar una excavación. Anunció —en aquel punto Malone hizo otro guiño— que había petróleo en Inglaterra y que tenía la intención de demostrarlo. Construyó un pueblecito modelo con una colonia de trabajadores bien pagados que han jurado mantener cerrada la boca. Al igual que la finca, la torrentera está rodeada de alambrada, y varios sabuesos custodian el lugar. Algunos periodistas han estado a punto de perder la vida, por no hablar de los fondillos de sus pantalones, por culpa de esos animales. Se trata de una gran operación que está llevando a cabo la empresa de *sir* Thomas Modern, pero ellos también han jurado mantener el secreto. Es evidente que ha llegado el momento en que necesitan la ayuda de un especialista en pozos artesianos. Por tanto, sería una tontería que renunciaras a un trabajo como ese, con el interés, la experiencia y el abultado cheque que

conseguirás al final; por no hablar de la oportunidad de trabajar hombro con hombro con el hombre más extraordinario que has conocido y que conocerás jamás.

Los argumentos de Malone me convencieron, y el viernes por la mañana me dirigí a Enmore Gardens. Puse tanto cuidado en no retrasarme, que llegué ante la puerta con veinte minutos de antelación. Me encontraba en la calle, esperando, cuando me pareció reconocer el Rolls-Royce con una flecha plateada a modo de mascota que estaba aparcado en la puerta. Se trataba, ciertamente, del coche de Jack Devonshire, socio de la gran empresa Modern. Desde que le conocía, siempre me había parecido el más cortés de los hombres; así que me quedé bastante sorprendido cuando le vi aparecer de pronto por la puerta con las manos alzadas al cielo, diciendo con gran vehemencia:

—¡Maldito sea! ¡Oh, maldito sea!

—¿Qué ocurre, Jack? Pareces irritado esta mañana.

—¡Hola, Peerless! ¿Tú también estás metido en este trabajo?

—Parece ser que hay alguna posibilidad.

—Bueno, pues tendrás la oportunidad de comprobar que esto es una prueba para la paciencia.

—Por lo que se ve, la tuya no ha podido soportarlo.

—Así es, en efecto. El mayordomo acaba de darme el siguiente recado: «El profesor desea comunicarle que en este momento se encuentra ocupado comiendo un huevo, y que si se pasa por aquí a una hora más apropiada, probablemente le recibirá». Ese recado me ha dado un sirviente. Podría añadir que he venido para recoger las cuarenta y dos mil libras que nos debe.

Lancé un silbido.

—¿Es que no consigues que te pague?

—No, no es eso. Con el dinero no hay problema. Para hacerle justicia, hay que decir que ese viejo gorila es generoso con el dinero. Pero paga cuando le apetece y como le apetece, y los demás le traen sin cuidado. De todas formas, prueba suerte, y ya verás.

Después de decir esto, se metió en el coche y se alejó.

Mirando de cuando en cuando mi reloj, esperé que llegara la hora cero. Yo soy, si se me permite decirlo, un individuo bastante fornido, subcampeón de los pesos medios del Club de Boxeo Belsize, pero nunca había esperado una entrevista con tanta trepidación. No era temor físico, pues confiaba en mis fuerzas para defenderme si aquel loco genial me atacaba, sino que se trataba de una mezcla de sentimientos en la que se confundían el miedo a

algún escándalo público con el temor a perder un contrato lucrativo. No obstante, las cosas siempre resultan más fáciles cuando cesa la imaginación y se inicia la acción. Saqué mi reloj y me dirigí a la puerta.

Abrió un mayordomo de rostro acartonado, un hombre que exhibía una expresión, o una ausencia de expresión tal, que daba la sensación de que estaba tan acostumbrado a los sobresaltos que nada podía ya sorprenderle.

—¿Tiene usted cita, señor? —preguntó.

—Por supuesto.

Echó una mirada a una lista que tenía en la mano.

—¿Cuál es su nombre, señor?… En efecto, el señor Peerless Jones… A las diez y media. Todo en orden. Tenemos que andar con cuidado, señor Jones, porque los periodistas nos importunan constantemente. El profesor, como usted ya sabrá, no tiene buen concepto de la prensa. Por aquí, señor. El profesor Challenger le recibirá ahora mismo.

Al cabo de un instante me encontraba en su presencia. Creo que mi amigo Ted Malone ha descrito a ese hombre en su relato *El mundo perdido* mejor de lo que yo pueda hacerlo, de manera que dejaré las cosas como están. Lo único que vi fue el enorme tronco de un hombre tras un escritorio de roble, con una gran barba negra con forma de pala y unos enormes ojos grises medio ocultos por unos insolentes párpados medio caídos. Tenía echada hacia atrás su gran cabeza, la erizada barba hacia delante, y su aspecto general suscitaba una impresión singular de intolerancia arrogante. «Y bien, ¿qué diablos quiere?», parecía pensar mientras me miraba. Yo dejé mi tarjeta sobre la mesa.

—Ah, sí —dijo mientras la cogía y la sostenía como si le desagradara su olor—. Claro, es usted el experto, el señor Jones, el señor Peerless Jones. Puede estarle usted agradecido a su padrino, señor Jones, pues es su ridículo nombre el que me hizo fijarme en usted.

—Mire, señor Challenger, he venido para mantener una entrevista de trabajo y no para hablar de mi nombre —dije yo, haciendo acopio de toda mi dignidad.

—Pobre de mí, parece usted una persona muy susceptible, señor Jones. Por lo visto, tiene unos nervios bastante irritables. Tendremos que andarnos con cuidado al tratar con usted, señor Jones. Le ruego que se siente y que se tranquilice. He leído su folletito sobre la explotación de la península del Sinaí. ¿Lo escribió usted mismo?

—Naturalmente, señor. Está firmado por mí.

—¡Así es! ¡Así es! Pero una cosa no es siempre consecuencia de la otra, ¿verdad? A pesar de todo, estoy dispuesto a aceptar su afirmación. El libro no

carece de cierto mérito. Por debajo del lenguaje insípido se vislumbra de cuando en cuando alguna que otra idea. Hay gérmenes de pensamiento esparcidos aquí y allá. ¿Es usted casado?

—No, señor. No estoy casado.

—Entonces es posible que mantenga un secreto.

—Si lo prometo, puede tener la seguridad de que mantendré mi palabra.

—Eso es lo que usted dice. Mi joven amigo Malone —hablaba como si Ted tuviera diez años— tiene muy buena opinión de usted. Dice que puedo confiar en usted. Y esta confianza debe ser absoluta, puesto que precisamente ahora estoy dedicado a uno de los más importantes experimentos, o mejor dicho, el experimento más importante de la historia de la humanidad. Le pido que participe.

—Será un honor para mí.

—Es realmente un honor. Reconozco que no habría informado a nadie de mis trabajos de no ser porque el carácter gigantesco de la empresa requiere la más alta cualificación técnica. Bien, señor Jones, ahora que tengo su promesa de silencio inviolable, iré al grano. Se trata de lo siguiente: el mundo sobre el que vivimos es en sí mismo un organismo vivo, dotado, según creo, de circulación, respiración y de sistema nervioso propio.

No cabía duda de que aquel hombre estaba loco.

—Me doy cuenta —prosiguió— de que su cerebro no consigue captarlo. Pero poco a poco irá asimilando la idea. Piense usted en el parecido que hay entre un páramo de brezo y la parte velluda de un animal gigante. La naturaleza entera guarda una cierta analogía. Considere entonces la ascensión y el descenso seculares de tierra, que indican la respiración de la criatura. Finalmente, repare en la agitación nerviosa y los arañazos, que se presentan a nuestra percepción liliputiense como terremotos y convulsiones.

—¿Y qué me dice de los volcanes? —pregunté yo.

—¡Vamos! Se corresponden con los puntos de calor de nuestros cuerpos.

Empecé a darle vueltas a la cabeza, tratando de encontrar alguna respuesta a aquellas terribles aseveraciones.

—¡La temperatura! —exclamé—. ¿No es un hecho que aumenta rápidamente a medida que se desciende, y que el centro de la tierra es calor líquido?

Desechó mi afirmación con un gesto.

—Puesto que la escuela elemental es obligatoria, me figuro que sabrá usted que la Tierra está achatada por los polos. Eso significa que el polo está más cerca del centro que ningún otro punto, y que por tanto, debería estar más

afectado por ese calor del que usted habla. Por supuesto, de todos es sabido que el clima de los polos es tropical, ¿no es así?

—Esa idea es completamente nueva para mí.

—Por supuesto que sí. Es privilegio del pensador original concebir ideas que son nuevas y que reciben normalmente una mala acogida de sus contemporáneos. Veamos, caballero, ¿qué es esto? —alzó un pequeño objeto que había cogido de encima de la mesa.

—Yo diría que es un erizo de mar.

—¡Exactamente! —gritó con un aire de exagerada sorpresa, como el que se emplea con un niño que ha hecho algo bien—. Es un erizo de mar, un equino común. La naturaleza se repite a sí misma en muchas formas sin tener en cuenta su tamaño. Este equino es un modelo, un prototipo del mundo. Verá usted que es más o menos circular, pero achatado en los polos. Consideremos entonces el mundo como un equino gigantesco. ¿Tiene alguna objeción?



Mi principal objeción era que aquello resultaba demasiado absurdo como para someterlo a discusión, pero no me atreví a decirlo. Busqué una afirmación menos radical.

—Una criatura viva necesita comida —dije—. ¿Cómo sustenta el mundo su enorme masa?

—Una idea excelente…, ¡excelente! —dijo el profesor, con aire de profundo paternalismo—. Tiene usted una vista aguda para lo obvio, aunque es lento a la hora de advertir las más sutiles consecuencias. ¿Cómo consigue el mundo su alimento? Una vez más, hemos de volver a nuestro amiguito el equino. El agua que le rodea fluye por los conductos de esta pequeña criatura y le proporciona su nutrición.

—Entonces, cree usted que el agua…

—No, caballero. El éter. La Tierra pace en un camino circular en los prados del espacio, y a medida que se mueve, el éter la atraviesa constantemente, proporcionándole su vitalidad. Un rebaño bastante grande de pequeños mundos equinos hacen lo mismo: Venus, Marte y los demás, cada uno de ellos con su propio pasto.

Estaba claro que aquel hombre era un loco, pero no había manera de discutir con él. Tomó mi silencio por aquiescencia y me dirigió una sonrisa sumamente benévola.

—Ya veo que vamos haciendo progresos —dijo—. La luz empieza a penetrar. Un poco deslumbrante al principio, sin duda, pero pronto nos acostumbraremos a ella. Le ruego que me preste atención mientras le hago un par de observaciones más acerca de esta pequeña criatura que tengo en la mano. Supongamos que en esta dura corteza externa hubiera ciertos insectos infinitamente pequeños arrastrándose por la superficie. ¿Sería alguna vez el equino consciente de su existencia?

—Yo creo que no.

—En ese caso, podrá imaginar muy bien que la Tierra no tiene la menor idea del modo en que está siendo utilizada por el género humano. Es completamente inconsciente de este crecimiento del hongo de la vegetación y de la evolución de los diminutos animálculos[4] que ha ido recogiendo sobre sí en sus viajes alrededor del Sol, del mismo modo que los percebes se acumulan sobre una vieja embarcación. Este es el estado actual de las cosas, y eso es lo que yo me propongo alterar.

Me quedé mirándole asombrado.

—¿Se propone alterarlo?

—Me propongo hacer saber a la Tierra que al menos hay una persona, George Edward Challenger, que quiere llamar la atención y que verdaderamente insiste en que se le preste atención. Se trata, por cierto, de la primera insinuación de ese tipo que nunca ha recibido.

—¿Y cómo va a hacerlo, caballero?

—Ah, ya vamos al asunto. Ha tocado usted el punto clave. Vuelvo a llamar su atención sobre esta interesante criatura que sostengo en mi mano. Es toda nervios y sensibilidad por debajo de esta corteza protectora. ¿No es evidente que, si un animálculo parásito pretendiera llamar su atención, abriría un agujero en su caparazón para así estimular su aparato sensitivo?

—Desde luego.

—O si no, cojamos el caso de la pulga vulgar o de un mosquito que explora la superficie del cuerpo humano. Puede que no nos demos cuenta de su presencia. Pero al cabo de un tiempo, cuando hunde su probóscide en la piel, que es nuestra corteza, nos recuerda de un modo desagradable que no estamos del todo solos. Sin duda, empezará a comprender ahora mi plan. La luz penetra en la oscuridad.

—¡Cielo santo! ¿Tiene la intención de excavar un pozo que atraviese la corteza terrestre?

El profesor cerró los ojos con inefable complacencia.

—Ante usted tiene —dijo— al primer hombre que perforará la córnea piel. Incluso, puedo utilizar el presente y decir: el primer hombre que la ha perforado.

—¡Ya lo ha hecho!

—Con la eficacísima ayuda de Modern and Company, creo estar en condiciones de decir que ya lo he hecho. Muchos años de trabajo constante realizado día y noche con todo género conocido de taladros, barrenas, excavadoras y explosivos por fin nos han hecho llegar a nuestro objetivo.

—¿No pretenderá decir que ha atravesado la corteza?

—Si sus expresiones denotan asombro puede pasar. Pero si denotan incredulidad…

—No, caballero, de ningún modo.

—Debe aceptar mi afirmación sin reticencias. Hemos atravesado la corteza. Tenía exactamente un grosor de 14 442 yardas, es decir, 8 millas[5]. Quizá le interese saber que en el curso de nuestra penetración hemos descubierto una fortuna en lechos de carbón, que probablemente a la larga sufragarán el coste de la empresa. Nuestra principal dificultad la han constituido los manantiales en las arenas de creta y de hastingsitas[6]

inferiores, pero hemos conseguido superarla. Ahora, hemos alcanzado la última fase, y esta última fase es, ni más ni menos, el señor Peerless Johnson. Usted, caballero, hará las veces de mosquito. Su taladro artesiano reemplazará la punzante probóscide. El cerebro ha hecho su trabajo. Mutis del pensador. Entra el individuo mecánico, el «sin par»[7], con su barra de metal. ¿Me expreso con claridad?

—¡Está hablando de ocho millas! —grité—. ¿Se da usted cuenta, caballero, de que los cinco mil pies[8] están considerados prácticamente el límite de las excavaciones artesianas? Yo conozco uno en la Alta Silesia[9] que tiene seis mil doscientos pies de profundidad, y se le considera una maravilla.

—Usted me malinterpreta, señor Peerless. Una de dos: o mi explicación o su cerebro fallan; no voy a insistir en determinar cuál de los dos. Soy perfectamente consciente de los límites de las perforaciones artesianas, y es bastante improbable que hubiera gastado millones de libras en mi colosal túnel si hubiese podido satisfacer mis necesidades con una perforación de seis pulgadas. Lo único que le pido es que prepare una barrena lo más afilada posible, que no tenga más de cien pies de longitud, y que funcione con un motor eléctrico. Por ejemplo, una barrena normal de percusión controlada por un peso cumpliría todos los requisitos…

—¿Por qué con motor eléctrico?

—Mire, señor Jones, yo no estoy aquí para dar explicaciones, sino para impartir órdenes. Antes de que terminemos puede ocurrir, y he dicho *puede* ocurrir, que su vida dependa del hecho de que la barrena pueda accionarse mediante electricidada cierta distancia. Supongo que puede hacerse, ¿no?

—Por supuesto que sí.

—Entonces, dispóngalo todo. Todavía no ha llegado el momento en que se necesite su presencia, pero puede ir haciendo los preparativos. No tengo nada más que decir.

—Pero es fundamental —protesté yo— que me informe del tipo de suelo que tendrá que perforar la barrena. La arena, la arcilla y la creta reciben tratamientos diferentes.

—Digamos que es como gelatina —dijo Challenger—. Sí, de momento supondremos que tiene usted que hundir su taladro en gelatina. Y ahora, señor Jones, debo pensar en asuntos de cierta importancia, así que le deseo que tenga un buen día. Puede usted redactar un contrato formal en el que se mencionen sus honorarios para mi jefe de obra.

Hice una inclinación y di media vuelta, pero antes de haber alcanzado la puerta me venció la curiosidad. El profesor ya estaba escribiendo con furia con una pluma de ave que rascaba el papel, y alzó la mirada de malos modos cuando le interrumpí.

—Y bien, caballero, ¿qué desea ahora? Pensaba que ya se había marchado.

—Solamente quería preguntarle, caballero, ¿cuál es el objeto de un experimento tan extraordinario?

—¡Fuera, caballero, fuera! —gritó de mal humor—. Eleve su mente por encima de las bajas necesidades mercantiles y utilitarias del comercio. Sacúdase sus viles criterios comerciales. La ciencia busca el conocimiento. Debemos seguir persiguiéndolo sin importarnos dónde nos conduzca. Saber de una vez por todas lo que somos, por qué somos, dónde estamos, ¿no le parece de por sí la más grande de las aspiraciones humanas? ¡Fuera, caballero, fuera!

Su enorme cabeza morena se confundió con la barba al volver a inclinarla sobre sus papeles. La pluma de ave chirriaba chillonamente más que nunca. De modo que dejé a aquel hombre increíble con la cabeza dándome vueltas al pensar en el extravagante asunto en el que de pronto me encontraba asociado a él.

Cuando regresé a mi oficina encontré a Ted Malone esperando con una amplia sonrisa, ansioso por conocer el resultado de la entrevista.

—¡Y bien! —exclamó—. ¿No es lo peor? ¿No ha habido violencia física? Has debido tratarle con mucha diplomacia. ¿Qué te parece el viejo?

—Es el hombre más irritante, insolente, intolerante y terco con el que me he topado en la vida, pero…

—¡Exacto! —exclamó Malone—. Todos tenemos ese «pero». Por supuesto, es todo lo que estás diciendo y mucho más, pero uno tiene la sensación de que un hombre tan importante no debe medirse con nuestra escala y que a él podemos aguantarle lo que no aguantaríamos a ningún otro mortal. ¿No es así?

—Bueno, todavía no le conozco lo suficiente como para decirlo, pero reconozco que si no se trata de un megalómano intimidante, y si lo que dice es verdad, entonces verdaderamente es un ser superior. Pero ¿es verdad?

—Claro que es verdad. Challenger siempre cumple lo prometido. Vamos a ver, ¿qué sabes exactamente? ¿Te ha hablado de Hengist Down?

—Sí, más o menos por encima.

—En ese caso te diré que se trata de un asunto colosal tanto en su concepción como en su ejecución. Odia a los periodistas, pero en mí confía, porque sabe que solo publico lo que él autoriza. Por eso conozco sus planes, o parte de sus planes. Es un tipo tan profundo que con él nunca se sabe cuándo se ha llegado al fondo. De todas formas, sé lo suficiente como para asegurarte que el proyecto de Hengist Down es factible y está casi terminado. Lo mejor que puedes hacer ahora es limitarte a esperar los acontecimientos y, mientras tanto, ir preparando todo tu equipo. Muy pronto sabrás de él o de mí.

En efecto, fue el mismo Malone quien se puso en contacto conmigo. Al cabo de varias semanas se pasó por mi oficina muy temprano, como portador de un mensaje.

—Vengo de parte de Challenger —dijo.

—Eres como el pez piloto[10] del tiburón.

—Me enorgullece hacer cualquier cosa por él. Ese hombre es una verdadera maravilla. Lo ha hecho muy bien. Ahora te toca a ti, y después todo estará listo para alzar el telón.

—Bueno, no lo creeré hasta que lo vea, pero lo tengo todo preparado y cargado en un camión. Puedo ponerme en camino ya mismo.

—Entonces, sal de inmediato. Te he recomendado mucho como hombre enérgico y puntual; así que procura no dejarme mal. Mientras tanto, ven conmigo en el tren y te diré lo que tienes que hacer.

Era una deliciosa mañana de primavera, el 22 de mayo, para ser exactos, cuando emprendimos aquel decisivo viaje que me llevaría a un escenario destinado a ser histórico. Por el camino, Malone me entregó una nota de Challenger con mis instrucciones.

> Señor:
>
> A su llegada a Hengist Down se pondrá usted a disposición del señor Barforth, el ingeniero jefe, que está al corriente de mis planes. Mi joven amigo Malone, portador de este mensaje, también está en contacto conmigo y me evita los encuentros personales. A estas alturas hemos experimentado ciertos fenómenos en el pozo, a partir del nivel de catorce mil pies y por debajo del mismo, que confirman plenamente mis opiniones en cuanto a la naturaleza del planeta, pero es necesaria una prueba más sensacional si quiero causar alguna impresión en la aletargada inteligencia del mundo científico moderno. Usted está destinado a realizar esa prueba, y ellos serán los testigos. Cuando vaya descendiendo por los ascensores, observará, suponiendo que tenga usted la rara cualidad de la observación, que pasa uno tras otro los lechos de creta secundarios, depósitos de carbón, algunos indicios devónicos y cámbricos[11], y finalmente granito, que ocupa la mayor parte de nuestro túnel. Ahora el fondo se encuentra cubierto con láminas de alquitrán. Le ordeno que no las toque, pues, si se manipula con torpeza la sensible cutícula interna, podrían producirse resultados prematuros. Siguiendo mis instrucciones, se han colocado dos fuertes vigas que atraviesan el pozo a una altura de veinte pies por encima del fondo, con un espacio de separación entre ambas. Este espacio servirá para sujetar su tubo

artesiano. Bastará con cincuenta pies de barrena, veinte de los cuales sobresaldrán por debajo de las vigas, de manera que la punta de barrena se acerque a la capa de alquitrán. Si aprecia en algo su vida, no permita que caiga más abajo. Entonces, treinta pies sobresaldrán por encima de las vigas, y cuando la suelte, podemos estar seguros de que por lo menos cuarenta pies de la barrena se hundirán en la sustancia de la tierra. Como esta sustancia es muy blanda, yo creo que probablemente no necesitará fuerza motriz, y que será suficiente con soltar el tubo por su propio peso para introducirlo en la capa que hemos dejado al descubierto. A mi entender, estas instrucciones bastan para una inteligencia normal, pero tengo la ligera sospecha de que usted necesitará más, en cuyo caso puede pedírmelas a través de nuestro joven amigo Malone.

George Edward CHALLENGER.

Como es de imaginar, cuando llegamos a la estación de Storrington, cerca de las laderas septentrionales de los South Downs[12] yo me hallaba en un estado de considerable tensión nerviosa. Nos esperaba un viejo landó Vauxhall treinta para conducirnos a trompicones durante seis o siete millas por caminos de circunvalación y veredas que, a pesar de hallarse muy retirados, tenían profundas rodadas y mostraban todos los indicios de haber soportado un tráfico pesado. Había un camión estropeado volcado sobre la hierba que demostraba que para los demás había sido un terreno tan escabroso como para nosotros. Vimos también una pieza de maquinaria que parecían las válvulas y el pistón de una bomba hidráulica, toda oxidada, sobresaliendo de una mata de aliagas[13].

—Eso es cosa de Challenger —me comentó Malone con una sonrisa—. Dijo que se salía de lo calculado una décima de pulgada, de manera que lo dejó simplemente al borde del camino.

—Y sin duda tendría un pleito después.

—¡Un pleito! Mi querido amigo, haría falta un tribunal dedicado exclusivamente a nosotros. Tenemos pleitos suficientes como para mantener ocupado a un juez durante un año entero. Y también al gobierno. A ese viejo diablo le trae sin cuidado todo el mundo. El Rey contra George Challenger y George Challenger contra el Rey. Tendrían que estar danzando los dos de un tribunal a otro. Bueno, ya hemos llegado. ¡Muy bien, Jenkings, puede dejarnos pasar!

Un hombretón con llamativas orejas de boxeador se asomó al interior del coche con cara de desconfianza. Cuando reconoció a mi acompañante pareció tranquilizarse y sonrió.

—De acuerdo, señor Malone. Pensé que eran los de la Prensa Asociada Americana.

—Ah, no nos quitan la vista de encima, ¿verdad?

—Hoy son estos, y ayer eran los del *Times*. Oh, no hacen más que merodear. ¡Fíjese en eso! —dijo señalando un punto distante en el horizonte —. ¿Ve ese destello? Es el telescopio del *Daily Nexus* de Chicago. Sí, ahora están encima de nosotros más que nunca. Los he visto en fila, como cuervos, desde aquel alto.

—¡Pobres desgraciados! —exclamó Malone mientras entrábamos por una puerta que se abría en una formidable valla de espino—. Soy uno de ellos, y sé lo que se siente.

En aquel momento oímos un lastimero quejido por detrás de nosotros:

—¡Malone! ¡Ted Malone!

Quien así gritaba era un hombrecillo gordo que acababa de llegar en motocicleta y que en ese momento trataba de soltarse de las férreas garras del portero.

—¡Vamos, suélteme! —farfulló—. ¡No me toque! Malone, llama a este gorila.

—¡Suéltale, Jenkings! ¡Es amigo mío! —gritó Malone—. Y bien, viejo zorro, ¿qué quieres? ¿Qué buscas aquí? Tu guarida está en Fleet Street y no en los campos de Sussex.

—Sabes perfectamente lo que estoy buscando —dijo nuestro visitante—. Me han encargado un reportaje sobre Hengist Down y no puedo regresar sin el articulo.

—Lo siento, Roy, pero no vas a poder obtener nada de aquí. Tendrás que quedarte al otro lado de la alambrada. Si quieres algo más, debes acudir al profesor Challenger y pedirle permiso.

—Ya he estado —dijo el periodista tristemente—. He ido esta mañana.

—Y bien, ¿qué te ha dicho?

—Que iba a tirarme por la ventana.

Malone se echo a reír.

—¿Y tú qué le has contestado?

—«¿Le pasa algo a la puerta?», y desaparecí a través de ella para demostrarle que no le pasaba nada. No era momento de ponerse a discutir. Simplemente me marché. Después de ver a esa especie de toro asirio barbado en Londres y a esta bestia que acaba de estropearme el celuloide nuevo, empiezo a tener la sensación de que últimamente andas en compañías un tanto extrañas, Ted Malone.

—No puedo hacer nada por ti, Roy. Te ayudaría si pudiera. En Fleet Street se dice que nadie ha podido nunca contigo, pero me parece que esta vez

estás en un aprieto. Vuelve a la oficina y, si esperas unos días, te daré las noticias en cuanto el viejo me lo permita.

—¿No hay ninguna posibilidad de entrar?

—Ni la más mínima.

—¿El dinero no servirá de nada?

—Deberías saber que eso no merece la pena ni mencionarlo.

—Todo el mundo dice que se trata de un atajo a Nueva Zelanda.

—Si te empeñas en entrar encontrarás un atajo al hospital, Roy. Y ahora, adiós. Tenemos trabajo que hacer.

—Era Roy Perkins, el corresponsal de guerra —me dijo Malone mientras cruzábamos el recinto—. Hemos echado abajo su reputación, porque se supone que es invencible. Con su carita regordeta e inocente consigue todo lo que quiere. Hemos sido compañeros de trabajo. Eso de ahí —señaló un grupo de agradables chalés con tejado rojo— son las viviendas de los hombres, un grupo escogido de espléndidos trabajadores a los que se paga más de lo normal. Tienen que ser solteros y abstemios, y jurar que mantendrán silencio. Creo que hasta ahora no ha habido ninguna filtración. Ese terreno de ahí es el campo de fútbol, y en esa casa separada están la biblioteca y el salón de recreo. Ese viejo es todo un organizador, te lo digo yo. Aquí está el señor Barforth, el ingeniero jefe.

Ante nosotros apareció un hombre alto, delgado, de aspecto melancólico, con el rostro surcado por profundas arrugas de preocupación.

—Supongo que usted es el ingeniero artesiano —dijo con voz lúgubre—. Me han ordenado que le espere. Me alegro de que haya venido, pues no me importa decirle que esta responsabilidad está acabando con mis nervios. Nos matamos a trabajar, y nunca sé si lo siguiente que nos encontraremos será una efusión de agua de creta, una veta de carbón, un chorro de petróleo o quizá una lengua de fuego del infierno. Hasta ahora no nos hemos topado con esto último, pero por lo que parece, a lo mejor es usted quien hace la última conexión.

—¿Tanto calor hace ahí abajo?

—Bueno, hace calor. Eso no se puede negar. Y, sin embargo, quizá no hace más calor de lo normal, teniendo en cuenta la presión barométrica y lo reducido del espacio. Naturalmente, la ventilación es malísima. Bombeamos aire hasta abajo, pero los hombres no pueden hacer turnos de más de dos horas, y eso que son tipos serviciales. El profesor estuvo ayer abajo y quedó muy complacido con todo. Lo mejor será que almuerce con nosotros, y luego lo verá con sus propios ojos.

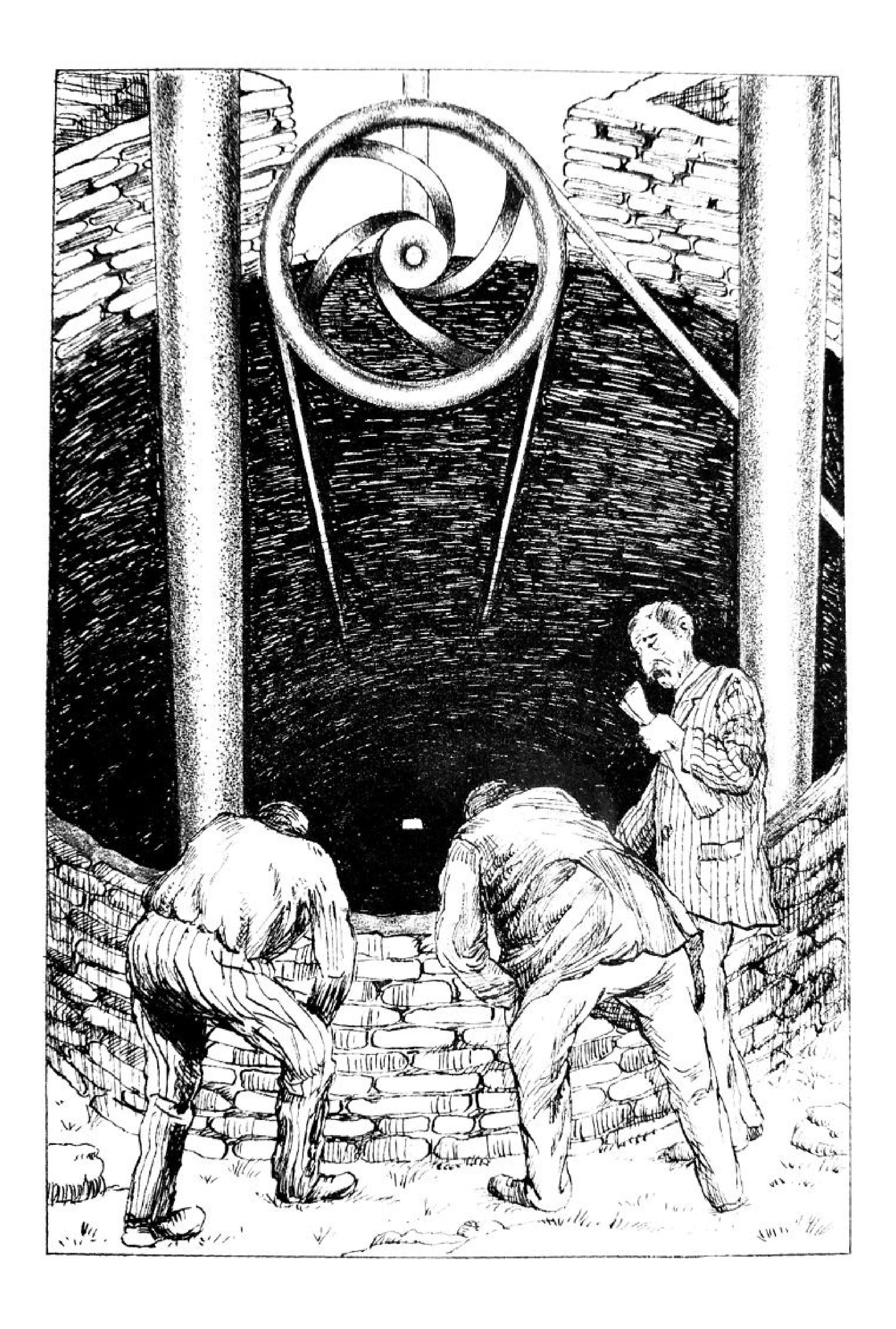
Después de una comida apresurada y frugal, el ingeniero nos enseñó con gran entusiasmo el contenido de su sala de máquinas, así como un variopinto montón de desechos de herramientas abandonadas esparcidas por la hierba. A un lado había una enorme excavadora hidráulica Arrol desmontada, que se había destrozado en seguida al hacer las primeras excavaciones. Junto a ella había una gran máquina que hacía girar un cable continuo de acero en el que estaban sujetas las cestas que iban subiendo los escombros por plataformas sucesivas desde el fondo del pozo. En la central de energía había varias turbinas Escher Wvss, de muchos caballos de potencia girando a ciento cuarenta revoluciones por minuto y que alimentaban los acumuladores eléctricos para producir una presión de cuatrocientas libras por pulgada cuadrada, que pasaba por unos tubos de tres pulgadas a través del pozo y hacían funcionar cuatro taladradoras de roca con cortadoras huecas tipo Brandt. Junto a la sala de máquinas estaba la central eléctrica, que proporcionaba energía para una instalación eléctrica muy grande, y junto a ella había otra turbina de más de doscientos caballos de potencia que movía un ventilador de diez pies, que impulsaba el aire por un tuvo de doce pulgadas hasta el fondo de la obra. Todas estas maravillas me fueron mostradas por su orgulloso propietario con todo lujo de explicaciones técnicas, que estuvieron a punto de matarme de aburrimiento, como me figuro que le habrá ocurrido a mi lector. Sin embargo, se produjo una agradable interrupción cuando oí el ruido de un vehículo y me alegré al ver mi camión Levland de tres toneladas, cargado con mis herramientas y tramos de tuberías, balanceándose y avanzando a trompicones por la hierba. En la parte delantera iban mi capataz, Peters, y un ayudante sumamente mugriento. Ambos se pusieron de inmediato a la tarea de descargar mi material y llevarlo adentro. Mientras ellos se quedaban trabajando, Malone, el jefe y yo nos acercamos al pozo.

Era un lugar maravilloso, de escala mucho mayor de lo que yo había imaginado. Los terraplenes de las miles de toneladas de material extraído formaban una gran herradura a su alrededor, que alcanzaba las proporciones de una colina de considerable envergadura. En la concavidad de esta herradura, compuesta de creta, carbón y granito, se levantaba un manojo de pilares de hierro y ruedas desde los que se manejaban las bombas y los ascensores. Estaban conectados con el edificio de ladrillo que albergaba la central eléctrica, situado en la cavidad de la herradura. Más allá se abría la boca del pozo, un gigantesco foso, de entre treinta y cuarenta pies de diámetro, revestido y cubierto de ladrillos y cemento. Cuando incliné la cabeza para asomarme a aquel abismo digno de espanto, que según me habían

asegurado tenía ocho millas de profundidad, mi mente quedó aturdida al tratar de medir lo que aquello representaba. La luz del sol caía diagonalmente sobre su boca, y lo único que podía ver eran algunos cientos de yardas de creta blanca sucia, enladrillados aquí y allá donde la superficie parecía inestable. Sin embargo, en el mismo momento en que miraba, me pareció ver a lo lejos, muy abajo, en la oscuridad, un pequeño resplandor, el punto más pequeño que pueda imaginarse, pero no obstante claro y firme contra el fondo negro.

—¿Qué es esa luz? —pregunté.

Malone se inclinó a mi lado sobre el parapeto.



—Es una de las cabinas, que está subiendo —me dijo—. Resulta asombroso, ¿verdad? Se encuentra a una milla más o menos de nosotros, y ese débil resplandor es una potente lámpara de arco[14]. Sube muy rápido; estará aquí dentro de unos minutos.

Efectivamente, el punto de luz fue haciéndose cada vez más grande, hasta que inundó el pozo con su resplandor plateado y tuve que apartar los ojos de su brillo cegador. Un momento después, la cabina de acero llegó, dando un golpe, al muelle, y cuatro hombres salieron de ella a gatas y pasaron a la entrada.

—Son casi todos los que estaban dentro —me explicó Malone—. No es ninguna broma hacer un turno de dos horas a esa profundidad. Bueno, tenemos parte de tu material aquí. Creo que lo mejor será bajar. Así podrás juzgar la situación por ti mismo.

Me condujo hacia un anexo que había junto a la sala de máquinas. En la pared había colgados varios trajes holgados de un material sumamente fino. Siguiendo el ejemplo de Malone, me desnudé completamente y me puse uno de los trajes, así como un par de zapatillas de suela de goma. Malone terminó antes que yo y salió del vestuario. Un momento después, oí un ruido semejante a diez combates aéreos simultáneos. Salí apresuradamente y encontré a mi amigo rodando por el suelo rodeando con los brazos al obrero que había estado ayudando a apilar mis tubos artesianos. Intentaba arrancarle algo que el otro sujetaba con suma desesperación. Pero Malone era más fuerte que él; consiguió arrebatarle el objeto de la mano y se puso a patear encima hasta que quedó hecho pedazos. Solo entonces me di cuenta de que se trataba de una cámara fotográfica. Mi artesiano de rostro mugriento se levantó tristemente del suelo.

—¡Maldita sea, Ted Malone! —gritó—. Era una máquina nueva de diez guineas.

—No he tenido más remedio, Roy. Te he visto hacer la foto, así que no me quedaba otra elección.

—¿Cómo diablos se ha metido entre mis herramientas? —le pregunté con indignación totalmente justificada.

El pillo hizo un guiño y sonrió.

—Siempre hay formas y medios —dijo—. Pero no culpe a su capataz. Creyó que se trataba de una broma. Me cambié la ropa con su ayudante, y entré.

—Pues ahora vas a salir —dijo Malone—. De nada va a servirte discutir, Roy. Si Challenger estuviera aquí, te echaría a los perros. Yo también me he

visto en situaciones de este tipo, así que no seré duro, pero soy el perro guardián de este sitio, y además de ladrar sé morder. ¡Vamos! ¡Largo de aquí!

Así que nuestro emprendedor visitante salió del recinto escoltado por dos sonrientes trabajadores. Ahora comprenderá por fin el público cuál fue la génesis de aquel estupendo artículo de cuatro columnas titulado «El sueño de la locura de un científico», con el subtítulo «En línea recta hasta Australia», que apareció en *The Adviser* algunos días más tarde y que llevó a Challenger al borde de la apoplejía y al director de *The Adviser* a la entrevista más desagradable y peligrosa de su vida. El artículo era un relato exagerado y de tono subido de la aventura de Roy Perkins, «nuestro experto corresponsal de guerra», y contenía pasajes tan sabrosos como los siguientes: «ese hirsuto matón de Enmore Gardens», «un recinto guardado con alambradas de espino, y sabuesos», y para terminar, «dos matones me apartaron a rastras del borde del túnel angloaustraliano; uno de ellos, el más violento, es un "aprendiz de todo y maestro de nada" a quien conozco de vista, y es un parásito de la profesión periodística, mientras que el otro, un tipo siniestro ataviado con unos extraños ropajes tropicales, se hacía pasar por un ingeniero artesiano, aunque por su aspecto más bien parecía un tipo sacado de Whitechapel[15]». Después de ponernos así, el bribón hacía una elaborada descripción de raíles en la boca del foso y de una excavación en zigzag, a través de la cual unos trenes funiculares se abrían paso hacia el interior de la tierra. La única incomodidad práctica debida al artículo fue que aumentó notablemente la hilera de gandules que permanecían sentados en los South Downs a la espera de que ocurriese algo. Llegaría el día en que ocurriría de verdad y en que ellos desearían haber estado en otro sitio.

Mi capataz y su falso ayudante habían esparcido por el lugar todos mis aparatos: las barrenas, los rodillos, los taladros en forma de uve, los jalones y la pesa, pero Malone insistió en que dejáramos todo aquello y que descendiéramos al nivel inferior. Por tanto, entramos en la cabina, con rejas de acero, y en compañía del ingeniero en jefe nos adentramos velozmente en las entrañas de la Tierra. Había una serie de ascensores automáticos, cada uno de ellos con su propia estación de mando excavada a un lado del pozo. Se movían a gran velocidad, y la experiencia se asemejaba más a un vertiginoso trayecto vertical en ferrocarril que a una lenta bajada en ascensor tradicional.

Como la cabina estaba enrejada y brillantemente iluminada, teníamos una visión clara de los estratos por los que íbamos pasando. Había creta inferior amarillenta, lechos de hastingsita de color café, lechos de *ashburnham*[16] más ligeros, arcillas carboníferas oscuras, y después, relucientes a la luz eléctrica,

franjas y franjas de centelleante carbón negro como el azabache que alternaban con los anillos de arcilla. Aquí y allá se habían insertado ladrillos, pero por lo general, el pozo se sustentaba por sí mismo, y uno no podía dejar de maravillarse de la inmensa labor y la habilidad mecánica que representaba. Por debajo de los lechos de carbón, adiviné algunos estratos mezclados con aspecto parecido al hormigón, y después nos adentramos dentro del granito primitivo, en el que brillaban y relucían los cristales de cuarzo como si las oscuras paredes estuvieran salpicadas de polvo de diamante. Bajamos y bajamos, más allá de donde nunca antes habían penetrado los humanos. Las rocas arcaicas presentaban maravillosas variaciones de color. Nunca podré olvidar un ancho cinturón de feldespato de color rosa, que brilló con una belleza sobrenatural ante nuestras potentes lámparas. Plataforma tras plataforma, y ascensor tras ascensor, el aire era cada vez más denso y caliente, hasta que llegó un momento en que incluso los trajes ligerísimos que llevábamos se hicieron intolerables y nuestro sudor chorreada hasta las zapatillas de suela de goma. Por fin, precisamente cuando empezaba a pensar que no podría soportarlo más, el último ascensor se detuvo y salimos a una plataforma circular que estaba cortada en la roca. Advertí que al salir Malone lanzaba una mirada curiosamente recelosa a los muros que nos rodeaban. De no haber sabido que era uno de los hombres más valientes que conozco, habría pensado que estaba sumamente nervioso.

—Tiene un aspecto extraño —dijo el ingeniero jefe, mientras pasaba la mano por la sección de roca más cercana. Acercó la luz y pudimos ver que lo que relucía era una curiosa espuma viscosa—. Aquí abajo ha habido estremecimientos y temblores. Yo no sé con qué nos estamos enfrentando. El profesor parece satisfecho, pero para mí todo es nuevo.

—Estoy seguro de haber visto que ese muro temblaba —dijo Malone—. La última vez que estuve aquí abajo fijamos esas dos vigas transversales para tu barrena y, cuando taladramos las paredes para poner los soportes, se estremecía cada vez que dábamos un golpe. La teoría del viejo parecía absurda en la densa y vetusta ciudad de Londres, pero aquí abajo, a ocho millas de la superficie, ya no estoy tan seguro.

—Si viera lo que había debajo del alquitrán, lo estaría todavía menos —dijo el ingeniero—. Toda esta roca inferior se corta como si fuera queso. Cuando la atravesamos, llegamos a una formación nueva, diferente a todo lo que he visto en este mundo. «¡Cúbrala! ¡No la toque!», me dijo el profesor. De manera que, siguiendo sus instrucciones, la alquitranamos, y ahí esta.

—¿No podemos echar un vistazo?

El rostro lúgubre del ingeniero se contrajo de miedo.

—Desobedecer al profesor no es ninguna broma —dijo—. Y por otro lado, es tan endiabladamente astuto, que uno nunca sabe cómo te va a controlar. De todos modos, nos arriesgaremos y echaremos un vistazo.

Giró nuestra lámpara de manera que la luz cayera sobre el negro alquitrán. Luego se inclino, agarró una cuerda que estaba unida al extremo de la capa, y destapó media docena de yardas cuadradas de la superficie que había debajo.

Fue una visión sumamente extraordinaria y aterradora. El suelo estaba formado por una especie de material grisáceo, satinado y brillante, que ascendía y descendía agitado por una lenta palpitación. Los latidos no eran continuos, pero se asemejaban a una suave onda rítmica que se extendía por la superficie. Esta superficie no era completamente homogénea en sí, pues por debajo de ella, como a través de un cristal deslustrado, se veían manchas blanquecinas o vacuolas, que variaban constantemente tanto en la forma como en el tamaño. Los tres nos quedamos embelesados contemplando aquella extraordinaria imagen.

—Tiene un aspecto similar al de un animal con piel —dijo Malone con un susurro sobrecogido—. Es posible que el viejo no ande tan descarriado con su dichoso equino.

—¡Cielo santo! —grité—. ¿Voy a tener que clavar un arpón en esta bestia?

—Es un privilegio para ti, hijo mío —dijo Malone—, y, aunque parezca mentira, a no ser que quiera perdérmelo, yo estaré a tu lado cuando lo hagas.

—Afortunadamente, yo no estaré —dijo el ingeniero en jefe con tono decidido—. Si algo he tenido claro en mi vida, es eso. Y si el viejo insiste, renunciaré. ¡Dios santo, miren eso!

La superficie gris se movió repentinamente hacia arriba, brotando hacia nosotros como una ola vista desde lo alto de un buque. Luego remitió y continuaron igual que antes los débiles movimientos y latidos. Barforth soltó la cuerda y volvió a colocar la tapa de alquitrán.

—Casi parece que sabe que estamos aquí —dijo.

—¿Y por qué se habrá lanzado hacia nosotros de esa manera? Quizá la luz le ha causado algún tipo de efecto.

—¿Qué debo hacer ahora? —pregunté yo.

El señor Barforth señaló dos vigas que cruzaban el foso justo por debajo del lugar de parada del ascensor. Había una separación de unas nueve pulgadas entre ambas.

—Esto ha sido idea del viejo —dijo—. Creo que podría haberlas fijado mejor, pero discutir con él es como tratar con un búfalo furioso. Lo más fácil y seguro es hacer exactamente lo que dice. Mantiene que usted debe utilizar su barrena de seis pulgadas sujetándola de alguna manera entre estos soportes.

—Bueno, no creo que sea difícil —respondí—. Empezaré a trabajar desde hoy mismo.

Aquello fue, como es de imaginar, la experiencia más extraordinaria de mi muy variada vida, que me ha llevado a excavar en todos los continentes de la Tierra. Como el profesor Challeger había insistido tanto en que la operación se realizara a distancia, y yo empezaba a darme cuenta de que su argumento estaba más que justificado, tuve que idear un método de control eléctrico, lo cual fue bastante fácil, puesto que el foso tenía cables que lo recorrían de arriba abajo. Con cuidado infinito, mi capataz Peters y yo bajamos nuestras tuberías y las amontonamos en la plataforma rocosa. Luego elevamos el ascensor inferior para hacernos espacio. Como pensábamos utilizar el sistema de percusión, puesto que no habría sido conveniente confiar totalmente en la gravedad, colgamos nuestra pesa de cien libras en una polea por debajo del ascensor, y colocamos nuestros tubos debajo de aquel con un extremo en forma de uve. Finalmente, aseguramos la cuerda que sostenía la pesa a un lado, de tal manera que se soltara con una descarga eléctrica. Fue un trabajo delicado y difícil, que tuvimos que realizar con un calor casi tropical, y con la sensación siempre presente de que un resbalón o la caída de una herramienta sobre el alquitrán que teníamos debajo podía producir alguna catástrofe inconcebible. También nos sobrecogía lo que nos rodeaba. Varias veces vi cómo los muros se estremecían y temblaban de un modo extraño, e incluso llegué a sentir con las manos un débil latido mientras los tocaba. Ni Peters ni yo estábamos muy apesadumbrados cuando dijimos por última vez que ya estábamos listos para subir a la superficie e informamos al señor Barforth de que el profesor Challenger podía realizar su experimento en cuanto quisiera.

Y no tuvimos que esperar mucho. Solo habían pasado tres días desde que habíamos terminado, cuando me llegó la notificación.

Se trataba de una tarjeta de invitación normal, como las que se utilizan para las recepciones en casa, y decía lo siguiente:

Profesor G. E. Challenger
FRS, MD, DSc, etc.[17]
(expresidente del Instituto Zoológico y poseedor de tantas menciones y nombramientos honoríficos que sobrepasan la capacidad de esta tarjeta) solicita la presencia del señor Jones (sin pareja)
a las 11:30 del martes 21 de junio, para presenciar un singular triunfo de la mente sobre la materia

en
Hengist Down, Sussex
Tren especial en Victoria, a las 10:05. Los pasajeros pagarán el importe de su billete.
Dependiendo de las circunstancias, se ofrecerá o no almuerzo después. Estación de Storrington.
RSVP[18] (y de inmediato, con el nombre en letras de molde), 14 (bis), Enmore Gardens, S.W.

Me enteré de que Malone acababa de recibir una misiva similar, que le había hecho reír de buena gana.

—Es una simple fantasmada que nos lo envíe a nosotros —dijo—. Tenemos que estar allí ocurra lo que ocurra, como le dijo el verdugo al asesino. Pero te diré que Londres hierve de excitación con esta noticia. El viejo está donde le gusta, en el candelero, con todos los focos apuntando hacia su cabeza peluda.

Y así, llegó por fin el gran día. Personalmente, pensé que lo mejor sería llegar la noche anterior para asegurarme e que todo estaba en orden. Nuestro taladro estaba colocado en posición, la pesa regulada, los enchufes eléctricos podían conectarse fácilmente, y yo me sentía satisfecho de que mi tarea en aquel extraño experimento pudiera llevarse a cabo sin ningún tropiezo. Los mandos eléctricos se accionaban desde un punto situado a unas quinientas yardas de la boca del pozo para reducir al máximo cualquier riesgo personal. La mañana señalada, era un día esplendido de verano inglés, llegué al lugar con la mente tranquila, y subí hasta mitad de camino de la ladera de la colina para tener una visión general de la situación.

Parecía que todo el mundo acudía a Hengist Down. Hasta donde alcanzaba nuestra vista, los caminos estaban atestados de gente. Los automóviles avanzaban a trompicones balanceándose camino abajo, y sus ocupantes se bajaban en la puerta del recinto. La mayoría tenía que pararse allí. Había un nutrido grupo de conserjes en la entrada, y, ni promesas ni sobornos, tan solo con la presentación de las codiciadas entradas de color marrón, se podía pasar adentro. Por esta razón, se dispersaron y se unieron a la vasta multitud que empezaba ya a amontonarse en la ladera de la colina, cuya cima estaba cubierta por una densa masa de espectadores. Aquello estaba como las colinas de Epsom el día del derbi[19]. Dentro del recinto había varias zonas valladas, y los pocos privilegiados eran conducidos al sitio determinado que les había sido asignado. Había uno para los pares, otro para los miembros de la Cámara de los Comunes, y otro para los directores de sociedades culturales y los hombres de fama del mundo científico, entre los que se hallaban Le Pellier, de la Sorbona, y el doctor Driesinger, de la Academia de Berlín. Se había instalado aparte un recinto especial, cerrado

con sacos de arena y un tejado ondulado metálico, para tres miembros de la familia real.

A las once y cuarto, llegaron de la estación una serie de autocares con los invitados distinguidos, y yo bajé al recinto para asistir a la recepción. El profesor Challenger estaba de pie junto al recinto especial, luciendo una levita, chaleco blanco y bruñida chistera, con una expresión que era una mezcla de benevolencia abrumadora y casi insultante y el más portentoso engreimiento que pueda imaginarse. «Una típica víctima del complejo de Jehová», como uno de sus críticos le describió. Ayudó a conducir, y en algún caso a empujar, a los invitados a sus asientos, y luego, una vez reunida la élite de los asistentes a su alrededor, se instaló en lo alto de un montículo y miró a su alrededor con el aire de un presidente que espera un aplauso de recibimiento. Como el aplauso no llegó, atacó inmediatamente la materia, con una voz que retumbaba hasta los últimos confines del recinto.

—Caballeros —dijo a gritos—, pues en esta ocasión no hay necesidad de incluir a las damas. Les aseguro que no es por falta de aprecio por lo que no las he invitado a estar aquí presentes con nosotros esta mañana, pues debo decir —añadió con su peculiar socarronería disfrazada de fingida modestia— que las relaciones entre nosotros han sido siempre excelentes por ambas partes, y ciertamente íntimas. El verdadero motivo es que nuestro experimento conlleva un cierto peligro, aunque no lo bastante como para justificar la expresión descompuesta que adivino en muchos de sus rostros. Interesará saber a los miembros de la prensa que he reservado asientos especiales para ellos encima de los terraplenes de escombros que dominan de cerca el escenario de la operación. Ellos han demostrado un interés por mis asuntos que a veces se ha confundido con la impertinencia, y al menos en esta ocasión no pueden quejarse de que haya sido remiso a la hora de considerar su comodidad. Si nada ocurre, lo cual es siempre posible, por lo menos habré hecho todo lo que he podido por ellos. Si, por otro lado, algo llega a ocurrir, se encontrarán en una situación excelente para experimentarlo y registrarlo, en el caso de que estén verdaderamente a la altura de la situación. Como ustedes en seguida comprenderán, resulta imposible para un hombre de ciencia explicar al vulgo, dicho sea con todo el respeto, las diversas razones de sus conclusiones y de sus actos. Me parece escuchar algunas interrupciones descorteses, y rogaré al caballero de las gafas de concha que deje de agitar su paraguas. (*Una voz: «Su descripción de los invitados, caballero, es sumamente insultante»*). Posiblemente sea lo de vulgo lo que ha molestado al caballero. Digamos, entonces, que mis espectadores constituyen

un vulgo poco común. No vamos a hacer objeciones a cada una de las frases. Estaba a punto de decir, antes de ser interrumpido por ese indecoroso comentario, que todo este asunto está prolija y lúcidamente explicado en mi próxima obra sobre la Tierra, que calificaré, con toda la modestia debida, como uno de los libros que harán época en la historia del mundo. (*Interrupción general y gritos de «¡Vaya al grano!». «¿Para qué estamos aquí?». «¿Es que esto es una broma pesada?»*). Estaba a punto de aclarar ese punto, pero si se produce alguna otra interrupción, me veré obligado a tomar medidas para preservar el decoro y el orden, cuya carencia es tan dolorosamente obvia. La situación es, pues, que he excavado un pozo que atraviesa la corteza terrestre y estoy a punto de probar el efecto de un vigoroso estímulo de su corteza sensible, operación delicada que será llevada a cabo por mis subordinados, el señor Peerless Jones, un supuesto experto en perforaciones artesianas, y el señor Edward Malone, que me representa en esta ocasión. Pincharemos la sustancia expuesta y sensible, y sobre cuál será su reacción solo tenemos conjeturas. Si son tan amables de ocupar sus asientos, estos dos caballeros descenderán al foso y realizarán los ajustes finales. A continuación, yo apretaré el botón eléctrico que hay sobre esta mesa y el experimento se habrá completado.

Normalmente, después de una de las arengas de Challenger, la audiencia se sentía como si, al igual que la Tierra, su epidermis protectora hubiera sido atravesada y sus nervios hubieran quedado al descubierto. Aquella asamblea no constituía una excepción, pues hubo un apagado murmullo de críticas y protestas mientras cada uno volvía a su asiento. Challenger se quedó solo, sentado en lo alto del terraplén, con su mesita al lado, su cabellera y su barba negra vibrantes de emoción. Su aspecto era verdaderamente portentoso. No obstante, ni Malone ni yo pudimos admirar la escena, puesto que tuvimos que salir apresuradamente para realizar nuestra extraordinaria misión. Veinte minutos más tarde nos hallábamos en el fondo del pozo, y habíamos retirado el alquitrán de la superficie dejada al descubierto.

La visión que teníamos ante nosotros era asombrosa. En virtud de alguna extraña telepatía cósmica, daba la impresión de que el planeta sabía que estaban a punto de tomarse con él una libertad inaudita. La superficie expuesta parecía una olla hirviendo. Grandes burbujas rojas se elevaban y estallaban produciendo un borboteo. Los huecos de aire y las vacuolas de debajo de la piel se dividían y fundían con febril actividad. Las ondas transversales tenían un ritmo más fuerte y rápido que antes. Parecía que un fluido de un color púrpura oscuro pulsaba en la tortuosa anastomosis[20] de

canales que se extendía bajo la superficie. El pulso de la vida estaba presente en todo ello. Un olor sofocante hacía el aire apenas soportable para los pulmones humanos.

Tenía yo la mirada fija en aquel extraño espectáculo, cuando Malone, que se encontraba muy cerca de mí, me apretó de pronto el brazo con gesto alarmado.

—¡Dios mío, Jones! —gritó—. ¡Mira eso!

Eché una mirada, y al instante solté la conexión eléctrica y me lancé de un salto al interior del ascensor.

—¡Vamos! —grité—. ¡Puede ser una carrera a vida o muerte!

Lo que acabábamos de ver era verdaderamente alarmante. Por lo que parecía, toda la parte inferior del pozo se había visto animada por la misma actividad acrecentada que habíamos observado por debajo, y los muros palpitaban y se agitaban de la misma manera. Este movimiento había incidido en los huecos en los que descansaban las vigas, y estaba claro que, cuando retrocedieran un poco más, las vigas caerían. Si esto ocurría, como es natural, la punta afilada de mi barrena penetraría en la Tierra con independencia del impulso eléctrico. Y antes de que ocurriera era vital que Malone y yo estuviéramos fuera del pozo. Encontrarse metido a ocho millas de profundidad en la tierra, con la posibilidad de que se produjera en cualquier instante una extraordinaria convulsión, era una perspectiva terrible. Salimos huyendo frenéticamente hacia la superficie.

¿Olvidaremos alguno de los dos jamás aquel viaje de pesadilla? Los ascensores zumbaban y silbaban, y, sin embargo, los minutos parecían horas. Cada vez que llegábamos a una plataforma, salíamos de un salto y entrábamos en el siguiente ascensor a toda prisa, dábamos al interruptor y nos precipitábamos hacia arriba. A través del techo de acero enrejado, veíamos muy a lo lejos el reducido círculo de luz que indicaba la boca del pozo. Se iba haciendo cada vez más grande, hasta que se convirtió en un círculo amplio y nuestros ojos divisaron con alegría los ladrillos de la boca. Seguimos subiendo y subiendo, y por fin, en un momento de alegre locura, de júbilo y agradecimiento, salimos de un salto de nuestra prisión y volvimos a pisar el verde césped. Pero fue cuestión de un momento. No nos habíamos apartado ni treinta pasos del pozo, cuando muy abajo, en las profundidades, mi saeta de hierro se precipitó sobre el ganglio nervioso de la vieja madre Tierra, y llego el gran momento.

¿Qué ocurrió? Ni Malone ni yo estábamos en situación de saberlo, puesto que ambos salimos volando, como arrastrados por un ciclón, y caímos

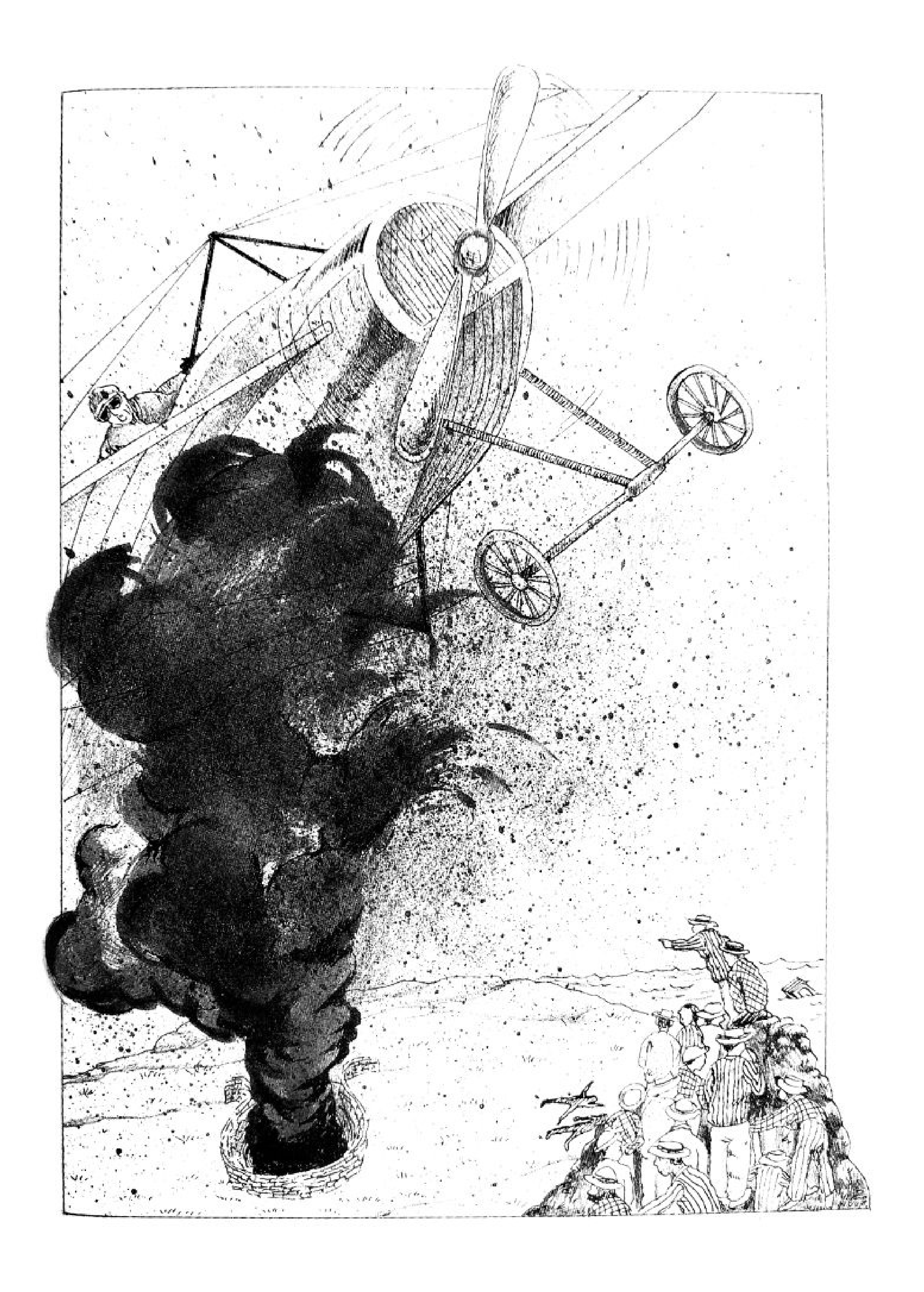
rodando en la hierba, dando vueltas y vueltas como dos peonzas. Al mismo tiempo, el más horrible alarido jamás escuchado acometió nuestros oídos. Nadie, entre los cientos de personas que lo han intentado, ha conseguido hasta ahora describir apropiadamente aquel grito terrible. Era un aullido en el que la pena, la ira, la amenaza y la airada majestad de la naturaleza se unían en un horrible chillido. Se prolongó durante un minuto completo, como mil sirenas aunadas, paralizando a la gran multitud con su feroz insistencia, y se propagó por la sosegada tarde veraniega hasta que sus ecos alcanzaron la costa meridional y llegaron incluso hasta nuestros vecinos franceses del otro lado del Canal. Ningún sonido de la historia ha igualado jamás al grito de la Tierra herida.

Aturdidos y ensordecidos, Malone y yo éramos conscientes de la conmoción y del sonido, pero del resto de los detalles de aquella extraordinaria escena solo hemos tenido noticia por los relatos de otras personas.

Lo primero que salió de las entrañas de la Tierra fueron las cajas de los ascensores. El resto de la maquinaria que estaba apoyada en los muros escapó a la explosión, pero los suelos sólidos de las cajas captaron toda la fuerza de la corriente impulsora. Cuando se colocan varios perdigones sueltos en una cerbatana, estos salen disparados por orden y de uno en uno. Del mismo modo, aparecieron las catorce cajas de ascensor, una tras otra, en el aire, remontándose las unas después de las otras, trazando una gloriosa parábola que hizo aterrizar a una de ellas en el mar, cerca del embarcadero de Worthing, y a una segunda en unos campos no lejos de Chichester[21]. Los espectadores han declarado que, de todas las visiones extraordinarias que presenciaron, ninguna superó la de las catorce cajas de ascensor navegando serenamente por el cielo azul.

Luego llegó el géiser. Fue un enorme chorro de una repugnante sustancia viscosa con la consistencia de la brea, que salió disparado hacia arriba, alcanzando una altura que se ha calculado de dos mil pies. Un aeroplano fisgón que sobrevolaba la escena fue alcanzado de lleno y tuvo que realizar un aterrizaje forzoso, del que salieron cubiertos de inmundicia tanto el aparato como el piloto. Esta horrible sustancia, de olor penetrante y nauseabundo, podía representar la sangre viva del planeta, o quizá, como sostienen el profesor Driesinger y la Escuela de Berlín, podía ser una secreción protectora, análoga a la de la mofeta, que la Naturaleza se haya procurado para defender a la madre Tierra de todos los Challengers intrusos. De haber sido así, el principal ofensor, sentado en su trono sobre el terraplén, escapó incólume,

mientras que la infortunada prensa acabó tan empapada y calada hasta los huecos, al hallarse en la línea directa de tiro, que ninguno de los periodistas pudo presentarse en sociedad en muchas semanas. Este torrente de putrefacción fue arrastrado hacia el Sur por la brisa, y cayó sobre la desdichada multitud que había esperado durante tanto tiempo y con tanta paciencia en las colinas para ver lo que ocurriría. No se produjeron daños personales. Ninguna casa quedó arrasada, pero sí muchas malolientes, y todavía conservan entre sus paredes algún rastro de este singular acontecimiento.

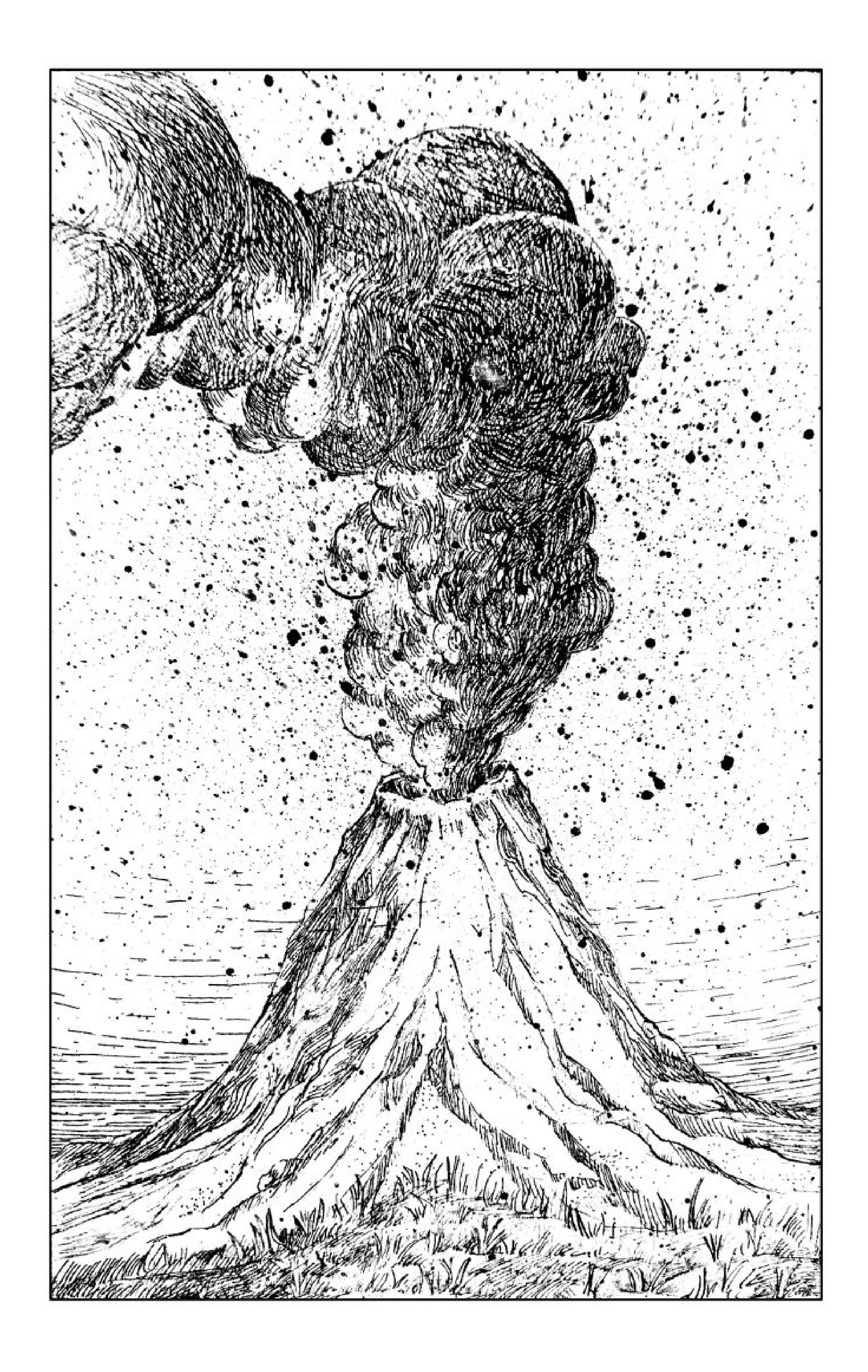


Y a continuación se produjo el cierre del foso. Así como la Naturaleza cierra las heridas desde dentro hacia fuera con gran lentitud, la Tierra remedia una hendidura realizada en su sustancia vital con suma rapidez. Las paredes del pozo se unieron con un agudo y prolongado estruendo. Empezó un chirrido como una reverberación que ascendía de lo más profundo, retumbando en las paredes, hasta que se oyó un golpe ensordecedor y el círculo de ladrillos del orificio se aplastó y chocó consigo mismo, mientras que un temblor parecido a un pequeño terremoto sacudía los terraplenes de escombros, amontonando una pirámide de cincuenta pies de alto de escombros y hierros retorcidos sobre el punto en el que se encontraba el agujero. El experimento del profesor Challenger no solamente había finalizado, sino que quedaba oculto a los ojos humanos para siempre. De no ser por el obelisco que ha sido erigido por la Sociedad Real[22], es muy poco probable que nuestros descendientes llegaran a saber jamás el lugar exacto de este extraordinario acontecimiento.

Y a continuación se produjo el apoteósico final. Durante un dilatado período posterior a estos fenómenos sucesivos, reinó el silencio y una tensa inmovilidad mientras la gente se recuperaba del susto y trataba de comprender lo que había pasado exactamente y cómo se había producido. Fue entonces, de pronto, cuando se reveló a sus mentes el inmenso logro, el enorme alcance de la idea, la genialidad y maravilla de la ejecución. De un modo impulsivo, se volvieron hacia Challenger. De todos los rincones del campo se elevaron gritos de admiración y, desde el montículo, él pudo contemplar un mar de caras vueltas hacia arriba, solamente interrumpido por el subir y bajar de los pañuelos que se agitaban. Ahora que me pongo a recordar, veo al profesor mejor que entonces. Se levantó de su silla, con los ojos semicerrados, una sonrisa de reconocimiento de su propio mérito, la mano izquierda apoyada en la cadera y la derecha hundida en la pechera de su levita. Con toda seguridad, esa imagen habrá quedado inmortalizada para la posteridad, pues los chasquidos de las cámaras brotaron a mi alrededor como el canto de los grillos en el campo. El sol de junio le iluminaba con su luz dorada mientras se volvía, inclinándose solemne ante todos. Challenger, el supercientífico; Challenger, el archipionero; Challenger, el primero entre todos los hombres a quien la madre Tierra se ha visto obligada a reconocer.

Solo unas palabras a modo de epílogo. Naturalmente, es bien sabido que el resultado del experimento fue de carácter mundial. Es cierto que en ningún lugar el planeta herido lanzó un alarido tal como el que se produjo en el mismo punto de la penetración, pero la Tierra demostró con su conducta en

los demás sitios que es en efecto una entidad. Dio voz a su indignación a través de todas las aberturas y volcanes. El Hekla aulló hasta que los islandeses temieron que se produjera un cataclismo. El Vesubio entró en erupción. El Etna vomitó tal cantidad de lava que los tribunales italianos han aprobado una demanda de medio millón de liras por daños contra Challenger, por la destrucción de los viñedos. Incluso en México y en el cinturón de América Central se produjeron indicios de una intensa indignación plutónica, y los alaridos del Stromboli[23] alcanzaron toda la parte oriental del Mediterráneo. Ha sido siempre ambición común de la humanidad hacer hablar al mundo entero. Pero fue privilegio exclusivo de Challenger conseguir que la Tierra lanzara alaridos.



La máquina desintegradora

El profesor Challenger estaba de pésimo humor. De pie, en la puerta de su despacho, con la mano en el pomo y los pies en el felpudo, escuché el siguiente monólogo pronunciado con una voz atronadora que resonaba por toda la casa:

—Sí, le digo que es la *segunda* llamada equivocada. La segunda en una mañana. ¿Cree que un hombre de ciencia puede ser distraído de su trabajo por el entremetimiento constante de un idiota que se empeña en molestarle desde el extremo de un cable? No lo voy a consentir. Avise inmediatamente al director. ¡Ah! ¿*Es* usted el director? Bueno, entonces, ¿por qué no se dirige usted a sí mismo? Sí, desde luego, lo único que hace es distraerme de un trabajo cuya importancia su mente es incapaz de comprender. Quiero hablar con el supervisor. ¿Que ha salido? Era de imaginar. Si esto vuelve a ocurrir, le llevaré a los tribunales. Se han dictado sentencias contra gallos cantores. Yo mismo obtuve un fallo. Si se condena a los gallos cantores, ¿por qué no va a condenarse a un endiablado timbre? El caso está claro. Una disculpa por escrito. Muy bien. Lo tomaré en consideración. *Buenos* días.

En ese momento decidí entrar. Y desde luego, fue un momento desafortunado. Me situé frente a él precisamente cuando se volvía como un león iracundo después de colgar el teléfono. Sus barbazas negras estaban erizadas; el poderoso pecho se agitaba de indignación, y sus arrogantes ojos grises me recorrieron de arriba abajo, mientras las consecuencias de su cólera caían sobre mí.

—¡Sinvergüenzas infernales y vagos que cobran más de lo que se merecen! —tronó—. Los oía reírse mientras exponía mi justa queja. Esto es una conspiración para fastidiarme. Y ahora, joven Malone, llega usted para ponerle la guinda a una mañana desastrosa. ¿Puedo preguntarle si viene por su cuenta o es que algún ser despreciable le ha encargado una entrevista? Como amigo, cuenta con privilegios, pero como periodista es un indeseable.

Estaba buscando en mi bolsillo la carta de McArdle, cuando de repente le vino a la memoria un nuevo motivo de queja. Con sus manazas peludas revolvió entre los papeles que tenía sobre el escritorio, y finalmente sacó un recorte de prensa.

—Ha tenido el detalle de aludirme en una de sus recientes lucubraciones —dijo, sacudiendo el papel ante mí—. Me refiero a su comentario algo fatuo acerca de los recientes restos saurios descubiertos en las pizarras de Solenhofen. Empezaba un párrafo con las palabras: «El profesor G. E. Challenger, uno de nuestros más grandes científicos vivos…».

—¿Y bien, señor? —pregunté yo.

—¿A qué vienen esas odiosas calificaciones y limitaciones? ¿Sería tan amable de nombrarme a esos otros científicos eminentes a los que me iguala, o posiblemente atribuye superioridad con respecto a mí?

—No estaba bien expresado. En realidad, debería haber dicho: «Nuestro más grande científico vivo» —reconocí. Al fin y al cabo, era lo que sinceramente pensaba. Mis palabras tuvieron un efecto apaciguador inmediato.

—Mi querido y joven amigo, no se figure que soy exigente, pero teniendo en cuenta que estoy rodeado de colegas agresivos e irracionales, me veo obligado a tomar partido por mí mismo. Me desagrada propagar por ahí mis méritos, pero tengo que proteger mi terreno ante la competencia. ¡Entre, por favor! ¡Siéntese! ¿Cuál es el motivo de su visita?

Tenía que andarme con cuidado, pues sabía lo fácil que era que el león empezara a rugir de nuevo. Saqué la carta de McArdle.

—¿Puedo leerle esto, señor? Es de McArdle, mi director.

—Recuerdo a ese hombre…, no es un mal espécimen de su clase.

—Por lo menos, le profesa una gran admiración. Ha recurrido repetidas veces a usted cuando necesitaba la más autorizada opinión en alguna investigación. Y precisamente, ese es el caso que me ocupa.

—¿Qué desea? —bajo los efectos de la adulación, Challenger se arregló las plumas como un enorme pájaro. Se recostó con los codos apoyados en el escritorio, con sus manos de gorila entrelazadas, la barba erizada al frente, y sus grandes ojos grises, semicubiertos por sus lánguidos párpados, fijos en mí con expresión benigna. Era desmesurado en todo lo que hacía, y su benevolencia resultaba más impresionante aun que su ira.

—Le leeré la nota que me ha enviado. Dice así:

> Le ruego que vaya a visitar a nuestro estimado amigo el doctor Challenger y que le pida su cooperación en las circunstancias que a continuación le expongo. Un caballero letón llamado Theodore Nemor, con domicilio en White Friars Mansions, en Hampstead[1], afirma que ha inventado una máquina de lo más extraordinaria, capaz de desintegrar cualquier objeto situado en su esfera de influencia. La materia se disuelve y vuelve a su estado molecular o atómico. Invirtiendo el proceso, puede volverse a formar. La afirmación parece extravagante, pero, no obstante, existen pruebas fundadas de su veracidad y de que el caballero en cuestión ha dado con un descubrimiento notable.
>
> No hace falta que me extienda sobre el carácter revolucionario de semejante invención, ni tampoco sobre su extrema importancia como posible arma bélica. Una fuerza capaz de desintegrar un barco de guerra, o de convertir a un batallón, aunque solo fuera durante unos segundos, en un montón de átomos, podría dominar el mundo. Por razones sociales y políticas, no debemos perder ni un instante en llegar al fondo del asunto. Nuestro hombre busca publicidad, puesto que está ansioso por vender su invento, de modo que no es difícil acceder a él. La tarjeta adjunta abrirá

sus puertas. Mi deseo es que el doctor Challenger y usted le hagan una visita, inspeccionen el invento y escriban para la *Gazette* un informe detallado sobre el valor del descubrimiento. Espero tener noticias suyas esta noche.

R. MCARDLE

—Estas son mis instrucciones, profesor —añadí mientras volvía a doblar la carta—. Espero sinceramente que venga usted conmigo, pues dado lo limitado de mis capacidades no me atrevo a actuar solo en un asunto de tal importancia.

—¡Cierto, Malone! ¡Cierto! —exclamó con satisfacción el hombretón—. Aunque de ningún modo carece usted de inteligencia natural, estoy de acuerdo en que un asunto como el que me plantea sería demasiado para usted. Esa gente innominable con la que hablaba por teléfono ya ha echado a perder mi mañana de trabajo, de modo que poco más puedo hacer. Estoy ocupado en contestar a ese bufón italiano, Mazotti, cuyas opiniones sobre el desarrollo larval de las termitas tropicales ha suscitado mi irrisión y mi desprecio, pero puedo aplazar el desenmascaramiento total del impostor hasta esta noche. Entre tanto, estoy a su servicio.

Y así fue cómo aquella mañana de octubre me encontré acompañado por el profesor en el metropolitano, que se dirigía a toda velocidad hacia el norte de Londres, en lo que luego resultó ser una de las experiencias más singulares de mi extraordinaria vida.

Antes de dejar Enmore Gardens, me había asegurado a través del tan injuriado teléfono de que nuestro hombre estaba en casa, y le había advertido de nuestra llegada. Vivía en un cómodo piso de Hampstead, y nos hizo esperar durante más de media hora en una antesala mientras sostenía una animada conversación con un grupo de visitantes, cuyas voces, que pudimos distinguir cuando por fin se despidieron en el pasillo, delataban que eran rusos. Pude verlos durante un momento a través de la puerta entreabierta, y me dio la impresión de que se trataba de hombres prósperos e inteligentes. Llevaban cuellos de astracán en sus abrigos, relucientes chisteras, y ofrecían la apariencia del bienestar burgués que el comunista de éxito asume con tanta presteza. La puerta del pasillo se cerró tras sus espaldas, y al cabo de un instante, Theodore Nemor entró en nuestra estancia. Me parece verle ahora mismo de pie, a la luz del sol, frotándose las manos delgadas y largas y mirándonos con sus astutos ojos amarillentos mientras esbozaba una amplia sonrisa.

Era un hombre bajo y grueso, con ciertos indicios de deformidad física, aunque resultaba difícil determinar en qué parte de su cuerpo recaía el

defecto. Su cara grande y blanda parecía una bola de masa medio cruda, pues tenía el mismo color y la misma consistencia húmeda, de manera que los granos y las manchas que la adornaban resaltaban con mayor agresividad sobre el fondo pálido. Tenía ojos de gato, y felino era también el bigote fino, largo y erizado que se cernía sobre su boca floja, húmeda y babeante. Todo en él era vil y repulsivo hasta que se llegaba a las cejas rojizas. A partir de allí se elevaba un espléndido arco craneal como pocas veces he visto. El sombrero del mismísimo Challenger habría encajado a la perfección en aquella magnífica cabeza. Podía deducirse que Theodore Nemor era un conspirador vil y rastrero de las cejas para abajo, pero de las cejas para arriba podía situársele entre los grandes pensadores y filósofos del mundo.



—Bien, caballeros —dijo con una voz aterciopelada que tenía un insignificante deje de acento extranjero—, han venido, por lo que he entendido en nuestra corta conversación telefónica, para saber algo más sobre el Desintegrador Nemor. ¿Es así?

—En efecto.

—¿Representan al gobierno británico?

—En absoluto. Yo soy corresponsal de la *Gazette*, y este es el profesor Challenger.

—Una celebridad honorable…, una celebridad europea —al hablar, sus amarillentos colmillos relucieron con obsequiosa afabilidad—. Estaba a punto de decirles que el gobierno británico ha perdido su oportunidad, y quizá también otras cosas que tendrá ocasión de averiguar más adelante. Posiblemente, también ha perdido su imperio. Yo estaba dispuesto a vender mi descubrimiento al primer gobierno que me ofreciera lo que vale, y si ahora ha caído en manos que merezcan su desaprobación, los únicos culpables son ustedes.

—Entonces, ¿ha vendido su secreto?

—Sí, al precio que yo he querido.

—¿Cree que el comprador tendrá el monopolio?

—Indudablemente, sí.

—Pero ya hay otros que conocen el secreto además de usted.

—No, caballero —respondió, llevándose la mano a la amplia frente—. Esta es la caja fuerte donde el secreto está guardado y a salvo, una caja mejor que cualquier caja de acero, y con mejor cerradura que la de Yale[2]. Puede que algunos conozcan una parte del secreto y otros la otra. Pero nadie en el mundo entero lo conoce en su totalidad, salvo yo mismo.

—Y esos caballeros a los que se lo ha vendido.

—No, señor; no soy tan estúpido como para proporcionar los conocimientos antes de que su precio haya sido satisfecho. Una vez pagado, me habrán comprado, y trasladarán esta caja fuerte —volvió a darse unos golpecitos en la frente— con todo su contenido al punto que deseen. Entonces realizaré mi parte del trato; y lo haré lealmente, de forma implacable. Después, la historia dirá —se frotó las manos, y la sonrisa inmóvil de su rostro se retorció hasta convertirse en un gesto animal.

—Me disculpará usted, caballero —dijo con su voz retumbante Challenger, que hasta el momento había permanecido sentado en silencio mientras su expresivo rostro reflejaba suma desaprobación hacia Theodore Nemor—; antes de hablar sobre el asunto desearíamos convencernos de que

se trata de algo real. No hemos olvidado un caso reciente en el que un italiano, que afirmaba ser capaz de explosionar minas a distancia, después de la investigación resultó ser un impostor de siete suelas. La historia puede muy bien repetirse. Comprenderá usted, caballero, que tengo que mantener mi reputación de hombre de ciencia; una reputación que usted ha tenido el acierto de definir como europea, aunque tengo muchas razones para creer que no es menos destacada en América. La prudencia es una virtud científica, y usted debe mostrarnos sus pruebas para que podamos considerar seriamente sus afirmaciones.

Nemor dirigió una mirada particularmente maligna a mi acompañante con sus ojos amarillos, pero la sonrisa de genialidad afectada se agrandó en su rostro.

—Justifica usted su fama, profesor. Siempre he oído decir que es usted el hombre más difícil de engañar del mundo. Estoy dispuesto a ofrecerle una demostración real que estoy seguro que le convencerá, pero antes de proceder con ella debo decir algunas cosas acerca del principio general. Se dará usted cuenta de que el equipo experimental que he montado aquí, en mi laboratorio, es una simple maqueta, aunque dentro de sus límites funcione de manera sumamente admirable. No tendría ninguna dificultad, por ejemplo, en desintegrarle a usted y volver a montarle, pero no es para un fin semejante para lo que un importante gobierno está dispuesto a pagar un precio de millones. Mi maqueta es un mero juguete científico. Solamente podrán lograrse enormes efectos prácticos cuando se reúna la misma fuerza a gran escala.

—¿Podemos ver esa maqueta?

—No solamente la verá, profesor Challenger, sino que tendrá la demostración más concluyente posible en su propia persona si tiene el valor de someterse a ella.

—¡Si tengo el valor…! —el león empezó a rugir—. Su «si», caballero, es de lo más insultante.

—Bueno, bueno, no era mi intención poner en tela de juicio su valor. Diré solamente que le daré la oportunidad de demostrarlo. Pero antes diré unas palabras sobre las leyes subyacentes que rigen el asunto. Cuando se introducen en agua ciertos cristales, como la sal, por ejemplo, o el azúcar, se disuelven y desaparecen. Se podría decir que nunca han estado ahí. Luego, por evaporación, o bien reduciendo la cantidad de agua, los cristales vuelven a aparecer, de nuevo visibles e iguales que antes. ¿Puede concebir un proceso en virtud del cual usted, un ser humano, se disuelva de la misma manera en el

cosmos, y posteriormente, por una sutil inversión de las condiciones vuelva a reunirse otra vez?

—Esa analogía es falsa —gritó Challenger—. Aunque yo aceptara esa monstruosidad de que nuestras moléculas pueden ser dispersadas por una fuerza desbaratadora, ¿por qué razón volverían a unirse en el mismo orden anterior?

—La objeción es evidente, y lo único que puedo responder es que vuelven a reunirse hasta el último átomo de su estructura. Hay un armazón invisible y cada ladrillo vuelve al sitio que le corresponde. Puede usted reírse, profesor, pero es posible que su incredulidad y su sonrisa se vean pronto sustituidas por una emoción muy diferente.

Challenger se encogió de hombros.

—Estoy dispuesto a someterme a la prueba.

—Debo llamar su atención sobre otro asunto, caballeros, pues puede que les ayude a captar la idea. Habrán oído hablar en la magia oriental y en el ocultismo occidental de los fenómenos de la distribución, es decir, del traslado de un objeto que se encuentra a cierta distancia y que de repente aparece en un lugar diferente. ¿Cómo puede lograrse una cosa así si no es mediante el aflojamiento de las moléculas, su conducción mediante una onda etérea y su reagrupación, cada una exactamente en su sitio, atraídas por alguna ley irresistible? A mi modo de ver, se trata de una analogía bastante buena de lo que hace mi máquina.

—No puede explicarse una cosa increíble citando otra cosa increíble —argüyó Challenger—. Yo no creo en sus distribuciones, señor Nemor, ni tampoco en su máquina. Mi tiempo es valioso, y en caso de que vayamos a tener algún tipo de demostración, le ruego que proceda sin más ceremonias.

—Entonces se alegrará de acompañarme —dijo el inventor. Nos condujo escaleras abajo fuera del piso y a través del jardincito de la parte de atrás. Allí había un cobertizo de proporciones considerables, cuya puerta abrió. Entramos.

Era una gran habitación encalada con un sinfín de cables de cobre que colgaban como festones del techo, y un gigantesco imán colocado sobre un pedestal. Frente a este había una cosa parecida a un prisma de cristal, de unos tres pies de largo por alrededor de un pie de diámetro. A su derecha había una silla sobre una plataforma de zinc, con un casco de cobre bruñido suspendido sobre ella. Tanto el casco como la silla tenían gruesos cables conectados a ellos, y a un lado había una especie de trinquete con numerosas muescas y

una palanca revestida de caucho que en aquel momento estaba fija en la muesca marcada con un cero.

—He aquí el Desintegrador de Nemor —dijo ej extraño hombre, indicando con la mano la máquina—. Este es el modelo que será famoso por alterar el equilibrio de poder entre las naciones. Quien lo posea dominará el mundo. Bien, profesor Challenger, no tengo más remedio que decirle que considero que me ha tratado con cierta falta de cortesía y de consideración en este asunto. ¿Se atrevería a sentarse en esta silla para que le demuestre en su propio cuerpo las capacidades de la nueva fuerza?

Challenger tenía el coraje de un león, y cualquier tipo de desafío le excitaba hasta el delirio en un instante. Se lanzó hacia la máquina, pero yo lo agarré por el brazo y lo retuve.

—Usted no irá —dije—. Su vida es demasiado valiosa. Sería un disparate monstruoso. ¿Qué garantía de seguridad tiene usted? Lo más parecido a este aparato que he visto jamás es la silla eléctrica de Sing Sing[3].

—Mi garantía de seguridad —dijo Challenger— es que usted es testigo y que este hombre será considerado un asesino si me ocurriese el menor percance.

—Eso sería un pobre consuelo para el mundo de la ciencia, sabiendo que deja sin terminar un trabajo que solamente usted puede hacer. Por lo menos, déjeme a mí ir primero, y después, cuando quede demostrado que la experiencia es inofensiva, puede seguirme usted.

Challenger nunca habría actuado movido por el temor al riesgo personal, pero la idea de que su trabajo científico pudiera quedar inconcluso era lo peor que se le podía ocurrir. Vaciló un momento, pero antes de que llegara a decidirse me lancé hacia delante y me senté de un salto en la silla. Vi que el inventor ponía la mano en la palanca. Percibí un chasquido. Luego, durante un momento, fui presa de una sensación de confusión y mi vista se nubló. Cuando volvió a aclararse, el inventor de detestable sonrisa estaba de pie ante mí, y Challenger, con sus mejillas de manzana desprovistas de sangre y de color, me miraba fijamente desde detrás de él.

—Bueno, ¡empiece de una vez! —exclamé.

—Todo ha terminado. Ha respondido admirablemente —replicó Nemor —. Vamos, pues sin duda el profesor Challenger estará dispuesto a probarlo también.

Nunca había visto a mi viejo amigo tan profundamente disgustado. Por un momento, sus nervios de acero le habían fallado. Me asió por el brazo con la mano temblorosa.

—Dios mío, Malone, es verdad —dijo—. Usted se ha desvanecido. No cabe ninguna duda. Durante un instante se produjo una neblina, y luego el asiento quedó vacío.

—¿Cuánto tiempo he desaparecido?

—Dos o tres minutos. Confieso que yo estaba horrorizado. Empezaba a imaginarme que no iba a poder volver. Luego él accionó la palanca, si es que es una palanca, colocándola en otra ranura, y usted volvió a aparecer en la silla, un poco atolondrado, quizá, pero aparte de eso, el mismo de siempre. ¡Cuando le vi di gracias a Dios! —se secó el sudor de la frente con su gran pañuelo rojo.

—Ahora, caballero —dijo el inventor—. ¿O quizá le ha abandonado el valor?

Challenger hizo un visible esfuerzo por armarse de valor. Luego, apartando a un lado la mano con que yo trataba de oponerme, se sentó en la silla. La palanca se deslizó hasta el número tres. Desapareció.

Yo me habría horrorizado de no ser por la perfecta frialdad del operador.

—Es un proceso interesante, ¿verdad? —comentó—. Cuando uno se para a pensar en la tremenda individualidad del profesor resulta extraño imaginar que en este momento no es más que una nube molecular suspendida en alguna parte de este edificio. Ahora, naturalmente, se encuentra a mi merced. Si decido dejarle en suspensión, no hay nada en el mundo que me lo impida.

—Yo encontraría en seguida los medios de impedírselo.

Su sonrisa se contrajo de nuevo en una mueca.

—No habrá imaginado ni por un momento que se me ha ocurrido esa idea. ¡Cielo santo! ¡Pensar en la disolución permanente del gran profesor Challenger, desvanecido en el espacio cósmico sin dejar huella! ¡Terrible! ¡Terrible! Pero con todo, no ha sido todo lo cortés que debiera. ¿No cree usted que una pequeña lección…?

—No, no lo creo.

—Bien, en ese caso, lo llamaremos una demostración curiosa. Algo que sirva para que escriba un párrafo interesante en su periódico. Por ejemplo, he descubierto que el pelo del cuerpo, al tener una vibración totalmente diferente a la de los tejidos orgánicos, puede incluirse o excluirse a voluntad. Resultaría interesante ver al oso sin sus cerdas. ¡Fíjese bien!

Oí el chasquido de la palanca. Al cabo de un instante, Challenger volvía a estar sentado en la silla. Pero ¡vaya Challenger! ¡Qué león pelado! Aunque me sentía furioso por la mala pasada que le estaban jugando, apenas podía contener las carcajadas.

Su enorme cabeza estaba tan calva como la de un bebé, y su barbilla, tan lisa como la de una muchachita. Desprovista de su magnífica barba, la parte inferior de su rostro era mofletuda y tenía forma de jamón, mientras que su aspecto general era el de un aguerrido gladiador maltrecho y abotagado, con las mandíbulas de un bulldog sobre una abultada barbilla.

Es posible que hubiese una expresión especial en nuestros rostros, y no me cabe duda de que la malévola sonrisa de mi acompañante se había pronunciado más ante aquella visión, pero, en cualquier caso, Challenger se llevó la mano a la cabeza y se dio cuenta de su situación. Al cabo de un instante había saltado de la silla y, agarrando al inventor por el cuello, lo derribó violentamente. Conociendo la fuerza inmensa de Challenger, tuve la convicción de que iba a matarle.

—Tenga cuidado, por el amor de Dios. ¡Si lo mata, nunca podremos volver a arreglarlo! —grité.

Este argumento prevaleció. Incluso en sus momentos de mayor furia, Challenger siempre estaba abierto a la razón. Se levantó de un salto, arrastrando consigo al tembloroso inventor.

—Le doy cinco minutos —dijo con voz entrecortada por la furia—. Si en cinco minutos no estoy como antes, le arrancaré la vida, miserable enclenque.

Cuando Challenger estaba furioso era muy arriesgado discutir con él. Hasta el hombre más valiente se amedrentaba y, desde luego, el señor Nemor no daba ningún indicio de ser un hombre particularmente valiente. Por el contrario, las manchas y verrugas que salpicaban su rostro se destacaron mucho más, pues su cara había pasado del color masilla, que era el normal, al color del vientre de un pescado. Le temblaban los miembros y apenas podía articular palabra.

—¡Verdaderamente, profesor —dijo balbuciendo, mientras se llevaba la mano al cuello—, esta violencia es completamente innecesaria! No veo por qué no puedo hacer una broma inofensiva a unos amigos. Mi único deseo era demostrar los poderes de la máquina. Yo me imaginaba que quería una demostración completa. No era mi intención ofenderle, se lo aseguro. ¡De verdad, profesor, por nada del mundo!

Por toda respuesta, Challenger volvió a subir a la silla.

—No le pierda de vista, Malone. No permita que se tome ninguna libertad.

—Me ocuparé de ello, señor.

—Y ahora, vuelva a poner las cosas en orden, o sufrirá las consecuencias.

El aterrorizado inventor se acercó a la máquina. La fuerza reunificadora quedó completamente accionada, y en un instante, reapareció el viejo león con su enredada maraña de pelo. Se mesó la barba cariñosamente con ambas manos y luego las pasó por encima del cráneo para asegurarse de que la restauración había sido completa. Después descendió con solemnidad de su elevada posición.

—Caballero, se ha tomado usted una libertad que podría haber tenido consecuencias muy serias para su persona. No obstante, me conformo con aceptar su explicación de que solamente lo hizo con la intención de realizar una demostración. Y ahora, ¿puedo plantearle algunas preguntas directas acerca de la fuerza extraordinaria que afirma haber descubierto?

—Estoy dispuesto a decirle todo, excepto cuál es la fuente de esa fuerza. Ese es mi secreto.

—¿Y afirma en serio que nadie en el mundo la conoce a excepción de usted?

—Nadie tiene el menor indicio.

—¿No tiene ayudantes?

—No, señor. Trabajo solo.

—¡Vaya! Eso es sumamente interesante. Ya me ha respondido usted en cuanto a la realidad de la fuerza, pero todavía no termino de comprender cuáles pueden ser sus aplicaciones prácticas.

—Le he explicado, caballero, que esto es una maqueta. Pero sería muy fácil erigir una instalación a mayor escala. Tenga en cuenta que actúa verticalmente. Ciertas corrientes por debajo de usted, y otras por encima, crean unas vibraciones que pueden desintegrar o reunir. Pero el proceso podría hacerse de forma lateral. Si se realizara así, tendría el mismo efecto, y cubriría un espacio proporcionado a la fuerza de la corriente.

—Deme un ejemplo.

—Supongamos que situamos un polo en una pequeña embarcación y el otro en otra; un buque de guerra que pasara entre ellas quedaría reducido a moléculas. Lo mismo podría hacerse con una columna de tropas.

—¿Y ha vendido usted este secreto como monopolio a una sola potencia europea?

—Sí, señor, eso es lo que he hecho. Cuando me hayan pagado el dinero, tendrán un poder mayor que el que ninguna nación haya conocido jamás. Ni siquiera ahora pueden concebir todas sus posibilidades una vez que se encuentre en manos capaces; unas manos que no vacilen en empuñar el arma que sostienen. Las posibilidades son inconmensurables —una sonrisa de

maligna satisfacción cruzó el malvado rostro del hombre—. Imagínese un barrio de Londres en el que se hayan instalado esas máquinas. Figúrense el efecto de semejante corriente en la escala que podría alcanzarse fácilmente. ¡Ja! —estalló en carcajadas—. ¡Me imagino todo el valle del Támesis completamente barrido; que no quedara un hombre, ni una mujer ni un niño en aquel hormiguero!

Sus palabras me llenaron de horror, y más aún el aire de exultación con que fueron pronunciadas. No obstante, en mi acompañante parecieron producir un efecto muy diferente. Para sorpresa mía, esbozó una sonrisa de simpatía y tendió la mano al inventor.

—Bien, señor Nemor, le doy mi enhorabuena —dijo—. No cabe duda de que ha hallado usted una notable propiedad de la Naturaleza que ha logrado aprovechar para el uso del hombre. Que dicho uso tenga que ser destructivo resulta sin duda sumamente deplorable, pero la ciencia no atiende a las distinciones de ese tipo, sino que, por el contrario, persigue el conocimiento dondequiera que este la conduzca. Me figuro que, además de dejarme examinar el complicado principio, no tendrá usted inconveniente en que examine la construcción de la máquina…

—Ninguno en absoluto. La máquina es solamente el cuerpo. Lo que nunca conseguirá captar es su alma, el principio que la anima.

—Exacto. Pero este simple mecanismo parece un modelo de ingenuidad —durante algún tiempo se paseó a su alrededor y tocó algunas piezas. Después encaramó su corpachón a la silla aislada.

—¿Le apetece hacer otra excursión al cosmos? —preguntó el inventor.

—¡Quizá más tarde…, más tarde! Pero antes de nada le diré que, como usted ya sabrá, hay una fuga de electricidad. Puedo sentir perfectamente una débil corriente que pasa a través de mí.

—Imposible. Está perfectamente aislada.

—Pues le aseguro que yo lo noto —añadió levantándose del asiento.

El inventor se apresuró a ocupar su lugar.

—Yo no siento nada.

—¿No nota un cosquilleo en la espalda?

—No, caballero, yo no lo noto.

En ese momento se produjo una agudo chasquido, y el hombre desapareció. Miré con asombro a Challenger.

—¡Cielo santo! ¿Ha tocado usted la máquina, profesor?

Challenger esbozó una sonrisa benévola y me miró con aire sorprendido.

—¡Vaya por Dios! Debo haber tocado la palanca sin darme cuenta —dijo —. Uno corre el peligro de sufrir accidentes inesperados con una maqueta tosca de este tipo. Desde luego, esta palanca debería estar custodiada.

—Está en el número tres. Esa es la muesca que produce la desintegración.

—Eso me pareció observar cuando actuó sobre usted.

—Pero estaba tan nervioso cuando le volvió a traer que no vi cuál era la muesca del regreso. ¿Se dio cuenta usted?

—Puede que lo observara, joven Malone, pero yo no agobio mi mente con detalles insignificantes. Hay muchas muescas y no conocemos su función. Si nos dedicamos a experimentar con lo desconocido a lo mejor empeoramos las cosas. Quizá sea lo mejor dejar las cosas como están.

—Pero entonces…

—Exacto. Es mejor así. La interesante personalidad del señor Theodore Nemor se ha repartido por el cosmos, su máquina no vale nada, y cierto gobierno extranjero se ha visto privado del conocimiento en virtud del cual se hubieran desencadenado muchos males. No ha sido una mala mañana de trabajo, joven Malone. Su periodicucho tendrá sin duda una interesante columna sobre la inexplicable desaparición de un inventor letón poco después de la visita de su propio enviado especial. Me ha gustado la experiencia. Estos son los momentos dichosos que vienen a alegrar la aburrida rutina del estudio. Pero la vida tiene sus deberes además de sus placeres, y ahora debo volver con el italiano Mazotti y sus ridículas opiniones sobre el desarrollo larval de las termitas tropicales.

Cuando miré hacia atrás, me pareció que todavía flotaba una neblina ligeramente oleaginosa en torno a la silla.

—Pero seguro… —dije con ansiedad.

—La primera obligación del ciudadano observante de la ley es evitar el asesinato —dijo el profesor Challenger—. Y eso es lo que he hecho. ¡Ya está bien, Malone, ya está bien! No hay más que discutir sobre la cuestión. Ya ha mantenido mi mente apartada durante demasiado tiempo de asuntos de mayor importancia.

Apéndice

La época

Gran Bretaña, primera potencia mundial

Durante el reinado de Victoria, que se prolongó de 1837 a 1901, Gran Bretaña, por entonces primera potencia mundial, conoció una época de expansión y prosperidad, cuyos pilares fueron el progreso económico con redes mundiales y una vida política estable regulada por el Parlamento y el juego alternante de dos partidos en el gobierno.

Desde mediados de siglo, Gran Bretaña adoptó la filosofía del librecambio. Esta, junto con la fuerte industrialización sufrida ya en años anteriores, contribuyó a situarla a la cabeza del mundo en la producción de carbón y de acero, con la más densa red ferroviaria y una flota mercante insuperable. Comparada con la de los demás países, la economía del período comprendido entre 1830 y 1870 era extraordinaria en su complejidad y en la gama de sus productos y actividades.

Esta ola de progreso económico dio lugar a una nación y a una economía cuyas principales preocupaciones eran de tipo industrial y urbano. En 1901, solamente una quinta parte de la población de Inglaterra y Gales vivía en zonas rurales, lo que significaba que el 80 por 100 de la población era urbana, proporción mucho mayor que la de cualquier país de Europa.

Transformaciones sociales

La progresiva despoblación rural tuvo su origen en la atracción ejercida por los salarios más elevados y la jornada laboral más corta de las ciudades, la mecanización y la depresión del último cuarto de siglo. Como consecuencia de la conjunción de estos factores se produjo un gigantesco éxodo hacia las ciudades de Escocia y de Inglaterra, hacia las minas de carbón (sobre todo, en Gales), a las colonias y al ejército. Pero la contrapartida de la prosperidad y del avance técnico fue la depauperación progresiva de los trabajadores. La sociedad victoriana era una sociedad de contrastes. La situación de las clases trabajadoras se iba deteriorando a medida que aumentaba la riqueza nacional, circunstancia que inclinó a Marx a prever que la revolución social que

destruiría el capitalismo se iniciaría en Gran Bretaña. De ahí que el mayor miedo de las clases de propietarios en la primera mitad del siglo fuera la potencial formación de una clase trabajadora revolucionaria. Pero un fenómeno inesperado vendría a mitigar estos temores: el nivel de vida de parte de los miembros de la población trabajadora empezó a subir con gran rapidez. En los años ochenta, por primera vez en el siglo, un número significativo de ellos empezó a disfrutar de tiempo de ocio. Los trabajadores disponían de dinero de sobra, aunque no mucho, pero en cualquier caso más dinero del estrictamente necesario para cubrir los gastos esenciales de comida, casa y vestuario. Sorprendentemente, este extra no coincidió con un aumento en la tasa de natalidad, sino con un descenso. Por tanto, el dinero de más no fue absorbido por un mayor número de hijos. Fue un fenómeno sin precedentes que vino a desmentir las previsiones de economistas políticos clásicos como Malthus y Marx, que sostenían que las clases trabajadoras estaban condenadas a niveles de vida de subsistencia. Así, la planificación familiar fue la causa de la relativa prosperidad de la clase trabajadora británica en los años ochenta.

Chovinismo monárquico

Es la victoriana una época de chovinismo monárquico. La monarquía representaba la característica intemporal de lo que se entendía como orden preindustrial. En una sociedad cada vez más urbanizada, la monarquía sirvió para restablecer el equilibrio roto por la Revolución Industrial: cuanto más urbana se volvía Gran Bretaña, más estilizada, ritualizada y popular era su monarquía, puesto que los valores que pretendía personalizar permanecían al margen del igualitarismo competitivo de la sociedad capitalista. La vida familiar de la corte empezó a ser considerada como un modelo para toda la nación, pues la reina Victoria había establecido la monarquía sobre los respetables fundamentos de la vida familiar. La familia era, pues, el eje fundamental de la sociedad. Se estableció un equilibrio entre el ideal tradicional del *caballero* y el nuevo ideal del héroe hecho por sí mismo. En aquella época se hablaba mucho más del progreso individual que del conflicto de clases. Así, la teoría social más cómoda de la época se basaba en la suposición de que las líneas divisorias entre clases podían y debían seguir existiendo siempre que todos los individuos tuvieran posibilidad de moverse entre ellas.

Moral y costumbres victorianas

Entre 1850 y 1870, el victorianismo representaba un conjunto de atributos morales restrictivos: seriedad, respetabilidad en el comportamiento y las maneras, carácter, deber, dedicación al trabajo y ahorro. Estas mismas virtudes

habrían de verse rechazadas, criticadas e incluso satirizadas a finales de siglo. Mientras tanto, siempre existió un inframundo victoriano; la creencia en la familia iba acompañada por una alta incidencia de la prostitución, y en todas las grandes ciudades había distritos en los que las virtudes victorianas eran objeto de burla y desprecio. No obstante, los atributos nacionales seguían siendo el orgullo nacional, un espíritu religioso puritano y el conformismo burgués. El orgullo nacional se basaba en la seguridad de pertenecer a un pueblo privilegiado cuyas grandezas canta Rudyard Kipling; el puritanismo religioso se reflejaba en ciertas actitudes de la Iglesia anglicana, hostil al liberalismo y a las costumbres desenfadadas del siglo, mientras que otros sectores se aproximan al catolicismo. El conformismo burgués, por su parte, hizo del culto al dinero y de la austeridad de vida dos ideales, que contrastan con la distinción de la aristocracia en los viejos castillos rurales.

Nuevo impulso a la expansión colonial

Con la crisis económica de 1882, consecuencia de malas cosechas y de la competencia de los productos baratos lanzados al mercado por Estados Unidos y Alemania, muchos británicos se vieron obligados a buscar fortuna lejos de la metrópoli, en sus posesiones de ultramar o en Estados Unidos. Posteriormente, los conservadores dieron nuevo impulso a la expansión colonial, de modo que a principios del siglo XX, Gran Bretaña disponía de un imperio de 33 millones de kilómetros cuadrados con 450 millones de habitantes, aproximadamente la cuarta parte de la población mundial. Los problemas de tan vastos territorios llegaron a ser un peso para sus finanzas y debilitaron su posición internacional en Europa. En todas partes había construido la infraestructura ferroviaria y de puertos, y había efectuado trabajos de irrigación en la India y Egipto. Las colonias de plantación alcanzaron un rendimiento máximo: algodón en la India y Egipto, yute en la India, té en Ceilán, hevea en Malasia. Los territorios de población blanca (Canadá, Australia y Nueva Zelanda) le enviaban sus excedentes de carne, trigo y lana. Las minas de África del Sur, Australia y otros países ponían a su disposición oro y diamantes, estaño y cobre.

El imperio británico y la guerra de los bóeres

En términos financieros, África del Sur se convirtió literalmente en la principal joya imperial británica. El flujo de capital dirigido por hombres como Cecil Rhodes vino a desestabilizar la economía rural de los bóeres, colonos de origen holandés. En 1899 estalló una guerra que en principio se anunciaba corta y limitada. No obstante, los bóeres estaban bien equipados con armamento alemán; los británicos, acostumbrados a luchar en guerras

coloniales contra nativos rebeldes sin armas de fuego, actuaron con ineptitud, y se produjeron una serie de desastres antes de que el grueso del ejército capturara las principales ciudades bóeres en 1900. La guerra parecía ganada, pero los bóeres se negaron a aceptar la derrota y acosaron a los británicos con tácticas de guerrilla. Los británicos respondieron incendiando sus granjas y hacinando sistemáticamente a las familias bóeres en *campos de concentración*. El alto índice de muertes en los campos suscitó protestas radicales en Gran Bretaña. En 1902, con la paz de Pretoria perdieron su independencia, pero conservaron su lengua y obtuvieron promesas de cierta autonomía.

Reacción de fin de siglo: una nueva visión del Estado

La guerra de los bóeres resultó inmensamente cara y vino a demostrar la fragilidad del Imperio, que de pronto parecía demasiado extenso y mal coordinado. La armada británica había perdido su preeminencia, y por otro lado los alemanes, los italianos, los estadounidenses y los japoneses fueron sumándose a la flota francesa. La política del «dorado aislamiento» empezó a parecer peligrosa. En el orden económico, Gran Bretaña había perdido su puesto privilegiado en un momento en que los Estados Unidos, Alemania, Francia y Rusia eran ya potencias industriales. No obstante, la gran mayoría de la sociedad, así como el gobierno británico, siguieron actuando como si nada hubiera cambiado. Era el declive del coloso.

El pensamiento británico de la época

Por lo que se refiere al pensamiento, en las décadas de los ochenta y los noventa, la influencia del darwinismo social empezó a adoptar una forma diferente. La lucha por la «supervivencia del más fuerte» empezó a considerarse menos en términos de los individuos en el mercado y más en términos de competencia entre naciones. Se suscitó la cuestión de si las razas «individuales» no serían mejores objetos de estudio que una multitud de individuos y de si las «razas avanzadas» podían controlar su destino mediante la organización gubernamental, social o incluso genética. Esta concepción, fusión de la ciencia británica de la evolución y del concepto alemán de estado orgánico, afectó poderosamente el pensamiento contemporáneo: el lenguaje de la «raza» se convirtió en moneda corriente para los reformistas de todo el espectro político, desde Rudyard Kipling, poeta de la derecha, pasando por J. A. Hobson y L. T. Hobhouse, filósofos de los neoliberales, hasta G. B. Shaw, considerado el dramaturgo de la izquierda. La forma popular del darwinismo social se convirtió en seguida en una fácil ciencia de superioridad racial, unida al imperialismo, mientras la prensa popular se encargaba de difundir los

éxitos de muchas operaciones militares coloniales de pequeña escala. La información popular referida a estas hacía hincapié en la importancia del valor individual, el carácter y la iniciativa, «hazañas que ganaron el Imperio», en lugar de considerar la enorme disparidad técnica entre un disciplinado ejército europeo armado con rifles, y las fuerzas locales, que dependían del uso masivo de lanzas o, en el mejor de los casos, de esporádico fuego de mortero.

Los prerrafaelistas

El estado de libre cambio siempre había tenido sus críticos. El más influyente en la segunda mitad del siglo XIX fue John Ruskin, crítico de arte y comentarista social. Políticamente imposible de catalogar, la potente prosa de Ruskin, en trabajos tales como *Unto this Last* (1862), era un ataque a la estética de la sociedad industrial, aunque sin ofrecer una verdadera crítica sistemática. Sus críticas estéticas fueron adoptadas por la Hermandad Prerrafaelista, grupo de pintores, escritores y artesanos que querían subrayar, sobre todo a través de los escritos y dibujos de William Morris, los valores de la Gran Bretaña preindustrial, una tierra mítica de artesanos, campesinos felices y romanticismo. De estas influencias surgieron cambios de gran alcance en el dibujo y la arquitectura, epitomados en el «estilo inglés» de arquitectura doméstica de Norman Shaw y, a principios de siglo, Lutyens, que caracterizaron las mejores edificaciones de los nuevos suburbios.

La estética de los prerrafaelistas y su crítica general de la moralidad de las clases medias recibió un nuevo impulso de los estetas de los años ochenta y noventa, de entre los cuales destaca el ingenioso dramaturgo Oscar Wilde, que habría de caer en desgracia cuando sus hábitos sexuales salieron a la luz pública. El notable ensayo de Wilde *The Soul of Man under Socialism* era un ejemplo de los vínculos entre esteticismo e individualistas más que de socialismo colectivista.

La Sociedad Fabiana

A partir de 1884 estas inclinaciones hacia el socialismo se vieron impulsadas por la Sociedad Fabiana de Londres, entre cuyos miembros se contaban Sidney y Beatrice Webb, George Bernard Shaw, H. G. Wells y, posteriormente, el joven Ramsay Mac Donald, todos ellos evolucionistas sociales convencidos. Las críticas fabianas del orden económico liberal no se basaban principalmente en que este fuera injusto, sino en su ineficacia y derroche. Según ellos, una economía de planificación y mercado laboral centralizados, administrada por una élite de profesionales preparados, eliminaría la ineficacia y las consecuencias negativas del ciclo mercantil, tales como el desempleo y la pobreza.

La muerte de la reina Victoria marcó el final de una época. En los albores del siglo XX se introdujeron definitivamente en la vida de los pudientes los últimos adelantos técnicos que por fin podían ser llevados a los hogares: luz eléctrica, teléfono, máquinas de escribir, gramófonos, automóviles. Casi de repente, los años victorianos y sus preocupaciones parecían muy lejanos. La Gran Bretaña eduardiana conoció una época de turbulencias políticas y sociales. Así, cabe destacar las actividades de las sufragistas, que luchaban por el voto para la mujer y también por un nuevo concepto de ciudadanía. No obstante, habría de ser necesaria una guerra mundial para que la sociedad británica reconociera a las mujeres como ciudadanas de primera fila.

En 1910, la situación internacional indicaba bien a las claras que Alemania era el nuevo adversario de Gran Bretaña. Tras una serie de incidentes en África del Norte, los Balcanes y Turquía, y con la continua escalada del programa de desarrollo naval (a pesar de las tentativas británicas, sobre todo en 1911-1912, para negociar un acuerdo de limitación), la hostilidad anglo-germana quedó confirmada. El respeto mezclado con preocupación que caracterizaba la visión británica de los logros alemanes empezó a convertirse en alarma y miedo.

Cuando los sucesos de los Balcanes y de Europa central desencadenaron rápidamente la guerra de 1914, Gran Bretaña no tenía mucho que ganar. De hecho, estaba muy mal preparada psicológica y físicamente para sostener una guerra de infantería en el Continente.

La Primera Guerra Mundial y los años veinte

Los años de guerra convulsionaron a la sociedad británica: supusieron la emancipación definitiva de la mujer y el triunfo de los conservadores, que se convirtieron en el partido mayoritario. Durante el tiempo que duró aquella guerra imperialista, la idea imperial alcanzó sus cotas más altas. En efecto, los tratados secretos de los años de guerra garantizaban que cuando se restableciera la paz y el sistema de mandato u otras estratagemas, dejarían a Gran Bretaña con un dominio imperial más grande que nunca, con vastos territorios nuevos en Oriente Próximo y el golfo Pérsico. Pero la realidad era que cada vez resultaba más impracticable el mantenimiento de esa situación. Mucho antes de 1914, las restricciones militares y financieras que impedían la aplicación de una política colonial efectiva fueron haciéndose más evidentes, sobre todo en la India, debido a la influencia creciente del Congreso Nacional Indio. Había que contar con un nuevo factor: los recientes y cada vez más efectivos levantamientos nacionalistas contra el dominio británico.

Finalizada la guerra, pareció que pocas cosas habían cambiado, pero pronto empezó a percibirse claramente que la tranquilizadora organización anterior a 1914 no podía restablecerse tan fácilmente. Había que afrontar problemas económicos desestabilizadores, consecuencia de la pérdida de mercados exteriores y de la venta de inversiones de ultramar para cubrir los gastos de la guerra, además de la creciente deuda exterior. Desde enero de 1922, se creó un Estado Libre Irlandés, compuesto por veintiséis condados católicos de la parte oriental de Irlanda. Solo quedaron dentro del Reino Unido los seis condados protestantes del Ulster, en el noroeste.

La creación artística

En el arte, la literatura, la música, la pintura y la arquitectura, la supervivencia de gigantes de antes de la guerra como Kipling, Hardy, Elgar y Lutyens impedía apreciar el desafío subyacente de movimientos de vanguardia que eran expresión del «modernismo» y la rebelión. En lo concerniente a la novela, los trabajos fundamentales de Joyce y de D. H. Lawrence ya estaban escritos. Entre otras innovaciones, cabe destacar la producción literaria de la camarilla de intelectuales y artistas relacionados con el «grupo de Bloomsbury». Particularmente, la notable serie de novelas de la «corriente de la conciencia», escritas por Virginia Woolf, con sus sutiles bosquejos del carácter humano y su forma extrañamente fluida, era un ejemplo de la vitalidad del «modernismo» en la novela. *Pasaje a la India*, de E. M. Forster (1924), novelista indirectamente relacionado con el «grupo de Bloomsbury», era una novela más ortodoxa que, al tratar la interacción de las culturas oriental y occidental, retrata la pérdida de confianza en sí mismo del humanismo liberal occidental. La creación innovadora más notable en poesía fue *The Waste Land*, de T. S. Elliot (1922), con sus inquietantes ritmos e imaginería; la resignación cristiana y melancolía íntima que impregnan sus versos captan un importante aspecto de la cultura de los años veinte.

Mientras se producían tantas transformaciones en la vida política y artística, la sociedad se debatía por preservar un orden tradicional contra la inquietas mareas de la transformación de la posguerra. De este modo, los años veinte terminaron envueltos en una confusa neblina de nostalgia e innovación.

El autor

Una familia pobre

Arthur Conan Doyle nació en Edimburgo el 22 de mayo de 1859, en el seno de una familia católica de origen irlandés. Su padre, Charles Doyle, nunca logró ganarse la vida con su afición artística, que era el dibujo. Muy joven, se hizo funcionario, y pasó muchos años en una oscura oficina, dibujando solo en sus ratos de ocio. Apenas ganaba lo suficiente para mantener a su familia; su mujer y él vivieron con muchas estrecheces y con la sensación de que Charles era el fracasado de la familia. Como padecía epilepsia y alcoholismo, tuvo que dejar su trabajo de funcionario cuando contaba cuarenta y tantos años, y hasta su muerte, en 1893, pasó por varios manicomios y casas de reposo para alcohólicos. Por tanto, el peso de la familia lo llevaba su esposa, Mary, mujer enérgica que había leído mucho y que poseía un gran talento para contar cuentos. Arthur adoraba a su madre, y permaneció muy unido a ella hasta que murió a la edad de ochenta y tres años.

Annette, la hermana mayor de Arthur, fue enviada en cuanto fue posible a trabajar a Portugal como gobernanta. Desde allí enviaba su salario íntegro, pero murió joven. Arthur era el segundo de los hermanos. Desde muy pequeño, se evadía de la dura realidad de la pobreza devorando libros que tomaba en préstamo de una biblioteca. Se entregaba con tanto ahínco a la lectura, que tuvieron que notificarle que no era posible cambiar los libros dos veces al día.

El internado

En 1870 ingresó en Stonyhurst, colegio católico de jesuitas situado en Lancashire, en el que permanecería interno durante cinco años. Naturalmente, la familia de Arthur carecía de los medios para enviarle allí, pero el problema quedó resuelto cuando los jesuitas de Stonyhurst accedieron a admitirle gratuitamente, con la esperanza de que con el tiempo ingresara al servicio de la Iglesia. La disciplina de aquel centro era extrema, basada, ante todo, en el miedo, como reconocería Conan Doyle muchos años después. Los muchachos, alrededor de trescientos, se hallaban bajo la vigilancia constante de espías cuya misión era garantizar el cumplimiento de las normas. Era este un procedimiento utilizado por los jesuitas para «prevenir la inmortalidad tan notable en otros colegios» y evitar los «peligros especiales de la vida de internado». Otros medios menos sutiles de garantizar la disciplina eran los castigos físicos, como el «paseo de castigo», en el que se obligaba a los chicos a caminar solos por el patio durante una hora para meditar sobre sus faltas, o los azotes propinados en la palma de la mano con un instrumento semejante a la suela de una zapatilla. El

régimen de comidas del centro era sumamente austero: pan solo y leche aguada para desayunar; pan y cerveza para merendar y, por la noche, leche caliente, pan, mantequilla y, con frecuencia, patatas. Los viernes comían pescado.

Estudiante de medicina y primeros viajes

A los dieciséis años, Arthur superó sus exámenes finales con la nota máxima, y pasó un año en Austria en otro colegio de la Compañía de Jesús. Cuando regresó a Edimburgo, decidió estudiar medicina, más que por vocación por el hecho de que podría asistir a la facultad de Edimburgo y seguir viviendo en su casa, con el ahorro que ello suponía. La carrera de Arthur se vio ensombrecida por la escasez de dinero, ya que no pudo conseguir la beca que necesitaba. Debido a esto, se vio obligado a trabajar fuera y a terminar los cursos en menos meses de lo normal. En 1881, cuando se licenció en medicina, ya tenía bastante experiencia como médico. Años más tarde, Doyle describiría sus estudios en la facultad de Edimburgo como una «prolongada y fatigosa rutina de botánica, química, anatomía, fisiología y una larga lista de asignaturas obligatorias, la mayoría de las cuales tenían una relación muy indirecta con el arte de sanar». En la facultad conoció al profesor Rutherford, que habría de servirle de inspiración para el personaje de Challenger. Era un personaje extravagante y escandaloso, apasionado de la vivisección, que tenía por costumbre iniciar sus clases antes de entrar en el aula, para regocijo de los alumnos, que oían su voz atronadora procedente del pasillo. Al final de su segundo año trabajó durante el verano con un médico de pueblo. Escribió y vendió un par de relatos cortos y después se alistó como cirujano, aunque solo se encontraba en tercer curso, en un ballenero que iba a permanecer siete meses en el Ártico. Por entonces, Arthur era un hombre fornido y casi gigantesco, buen boxeador y deportista, con gran fortaleza física. Aquel viaje al Ártico vino a colmar sus ansias de acción y aventura, y al final pudo entregarle orgullosamente a su madre unas cincuenta libras. Después de graduarse en la universidad, hizo un segundo viaje, en aquella ocasión como médico del barco, en un vapor que transportaba pasajeros y mercancías a la costa oeste de África. Durante la travesía enfermó gravemente, probablemente de malaria, y pasó varios días en Lagos debatiéndose entre la vida y la muerte. Regresó con algo de dinero para su madre, preparado para sentar plaza como médico.

Primeros pasos como médico

Su primer trabajo fue como socio de una antiguo compañero de universidad, que había montado una consulta en Plymouth. El sistema de su amigo, no demasiado ortodoxo, consistía en

que los pacientes no debían pagar nada por consulta, pero sí por las medicinas. Poco después decidió establecerse por su cuenta, y abrió, con muchas dificultades al principio, un consultorio en Southsea, donde habría de ejercer durante ocho años. Durante aquel tiempo escribió *La casa Girdlestone*, que fue rechazada por varios editores y no se publicó hasta unos años después. Sin desanimarse por su fracaso, escribió el primer relato de la saga de Sherlock Holmes: *Estudio en escarlata*[1], que vendió por 25 libras. Pero su máxima ambición eran las novelas históricas; así que se puso a investigar con entusiasmo para escribir *Micah Clarke*. La obra se publicó en 1889 y fue un gran éxito, pues en pocos meses se sucedieron cuatro ediciones. Durante aquellos años pasados en Southsea siguió escribiendo relatos breves, produjo la segunda novela de Sherlock Holmes, *El signo de los cuatro*, y escribió otra novela histórica, *La guardia blanca*, que siempre consideraría como uno de sus mejores trabajos. En 1885 se casó con Louise Hawkins, hermana mayor de un joven paciente que había muerto. Louise, mujer dulce y dócil, fue desde el principio una figura oscura. La primera hija fruto del matrimonio, Mary, nació en 1889.

Abandona la medicina

En 1890, Doyle dejó su consulta de Southsea y se trasladó a Viena con su mujer, con la intención de asistir a unos cursos, de los que no sacó demasiado provecho por su desconocimiento del idioma. A su regreso se instaló en Londres. Pero ni un solo paciente acudía a su consultorio de Wimpole Street, y se pasaba las horas muertas sentado en su despacho, escribiendo cuentos, entre ellos los primeros relatos breves de Sherlock Holmes. Fue el éxito inmediato de sus narraciones y la falta de pacientes, además de un ataque de gripe que le colocó al borde de la muerte, lo que le decidió a olvidarse de la medicina y ganarse la vida como escritor. Contaba entonces poco más de treinta años.

La madurez

Durante la última década del siglo XIX, Conan Doyle se convirtió en una de las figuras más influyentes de su generación, caracterizado por su fe ciega en el ideal del Imperio y su disposición a participar siempre que le era posible en los asuntos públicos. Doyle era el contrapunto victoriano de Oscar Wilde, considerado un inmoral por la sociedad de su época. Precisamente en 1895, este autor sería condenado, acusado de actividades homosexuales. La rígida sociedad puritana no perdonaba.

Como a tantos intelectuales de su generación, a Conan Doyle le preocupaba mucho la verdad de la religión. Siendo un adolescente, había perdido su fe católica. Posteriormente, en Southsea, participó en experimentos

que le convencieron de que el pensamiento telepático por transferencia era posible. Investigó asimismo las creencias y religiones orientales, y se sintió atraído por el credo teosófico según el cual las verdades de la Naturaleza son más profundas que las de la ciencia empírica. En 1893 ingresó en la Sociedad de Investigación Psíquica, y poco a poco fue venciendo su escepticismo y adquiriendo interés por el movimiento espiritista.

En aquella época su esposa enfermó de tisis, y Doyle la llevó a Suiza y a otros lugares recomendados para los enfermos de tuberculosis. Finalmente, a instancias de un amigo, construyó una casa grande y confortable en Hindhead, Surrey, donde Louise viviría hasta su muerte, acaecida en 1906.

Segundas nupcias

En 1897 conoció a la que habría de ser su segunda esposa, Jean Leckie, catorce años menor que él, pero mantuvo con ella relaciones meramente platónicas hasta después de la muerte de su mujer. Entonces se casó con ella, y tuvieron tres hijos.

Después de su boda se dedicó a fondo a sus estudios y a la vida pública. Asistía a cenas, se hizo miembro de clubes y sociedades literarias, viajó con amigos y escribió algunas piezas teatrales. Con su hermano Innes, marchó a los Estados Unidos para dar varias charlas y conferencias. Congenió muy bien con los americanos: «O nos asociamos con ellos, o nos veremos eclipsados por ellos», le decía a un amigo en una carta. Los americanos apreciaban las narraciones de Holmes tanto como los británicos, y durante muchos años, Conan Doyle fue probablemente el inglés más popular y más conocido en los Estados Unidos.

La guerra de los bóeres

En 1899, después del estallido de la guerra de los bóeres, Conan Doyle decidió alistarse como voluntario para ir a Sudáfrica. Pasaría allí tres meses: «Es maravilloso el ambiente de la guerra», escribiría después. Fruto de aquella experiencia sería su libro *La gran guerra bóer*.

En 1900 se presentó como candidato al Parlamento en las elecciones generales por el Partido Conservador, y no porque se opusiera a la política liberal de reformas sociales nacionales, sino porque los Unionistas defendían la guerra y el Imperio. A pesar del éxito de sus discursos, no fue elegido, entre otras cosas, porque sus contrincantes se encargaron de propagar que era un católico educado por jesuitas.

En 19O2 le ofrecieron el título de *sir*, y Doyle lo aceptó por la insistencia de su madre, pues él pensaba que los grandes hombres no condescendían en ese tipo de cosas. Fue en aquella época cuando se enzarzó activamente en la causa de la lucha por la justicia, defendiendo con gran empeño a dos hombres

que habían sido condenados injustamente: George Edalji y Oscar Slater. Para ello, no escatimó tiempo ni dinero. Estos casos revisten un interés especial porque muestran que el mismo Conan Doyle tenía algo de los poderes de observación y deducción que atribuía a Sherlock Holmes.

El otro Conan Doyle

Conan Doyle, que había sido un hombre convencional de su tiempo, no tenía ninguna paciencia con aquellos que deseaban cambiar el modelo social, y nunca, ni en sueños, se le ocurrió cuestionar la idea de que el imperio británico era una gran fuerza orientada al bien moral, aunque su mapa estuviera bañado en sangre. Pero había otro Conan Doyle que se ocultaba tras del hombre práctico y escéptico, un hombre profundamente insatisfecho con la certeza de que debía existir algo más allá. Este segundo Conan Doyle empezó a interesarse cada vez más por el espiritismo con el paso de los años, mientras que a su alrededor el mundo cambiaba a una velocidad vertiginosa que él no comprendía ni podía seguir.

La muerte de seres queridos

Con el estallido de la Gran Guerra, en 1914, Conan Doyle inició sus actividades de apoyo al ejército inglés, escribiendo panfletos patrióticos y asistiendo incluso al frente. Como siempre, le gustaba saberse en el corazón de los acontecimientos históricos, pues era una manera de complacer su infantil sed de aventuras. Pero la guerra habría de traerle también sus pesares. Primero fue la muerte del hermano de su mujer, y posteriormente la de dos sobrinos y varios amigos y parientes. Después le tocaría a Kingsley, el único hijo varón de su primer matrimonio, y a su queridísimo hermano Innes. A estas muertes habría de sumarse la de su madre, ocurrida dos años después.

Sus creencias espiritistas se agudizan

Fue en aquella época, quizá como consecuencia de la pérdida de tantos seres queridos, cuando las creencias espiritistas de Doyle se agudizaron. Al principio de la guerra todavía no era más que un simple simpatizante, pero, como diría en *La nueva revelación* (1918), todas las muertes y los sufrimientos de la guerra le convencieron de que los seres queridos tenían que seguir viviendo después de la muerte.

Ya en 1916 había anunciado su conversión en la revista psíquica *Light*. Poco después, declaró que estaba en contacto con trece madres que se comunicaban a través de médium espiritistas con sus hijos muertos.

A partir de 1917 se dedicó activamente a la tarea de lograr que la humanidad reconociera la verdad de la nueva revelación, y recorrió Gran

Bretaña, Europa, Estados Unidos y Australia dando charlas y conferencias sobre espiritismo.

Totalmente apartado del mundo artístico de los años veinte, que le parecía detestable, fruto de la locura y la maldad, pasó los últimos años de su vida dedicado al espiritismo, a la escritura y a los negocios, hasta que murió en el condado de Sussex, el 7 de julio de 1930.

La obra

La producción de Conan Doyle como escritor de ficción, aparte de sus crónicas de acontecimientos y panfletos propagandísticos, puede dividirse en tres grupos: los relatos de Sherlock Holmes y otros relatos de misterio; las novelas y cuentos históricos y de acción; y lo que actualmente llamaríamos ciencia-ficción.

Sherlock Holmes, primer detective «científico»

Puede afirmarse que Sherlock Holmes constituye un hito en la historia de la novela policíaca; con él nació verdaderamente el género, puesto que fue el primer detective «científico» de la literatura universal. Él y su fiel amigo Watson, ayudante e interlocutor, siempre dispuesto a admirar el sutil ingenio del maestro, han subyugado a los lectores desde hace más de un siglo, hasta el punto de hacer prevalecer su fama sobre la de su autor.

No nos vamos a extender más sobre el celebérrimo personaje, que ya ha sido oportunamente tratado en la presente colección. Tan solo añadir que Conan Doyle escribió varias series de relatos cortos que tienen por protagonista al detective, así como cuatro novelas. En cuanto a las cuatro novelas de Sherlock Holmes, se dice que la mejor es *El sabueso de los Baskerville*(1902), aunque ninguna de ellas alcanza el nivel de los cuentos sobre el detective. El genio de Conan Doyle encontraba una vía de expresión en los cuentos policíacos cortos y no en la novela. Puede decirse que las novelas de Sherlock Holmes eran, desde el punto de vista de la trama, relatos breves alargados.

Del resto de los relatos de misterio, algunos resultan interesantes y vivos, y en algunos casos recuerdan vagamente a Sherlock Holmes.

Las novelas históricas

Fue con estas novelas, sobre todo con *La guardia blanca* (1891) y *Sir Nigel* (1906), con las que Conan Doyle esperaba alcanzar una fama perdurable como escritor. Tenía la esperanza

de que «perdurarán e iluminarán nuestras tradiciones nacionales». No obstante, la crítica de su tiempo las interpretaría como meros libros de aventuras. *La guardia blanca* trata de ser un retrato de la vida del siglo XIV, haciendo hincapié en el patriotismo y en la importancia del espíritu de equipo. En realidad, se trata de una visión de la Edad Media desde la perspectiva victoriana, y de no ser porque se antoja un tanto absurdo, el apoyo apasionado del autor al orden dominante de la sociedad llegaría a ser desagradable. Estos libros, en los que empleó tanto esfuerzo de documentación e investigación, son los que más se alejan del gusto actual por su retórica, su falta de imaginación y una visión idealista del pasado difícil de compartir.

La inclinación de Conan Doyle por todo lo que fuera ejercicio físico y aventuras, y su gusto por los personajes extravertidos, se encuentra condensado en *Las hazañas del brigadier Gerard* (1895) y *Las aventuras* del mismo personaje (1903). El brigadier es un oficial del ejército de Napoleón, fanfarrón engreído que es también valiente, y está dotado de todo tipo de recursos, entre ellos una fecunda imaginación. Conan Doyle no tenía en gran estima las aventuras de Gerard, y las calificaba de historias de soldados. El brigadier Gerard es, después de Holmes y Watson, la creación literaria de Conan Doyle que obtuvo más éxito, y hoy día es considerada por algunos críticos como lo mejor de lo que escribió.

Otros estilos

Los dos libros que no encajan en ninguna categoría de la ficción de Conan Doyle son *Cartas completas de Munro* (1985) y *Un dúo con un coro accidental* (1899). La primera de ellas es una narración autobiográfica bastante directa, escrita en forma de dieciséis cartas dirigidas por un médico a un amigo estadounidense. En cuanto a *Un dúo…*, es un relato de una frivolidad y ligereza únicas en el trabajo de Conan Doyle. Se trata de una aproximación, jamás repetida, hacia las novelas de costumbres sociales; un experimento que ciertamente no carece de interés.

Se trata de una etapa tardía en la carrera literaria de Conan Doyle, representada por la saga del profesor Challenger: *El mundo perdido* (1912), *La zona envenenada* (1913), *Cuando la Tierra lanzó alaridos* (1929), *La máquina desintegrador* (1929) y *El país de la bruma* (1926).

El profesor Challenger

Si Sherlock Holmes es el héroe de un escritor joven, Challenger lo es de uno de mediana edad. Como el mismo Doyle, Challenger es un hombre grande y fornido que desprecia a las personas débiles. Es también un matón que disfruta arrojando a los periodistas por la ventana de su casa, sin preocuparse de las

consecuencias. Se trata del personaje principal en una cuadrilla llena de contrastes: el enojadizo y sarcástico Summerlee, científico como él; el aristócrata y hombre de acción lord John Roxton; el mismo Challenger, y el narrador, un joven periodista bien caracterizado, valiente, ingenuo y con la misma admiración hacia el héroe que el doctor Watson sentía hacia Holmes. El personaje del profesor Challenger está inspirado en un profesor de fisiología de la Universidad de Edimburgo. Se trata de un científico genial, rocambolesco y estrafalario, cuyo engreimiento y desprecio hacia el resto de la humanidad alcanzan proporciones olímpicas. Vive, en cierto modo, de espaldas a la rígida sociedad inglesa de su época, empeñado en demostrar la veracidad de sus inauditas teorías, y padece una auténtica fobia hacia los periodistas. Sus peripecias y aventuras son trepidantes y cómicas, no exentas a veces de un mensaje moral.

«La zona envenenada»

En *La zona envenenada*, los cuatro personajes de *El mundo perdido* vuelven a reunirse para celebrar el aniversario de su asombrosa aventura en Maple White. Los compañeros del profesor Challenger no sospechan los extraordinarios acontecimientos que se avecinan: la Tierra ha entrado en una zona envenenada del éter, y en cuestión de pocas horas toda la vida humana y animal del planeta habrá sucumbido a la intoxicación, cuyos primeros síntomas se han manifestado en una locura colectiva seguida de una muerte universal e indolora. Sin embargo, gracias a la previsión del profesor, ellos consiguen sobrevivir unas horas más en una habitación sellada e hiperoxigenada. Convertidos en la retaguardia de la humanidad, esperan la muerte en agradable camaradería, sin dejarse llevar de la desesperación, mientras Summerlee, materialista convencido, y Challenger, defensor de la inmortalidad de su espíritu, se enzarzan en sus habituales discusiones científicas y metafísicas. Pero a nuestros personajes les espera una nueva sorpresa cuando descubren que la Tierra ha vuelto a la normalidad y ellos son los únicos seres humanos vivos en un mundo arrasado en el que solo perviven las formas de vida vegetal. Entonces harán un alucinante viaje por un Londres silencioso y sembrado de cadáveres en el que tendrán la oportunidad de reflexionar sobre la igualdad de todos los seres ante la muerte y la futilidad de la vanidad humana. Cuando todo parece perdido, en un instante se produce el inesperado desenlace: de pronto el gigantesco reloj de la vida vuelve a ponerse en marcha. En realidad, la humanidad había estado sumida en un profundo sueño del que despierta más consciente de su condición efímera y de su papel insignificante y aleatorio en el devenir del tiempo.

El profesor Challenger vive para y por la ciencia; todos los defectos hiperbólicos de su carácter son hijos de su entusiasmo por la apasionante búsqueda de la verdad. La ciencia lo es todo, y pobres de aquellos que se nieguen a tomar interés o que prefieran permanecer en la ignorancia cuando él los brinda la luz de la verdad… Entonces se desata su pérfido sarcasmo, su violenta furia, que adquiere dimensiones próximas a la justa ira de un dios, porque él deja de ser él para convertirse en emisario y defensor acérrimo de la verdad.

Los personajes

En contraste, lord John tiene la sorna zumbona y la indiferencia de quien ha visto el mundo y ha aprendido a base de vivir que no hay teoría comparable a la habilidad para desenvolverse. Es el espíritu pragmático en contraposición con la lucubración, mientras que Summerlee representa el espíritu dogmático en perpetuo conflicto con lo que Challenger tiene de innovador y de clarividente. En esta mezcla explosiva surgen situaciones divertidas, diálogos cargados de venenoso ingenio, todo ello relatado por la pluma del joven inexperto que mira a su alrededor con los ojos de la inteligencia muy abiertos, y que registra los acontecimientos con la objetividad del periodista. Doyle tiene un poco de todos, y en ellos se desdobla. De ahí la fuerza y la veracidad de la narración, en la que se conjugan la fantasía, la aventura, el humor y las sutiles reflexiones filosóficas supeditadas a un mensaje moral: el ser humano debe aprender la lección de humildad y, consciente de su insignificancia frente a la grandeza del universo, aprovechar las cosas hermosas y buenas, cultivando el conocimiento y la solidaridad en lugar de desperdiciar su vida en inútiles placeres.

«Cuando la Tierra lanzó alaridos»

Cuando la Tierra lanzó alaridos y *La máquina desintegradora* son dos cuentos cortos que entran de lleno en el campo de la ciencia-ficción. En ellos intervienen solamente dos de los personajes de los anteriores relatos: el profesor Challenger y el joven Malone. El primero de ellos es el relato de una nueva y disparada aventura científica del profesor, que siempre, movido por su ansia de perseguir la verdad allí donde se encuentre, se empeña en demostrar que la Tierra es una entidad viva dotada de organismo que, al igual que los erizos, posee una dura corteza exterior que la recubre protegiendo sus sensibles órganos vitales. Para demostrar tan extravagante teoría y conseguir que la Tierra se entere de su existencia, llegará al colmo de la impertinencia: perforará la corteza terrestre con el propósito de estimular su zona sensible.

La madre Tierra, perturbada, lanzará el aullido más potente jamás conocido en la historia de la humanidad.

«La máquina desintegradora»

La máquina desintegrador a, por su parte, es un cuento que refleja las inquietudes de una época marcada por la reciente guerra mundial y por las tensiones internacionales. Nos demuestra que no todos los científicos tienen la buena fe del profesor Challenger. Hay otros, como el profesor Nemor, que no vacilan en poner sus descubrimientos al servicio de fuerzas mortíferas para después venderlos al mejor postor, sin cuidarse lo más mínimo de las nefastas consecuencias que puedan producirse. En este caso se trata de una máquina capaz de desintegrar cualquier cosa situada entre dos polos, sin importar la extensión. Semejante arma puede aniquilar ejércitos enteros, por lo que convertiría a su poseedor en el dueño del mundo. Afortunadamente, Challenger tiene la oportunidad de intervenir, y gracias a su simpático ingenio, no exento de gracia, logrará eliminar para siempre la amenaza. El orden se habrá restablecido, y por una vez, la ciencia y el bien de la humanidad habrán prevalecido sobre otros intereses.

El mundo deshumanizado en el que vivimos tiene mucho que aprender del entusiasmo y la justa intransigencia del profesor Challenger, que probablemente en nuestra época no habría dado abasto para echar de su casa a tantos pillos y oportunistas como pululan por ahí. En nuestros días, Challenger habría sido quizá un defensor de la Naturaleza, o premio Nobel, y se habría cansado de repetir sus eternas palabras:

«—¡Fuera, caballero, fuera! —gritó de mal humor—. Eleve su mente por encima de las bajas necesidades mercantiles y utilitarias del comercio. Sacúdase sus viles criterios comerciales. La ciencia busca el conocimiento. Debemos seguir persiguiéndolo sin importarnos dónde nos conduzca. Saber de una vez por todas lo que somos, por qué somos, dónde estamos, ¿no le parece de por sí la más grande de las aspiraciones humanas? ¡Fuera, caballero, fuera!».

NURIA HERNÁNDEZ DE LORENZO

Bibliografía

Con «s. a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original.
[1] Prepublicados en «Lippincott's».
[2] Prepublicados en «Comhill».
[3] Prepublicados en «Strand».
[4] Prepublicados en «Harper's».
[5] Prepublicados en «Idler».
[6] Prepublicadas en «Strand» solo algunas de las historias de que está compuesto el volumen.
[7] Prepublicados en «Cassell's».

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1887	*A Study in Scarlet*	*Estudio en rojo* (s. a.)
1889	*The Mystery of Cloomber*	*El misterio de Cloomber* (s. a.).
1889	*Micah Clarke*	*Miguel Clarke* (s. a.).
1889	*Mysteries and Adventures*	*Misterios y aventuras*.
1890	*The Sign of Four*[1]	*El signo de los cuatro* (s. a.).
1890	*The Captain of the Polestar and Other Tales*	*El capitán de la estrella polar y otros relatos* (s. a.).
1890	*The Firm of Girdlestone*	*La casa Girdlestone* (s. a.).
1891	*The White Company (3 vols.)*[2]	*La guardia blanca* (1896).
1892	*The Doings of Raffles Haw*.	Los hechos de Raffles Haw.
1892	*The Great Shadow*	*La sombra grandiosa (Napoleón el Grande)* (1908).
1892	*Beyond the City*	Más allá de la ciudad.
1892	*The Adventures of Sherlock Holmes*[3] —Contiene: *A Scandal in Bohemia; The Red-headed League; A Case of dentity; The Boscombe Valley Mystery; The five Orange Pips; The Man with the Twisted Lip; The Blue Carbuncle; The Speckled Band; The Engineer's Thumb; The Noble Bachelor; The Beryl Coronet; The Copper Beeches*	*Las aventuras de Sherlock Holmes* (s. a.). —Contiene: *Un escándalo en Bohemia; La liga de los pelirrojos; Un caso de identidad; El misterio del valle Boscombe; Las cinco semillas de naranja; El hombre del labio retorcido; El carbunclo azul; La banda de lunares; El dedo pulgar del ingeniero; El solterón aristocrático; La diadema de berilos; La finca de Cooper Beeches*
1893	*The Refugees* (3 vols.)[4]	Los refugiados.
1894	*The Memoirs of Sherlock Holmes*[3] —Contiene: *Silver Blaze; The Yellow Face; The Stockbroker's Clerk; The «Gloria Scott»; The Musgrave Ritual; The Reigate Squires; The Crooked Man;*	*Memorias íntimas de Sherlock Holmes* (s. a.). —Contiene: *Estrella de plata; La cara amarilla; El escribiente del corredor de bolsa; La «Gloria Scott»; El ritual de*

	The Resident Patient; The Greek Interpreter; The Naval Treaty; The Final Problem	*Musgrave; Los hidalgos de Reigate; El jorobado; El enfermo interno; El intérprete griego; El tratado naval: El problema final*.
1894	*Round the Red Lamp: being facts and fancies of medical life*	La lámpara roja (Memoria de un médico) (s. a.).
1894	*The Parasite*	El parásito.
1895	*The Stark Munro Letters*[5]	Cartas completas de Munro.
1896	*The Exploits of Brigadier Gerard*[3]	*Las hazañas del Brigadier Gerard* (s. a.).
1896	*Rodney Stone3*	*Rodney Stone* (1908).
1897	*Uncle Bernac: a memory of the Empire*	*El protegido de Napoleón (Uncle Bernac)* (1900).
1898	*Songs of Action*	Canciones de acción.
1898	*The Tragedy of the Korosko*[1]	*La tragedia del Korosko* (s. a.).
1899	*A Duet with and Occasional Chorus*	Un dúo con un coro accidental (s. a.)
1900	*The Great Boer War*	La gran guerra bóer.
1900	*The Green Flag and Other Stories of War and Sport* —Contiene: *The Green Flag, Captain Sharkey; The Crime of the Brigadier: The Croxley Master; The «Slapping-Sal»; The lord of Chateau Noir; The Striped Chest; A Shadow Before; The King of the Foxes; The Three Correspondents; The New Catacomb; The Debut of Hilarie Joyce; A Foreign Office*	La bandera verde (*Historias de guerra y de amor*) (s. a.). —Contiene: La bandera verde; *El capitán Sharkey*; El crimen del brigadier: El golpe de Croxley; *El «Slapping-Sal»*; El lord del Castillo Negro; El golpe desgarrado; Una sombra antes; *El rey de los zorros; Los tres corresponsales; La nueva catacumba; La primera proeza de Hilario Joyce*; Una oficina extranjera.
1902	*The Hound of the Baskervilles*[3]	*El sabueso de los Baskerville* (s. a.).
1902	*The War in South África: its cause and conduct*	*La guerra en Sudáfrica: sus causas y modo de hacerla* (1902).
1903	*Adventures of Gerard*[6] —Contiene: *How the Brigadier Lost his Far; How the b. Captured Saragosa; How the b. Slew the Fox; How the b. Saved an Army; How the b. Triumphed in England; How the b. Rode to Minks; How the b. Bore Himself at Waterloo; The Last Adventure of the b.*	*Aventuras de Gerard* (s. a.). —Contiene: *De cómo el brigadier perdió su oreja; De cómo… tomo Zaragoza; De cómo… salvó un ejército; De cómo… triunfó en Inglaterra; De cómo… fue a Minks; De cómo… se condujo en Waterloo; La última aventura del brigadier*.
1905	*The Return of Sherlock Holmes* [1] —Contiene: *The Empty House; The Norwood Builder; The Dancing Men; The Solitary Cyclist; The Priory School; Black Peter; Charles Augustus Milverton; The Six Napoleons; The Three Students; The Golden Pince-Nez; The Missing Three-quarter; The Abbey Grange; The Second Stain*	*Reaparece Sherlock Holmes* (s. a.). —Contiene: *La av. de la casa deshabitada; La av. del constructor de Norwood; La av. de los bailarines; La av. del ciclista solitario; La av. del colegio Priory; La av. del «negro» Peter; La av. de Charles Augustus Milverton; La av. de los seis Napoleones; La av. de los tres estudiantes; La av. de los lentes de oro; La av. del Trescuartos desaparecido; La*

		av. de la granja Abbey; La av. de la segunda marcha.
1906	*Sir Nigel*[3]	*Sir Nigel* (s. a.).
1907	*Through the Magic Door*[7]	A través de la puerta mágica.
1908	*Round the Fire Stories*	Historias junto a la lumbre.
1909	*The Crime of the Congo*	El crimen del Congo.
1911	*The Last Galley*	La última galera.
1911	*Songs of the Road*	Canciones del camino.
1912	*The Lost World*[3]	*El mundo perdido* (1927).
1912	*The Poison Belt*[3]	*El circulo de la muerte* (1950).
1914	*The German War: sidelights and reflections*	La guerra alemana: detalles incidentales y reflexiones.
1915	*The Valley of Fear*[3]	El valle del terror (s. a.).
16/19	*The British Campaign in France and Flanders* (6 vols.)	La campaña inglesa en Francia y Flandes.
1916	*A Visit to Three Fronts*	Una visita a tres frentes.
1917	*His Last Bow*[6] —Contiene: *Wisteria Lodge; The Cardboard Box; The Red Circle; The Bruce-Partington Plans; The Dying detective; The Disappearance of Lady Frances Carfax; The Devil's Foot; His Last Bow*	*Su último saludo en el escenario* (1953). —Contiene: *La av. del pabellón Wisteria; La av. de la caja de cartón; La av. del círculo rojo; La av. de los planos del «Bruce-Partington»; La av. del detective moribundo; La desaparición de Lady Frances Carfax; La av. del pie del diablo; Su último saludo en el escenario*.
1918	*Danger! and Other Stories*	¡Peligro! y otras historias.
1918	*The New Revelation: or What is Spiritualism?*	La nueva revelación: o ¿qué es el espiritismo?
1919	*The Guards Came Through, and Other Poems*	Los guardias vinieron y otros poemas.
1919	*The Vital Message*	El mensaje vital.
1921	*The Wanderings of a Spiritualist*	Las andanzas de un espiritista.
1922	*The Case for Spirit Photography*	El proceso por fotografía del espíritu.
1922	*The Coming of the Fairies*	La llegada de los hados.
1923	*Our American Adventure*	Nuestra aventura americana.
1923	*Three of Them*	Tres de ellos.
1924	*Memories and Adventures*	Memorias y aventuras.
1924	*The Mystery of Joan of Arc*	El misterio de Juana de Arco.
1924	*Our Second American Adventure*	Nuestra segunda aventura americana.
1924	*The Spiritualist's Reader*	La antología del espiritista.
1926	*The History of Spiritualism* (2 vols.)	*El espiritismo. Su historia. Sus doctrinas. Sus hechos* (1927).
1926	*The Land of Mist*	*El país de la bruma* (1929).
1927	*The Case-Book of Sherlock Holmes*[6] —Contiene: *The Illustrious Client; The Blanched Soldier; The Mazarin Stone; The Three Cables; The Sussex Vampire;*	*El archivo de Sherlock Holmes* (1953) —Contiene: *La av. del cliente ilustre; La av. del soldado de la piel decolorada; La av. de la piedra preciosa de Mazarino;*

	The Three Carridebs; Thor Bridge; The Creeping Man; The Lion's Mane; The Veiled Lodger; Shoscombe Old Place; The Retired Colourman	*La av. de los tres sabletes; La av. del vampiro de Sussex; La av. de los tres Garridebs; El problema del puente de Thor; La av. del hombre que reptaba; La av. de la melena de león; La av. de la inquilina del velo; La av. de Shoscombe Old Place; La av. del fabricante de colores retirado.*
1927	*Pheneas Speaks*	Habla Pheneas.
1929	*The Maracot Deep and Other Stories* —Contiene: *The Maracot Deep; The Desintegration Machine; The story of Spedegue's Dropper; When the World Screamed*	*El abismo de Maracot y otras historias* (1953-54). —Contiene: El abismo de Maracot; La máquina desintegradora; La zona ponzoñosa; Cuando la Tierra lanzó alaridos.
1929	*Our African Winter*	Nuestro invierno africano.

Notas

[1] Publicado en el n.º 9 de esta misma Colección. <<

[2] Localidad del distrito de Rother, en el condado de Sussex Oriental, Inglaterra. <<

[3] Joseph von Frauenhofer (1787-1826) fue un físico alemán, profesor de la Universidad de Munich, que realizó importantes estudios sobre espectrografía y descubrió las rayas oscuras del espectro solar, conocidas como rayas o espectro de Frauenhofer.

Un espectro es el conjunto de vibraciones armónicas simples que integran una onda, y el espectro solar es un espectro luminoso que representa la banda coloreada interrumpida o cortada por líneas negras paralelas. **<<**

[4] El cuaquerismo es una secta religiosa que fue fundada en Inglaterra en el siglo XVII por George Fox (1624-1691). Repudió los credos, ceremonias y clero de todas las iglesias para atenerse exclusivamente a las Sagradas Escrituras. Sus seguidores se caracterizan por su misticismo, el abandono de ritos y formulismos, la repulsa a la violencia y el apoyo a las causas humanitarias y benéficas. <<

[5] Península de Canadá, entre el Atlántico, el estrecho de Hudson, el estrecho de Davis y la bahía de Hudson. <<

[6] Río que limita Estados Unidos y Canadá, y que une los lagos Erie y Ontario. El Niágara salva la diferencia de nivel entre los dos lagos mediante cascadas de una altura de 47 m, las cataratas del Niágara, uno de los grandes centros turísticos de América del Norte. <<

[7] Según el *D.R.A.E.*, el éter es un «fluido sutil, invisible imponderable y elástico que, según la mayoría de los físicos, llena todo el espacio, y por su movimiento vibratorio transmite la luz, el calor y otras formas de energía». <<

[8] Isla de Indonesia situada al oeste y al sur de la península de Malaca, y bordeada por el estrecho de Malaca y el mar de China meridional al Este, por el mar de Java y el estrecho de la Sonda al Sur, y por el océano Indico al Oeste. Es la más extensa de las islas de la Sonda. <<

[9] Se refiere al prisma triangular de cristal, que es un cuerpo terminado por dos caras planas, paralelas e iguales, que se llaman bases y son triángulos, y por tres paralelogramos, uno por cada lado de las bases. Se usa para producir la reflexión, la refracción y la descomposición de la luz. <<

[10] Isla del sudeste de Asia, situada en el extremo meridional de la península de Malaca, entre el estrecho de Johore y el estrecho de Singapur. Junto con algunas islas e islotes adyacentes constituye un estado independiente. <<

[11] Victoria es una de las nueve estaciones de Londres. <<

[12] «Desde la cátedra», «en forma autoritaria», «en tono doctrinal». Se emplea para indicar que el Papa, cuando así habla, no se equivoca. (En latín en el original). <<

[13] Kent es un condado de Gran Bretaña, en el extremo sudoriental del país, en el paso de Calais y el estuario del Támesis.

Surrey es un condado situado al sur de Londres y que se extiende a ambos lados de la linea montañosa de North Downs. <<

[1] Weald es una región del sudeste de Gran Bretaña, entre los North Downs y los South Downs. Sus colinas, de subsuelo arcilloso y arenoso, están recubiertas de bosques.

Lewes, Crowborough y Brighton son localidades del Sussex oriental. La última de ellas se encuentra en el canal de la Mancha, y su proximidad de Londres ha hecho que sea el mayor centro balneario de las islas Británicas, siendo conocida por *London by the sea* (Londres de mar). **<<**

[2] La datura es una planta herbácea o arbustiva muy común en la península Ibérica. Las especies de este género poseen flores blancas o violáceas y se cultivan como ornamentales. Entre ellas destacan la *datura stramonium*, o estramonio, higuera loca o flor de la trompeta y la *datura ferox*, o cardo cuco. Con las semillas se prepara un tinte y un extracto de estramonio o de datura, y con las hojas, cigarrillos antiasmáticos.

La daturina es un alcaloide tóxico que se encuentra en la datura. <<

[3] La Provenza es una antigua provincia francesa que actualmente agrupa a cinco departamentos. Se divide en la alta Provenza, formada por los diferentes macizos prealpinos del Sur, y la baja Provenza, constituida por un conjunto de llanuras, cuencas y macizos discontinuos que constituyen la Provenza interior, bañada, al Sur, por el Mediterráneo, y por una franja costera que es la Provenza marítima, que se extiende desde el delta del Ródano hasta la frontera italiana, donde se encuentran, al Este, la famosa Costa Azul, de interés eminentemente turístico, y al Oeste, la región industrial de Toulon, así como la de Marsella y de la laguna de Berre.

Nimes es la capital del departamento de Gard, y es famosa por su anfiteatro romano, denominado las Arenas, con capacidad Para 24 000 espectadores. <<

[4] «Peste fulminante». (En francés en el original). <<

[5] El Ararat es un macizo de 5165 metros de altura situado en Asia Menor, donde se alza la ciudad de Dogubayazit, en los confines de Turquía con Armenia e Irán. Según la Biblia, es el lugar donde quedó embarrancada el Arca de Noé después del Diluvio. <<

[1] Estado del este de los Estados Unidos, a orillas del Atlántico, a uno y otro lado de la bahía de Chesapeake, cuya capital es Annapolis. <<

[2] Voz inglesa que significa «verde». En un campo de golf, el *green* es el espacio de césped que se dispone alrededor de cada agujero, para facilitar el desplazamiento de la pelota. <<

[3] Río de Zaire, afluente del Congo. <<

[4] Ciudad de Gran Bretaña, capital del condado de Bedfordshire. <<

[1] Posiblemente, el autor se refiera a la Queen’s House, edificio de estilo palladiano del arquitecto inglés Inigo Jones (1573-1652), que albergó hasta 1958 al Real Observatorio de Greenwich. <<

[2] Protozoo rizópodo cuyo cuerpo carece de cutícula y emite seudópodos incapaces de anastomosarse entre sí. Conócense numerosas especies, de las que unas son parásitos de animales, otras viven en las aguas dulces o marinas y algunas en la tierra húmeda. <<

[3] Organismos autótrofos pertenecientes a la división diatomeas, es decir, división de organismos unicelulares, móviles, con concha silícica. <<

[4] Arundel es una localidad del distrito de Arun, en el condado de Sussex Occidental.

Chichester es asimismo otra ciudad del mismo condado, y se halla cerca del canal de la Mancha. Su catedral es la mayor de Inglaterra, después de la de York.

Portsmouth está en el condado de Hampshire, cuyo puerto esta situado en el canal de Spithead, frente a la isla de Wight. <<

[5] Westminster es uno de los barrios más notables de Londres, donde halla la abadía homónima y los principales monumentos y edificios de la ciudad.

La catedral de San Pablo fue construida por el arquitecto británico *sir* Christopher Wren (1632-1723). <<

[6] La pantera de las nieves, o irbis, es un félido parecido a la pantera y al leopardo, de piel espesa, blanda y lanosa, de color grisáceo, con manchas negras, que vive en las grandes alturas del Himalaya. <<

[1] «Rigidez cadavérica», es decir, endurecimiento del cuerpo después de la muerte. (En latín en el original). <<

[2] Ciudad del condado de Kent, en la región del Weald, al sur de Tunbridge.
<<

[3] Localidad del sudeste de Inglaterra. <<

[4] Ciudad del condado de Kent, al sur de Londres en los North Downs. <<

[5] Distrito del sudeste del Gran Londres. <<

[1] Nombre de la campana mayor que da las señales horarias en el reloj del parlamento de Londres y que proviene de su constructor, Benjamín Hale. Su peso es de trece toneladas y media. <<

[2] Región histórica de Inglaterra, la más oriental, formada por los condados de Norfolk, Suffolk, y parte de los de Cambridgeshire y Essex. Reino anglo fundado tal vez por Wuffa en la primera mitad del siglo VI, fue completamente colonizada por los anglos en los siglos V y VI y anexionada en el siglo VIII por Offa, rey de Mercia. Experimentó una intensa inmigración y asentamiento de daneses en los siglos IX y X. **<<**

[3] Archipiélago británico de unas quinientas islas situado al noroeste de Escocia. <<

[4] En el deporte del golf, la palabra inglesa *tee* denomina tanto el pequeño soporte sobre el que se coloca la pelota para iniciar el juego, como el área de salida donde se coloca el mismo. <<

[5] «Ahora puedes dejar marchar» (*Vulg., Luc*., 2, 19). Son las primeras palabras del canto de Simeón: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace* («Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra»). Se citan como declaración de buena voluntad o de alegría ante el proyecto de abandonar la vida o alguna ocupación. (En latín en el original). <<

[1] La palabra inglesa *peerless* significa «sin par», «incomparable». **<<**

[2] Localidad del distrito de Richmondshire, en el condaao de North Yorkshire, Inglaterra. Se halla junto al río Swale y fue creciendo al abrigo de un castillo normando del siglo XI, que se conserva. Fue asentamiento romano, en el que actualmente se encuentra el parque nacional de Yorkshire Dales. <<

[3] Río de América del Sur, afluente del Amazonas, que discurre en su mayor parte por Brasil, formando en un pequeño tramo frontera con Bolivia, donde se denomina Madera. <<

[4] Animal perceptible solamente con el auxilio del microscopio. <<

[5] Aproximadamente, unos trece kilómetros. <<

[6] La hastingsita es un anfíbol aluminífero. <<

[7] Lógicamente, en el original inglés aparece *peerless*. **<<**

[8] Aproximadamente, unos mil quinientos metros. <<

[9] Junto con la Baja Silesia, constituye la región polaca de Silesia, situada a lo largo del borde oriental del macizo de Bohemia. **<<**

[10] El pez piloto es un carángido del género *Naucrates* que vive en los mares cálidos, y que se le denomina así porque acompaña a los grandes escualos y a los barcos de marcha lenta y se nutre de los desperdicios. <<

[11] El devónico es un período de la era paleozoica comprendido entre el silúrico y el carbonífero. La edad del devónico esta comprendida entre hace 405 y 345 millones de años aproximadamente. En él aparecieron los anfibios, primeros representantes de la fauna vertebrada terrestre.

En cuanto al cámbrico, es el primer período de la era paleozoica y tiene una edad comprendida entre hace 500 y 600 millones de años, cubriendo así una sexta parte de los tiempos geológicos fosilíferos. En él están representados la mayor parte de los grupos de invertebrados, y aparecen las plantas terrestres, aunque de forma esporádica. **<<**

[12] Junto con los North Downs, forman los Downs, conjunto de colinas de Gran Bretaña, en la parte meridional de la cuenca de Londres, y que se encuentran en la región de Weald. Son escarpes de creta resultado de la erosión de un anticlinal de gran radio de curvatura. <<

[13] Plantas arbustivas, con ramas espinosas en su extremo y fuertes espinas laterales, de flores amarillas, muy abundantes en la península Ibérica. <<

[14] En 1876 se idearon las llamadas lámparas de contacto, constituidas por su electrodo de carbón plano o casi plano, sobre el que se apoyaba otro en forma de lapicero y que se poma incandescente, produciéndose un arco incipiente en el punto de contacto, por la acción de la corriente que atravesaba el conjunto. Actualmente se sigue utilizando la lámpara de arco eléctrico o voltaico, cuya luz es producida por un arco voltaico. <<

[15] Barrio del este de Londres, residencia de una comunidad judía. Durante el siglo XIX era una de las zonas más deprimidas de la ciudad. <<

[16] No hemos conseguido averiguar el significado de esta palabra, pero podemos decir que, en inglés, *ash* significa «ceniza», y *burn*, «quemadura iónica». <<

[17] FRS son las siglas de *Fellow of the Royal Society*, es decir, «Miembro de la Royal Society»; MD, de *Medicine Doctor*, «Doctor en Medicina»; y DSc, de *Doctor of Science*, «Doctor en Ciencias». <<

[18] Abreviatura del francés *respondez s'il vous plaît*, que corresponde, en español, a SRC, es decir, «se ruega contestación». **<<**

[19] Epsom es una ciudad situada al sudoeste de Londres, y es célebre por sus carreras de caballos: el derbi de Epsom tiene lugar en la última semana de mayo o a principios de junio. <<

[20] Unión de un elemento anatómico, como un nervio o un vaso, con otro. <<

[21] Worthing es una ciudad del condado de Sussex Occidental situada en el canal de la Mancha, al oeste de Brighton.

En cuanto a Chichester véase la nota 4 del capítulo IV de *La zona envenenada*. <<

[22] La Sociedad Real de Londres (Royal Society of London) es el equivalente británico de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y se fundó a mediados del siglo XVII. <<

[23] El Hekla es un volcán activo del sur de Islandia, situado a unos 100 km al este de Reikiavik.

El Vesubio se halla en el golfo de Nápoles y su última erupción se produjo en 1944.

El Etna, que se encuentra en Sicilia, es el mayor volcán activo de Europa; en 1950 y 1951, una erupción duró trescientos setenta y dos días, y en 1956, experimentó una actividad especialmente importante: durante tres días las explosiones se sucedieron al ritmo de setenta por minuto, y las llamas subieron hasta 300 y 400 metros.

Stromboli es una isla del mar Tirreno, la más septentrional del grupo italiano de las islas Eolias, y está formada por un volcán en forma de cono regular que emerge del mar, constantemente en actividad, coronado por una nube de humo durante el día y por un penacho de llamas por la noche. <<

[1] Barrio residencial de la zona suburbana del noroeste de Londres. <<

[2] Linus Yale (1821-1868) fue un inventor estadounidense que creó un tipo de cerradura para las cajas fuertes de los bancos. <<

[3] Prisión situada en la ciudad de Ossining, estado de Nueva York, que fue fundada en 1924. <<

[1] Además de esta obra, publicada en el n.º 14 de esta Colección, se hallan también publicadas las siguientes obras de Doyle: *El mundo perdido* (n.º 9), *Las memorias de Sherlock Holmes* (n.º 79), *El sabueso de los Baskerville* (n.º 90), *Las aventruas de Sherlock Holmes* (n.º 101) y *El regreso de Sherlock Holmes* (n.º 120). <<